
Dr. Willian Fardwel
HIPNOTISMO
EDITORIAL
Caymi

HIPNOTISMO

WILLIAN FARDWEL

HIPNOTISMO

ESTUDIO EXPERIMENTAL

15 de Noviembre 1149 

Buenos Aires

Colección "Ciencias Ocultas"

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

Se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos LUMEN, de Noseda y Cía. Tucumán 2926 - Buenos Aires en mayo de 1958

PROLOGO

Hace ya varios años que —de haber cedido a las cariñosas presiones de amigos y discípulos— hubiéramos lanzado a la publicidad el presente tratado.

Pero, a pesar de esta cordial insistencia, que agradecemos en lo mucho que vale, una represión —ajena a nuestra conciencia— hacía de freno sobre el propósito, apenas concebido.

Indudablemente en algún estrato de la supraconciencia germinaba ya la idea que más tarde —vitalizada suficientemente— alcanzaría con sus raíces el terreno de lo consciente.

En efecto: una mañana, en conversación sostenida con uno de mis colaboradores, surgió aquella a mi mente con la claridad de las cosas elaboradas y maduradas lentamente.

Fué en aquel momento cuando vi hasta dónde debía alcanzar el primer propósito: entonces puse la primera piedra del edificio de la "Biblioteca de Ciencias Esotéricas" de la que el presente es el primer volumen.

Al escribirlo nos hemos desviado del camino real seguido por cuantos han lanzado a la publicidad trabajos sobre *Hipnotismo.*

Hemos procurado dar a la obra un carácter eminentemente práctico, pero en todo momento hacemos mención —no sólo de la labor de los investigadores occidentales y de la llevada a cabo por nosotros mismos— si no también de los trascendentales y poco conocidos trabajos realizados en el mundo oriental, bajo cuya influencia aprendimos a conocer todos los errores de doctrina y todos los sectarismos de escuela de los primeros.

Queremos cerrar estas líneas expresando desde aquí nuestro reconocimiento a los colaboradores que no han desmayado un momento en la tarea, a los editores que han puesto siempre delante de su pantómetra la mira cultural y científica y a los discípulos y amigos que nos han alentado con su generosidad y su entusiasmo.

W. FARDWEL.

PRIMERA PARTE

EVOLUCION HISTORICA DEL HIPNOTISMO

El hipnotismo no es —como con demasiada frecuencia se cree — una adquisición moderna de la ciencia.

Lejos de ello, el conocimiento de las diversas prácticas que conducen a la provocación del conjunto de estados extrafisiológicos que integran la hipnosis, se remonta a la más remota antigüedad, hasta tal punto que pudiéramos decir que nació con la vida, como un arma poderosísima que la Naturaleza entregó a ciertas especies animales en su lucha con las que les servían de sustento. La observación de los insectos —por ejemplo—, ofrece indudables ejemplos que corroboran esta afirmación.

Refiriéndonos a la humanidad, el estudio de las costumbres de los pueblos más antiguos nos ofrece casos y hechos que no dejan en el ánimo la menor duda acerca de la frecuencia con que se recurría al empleo de maniobras hipnogénicas, principalmente por los que se dedicaban al arte de curar. Por otra parte, cuando se estudian las costumbres de aquellas razas que, al presente, no han recibido la luz de la civilización, puede verse que utilizan con diversos fines —el terapéutico principalmente— los efectos del hipnotismo.

Las investigaciones realizadas por el notable egiptólogo Pierre Plander —discípulo de Max Pero— llevan a quien las conoce a saber lo notablemente adelantados que en el empleo del hipnotismo se encontraban, ya en las primeras dinastías, en el maravilloso y casi desconocido país de los faraones.

Por los datos recogidos por este infatigable investigador, sabemos que el sueño hipnótico era uno de los procedimientos curativos más en boga en el antiguo Egipto. En algunos curiosos papiros que pudo recoger aquél se hace mención detallada de las fases operatorias empleadas por los hipnotizadores de la época, quienes unían a sus profundos conocimientos sobre esta materia otros relacionados con la Astrología y las ciencias ocultas que les

daban aquel carácter de magos con que eran conocidos por el pueblo.

Los nobles, en multitud de ocasiones, acudían a someterse a estos magos, quienes les sumían en sueño hipnótico, unas veces para llevar a cabo la curación de sus dolencias y otras para enseñar es procederes de autohipnosis y autosugestión.

Posteriormente parece que —por causas no bien conocidas— se perdieron muchas de las valiosas adquisiciones de aquellos tiempos, puesto que, en edades más modernas, no se han encontrado documentos probatorios tan demostrativos como los presentados por el célebre investigador Plander.

Lo poco que desgraciadamente se conoce sobre la civilización atlante, induce *a pensar que llegaron a un grado de perfecciona*miento en el empleo del hipnotismo como no se encuentra otro ejemplo en la historia. Todos los indicios hacen suponer que era una práctica corriente de la que extraían numerosos beneficios.

Otro tanto pudiera añadirse respecto al esplendor que todas las ciencias ocultas alcanzaron entre los incas. El sabio arqueólogo Mantedile —cuyos trabajos son universalmente conocidos y apreciados— da preciosas referencias e informaciones a este respecto.

"Vi —dice en uno de sus escritos— unos pequeños anfiteatros colocados a poniente de los grades templos, que estaban destinados a lugar de celebración de prácticas esotéricas. Las paredes, cubiertas de inscripciones en un idioma jeroglífico desconocido, tenían una altura de cinco o seis metros, sin que en ellas se apoyara techado ninguno. Alrededor, y adosada al muro, existe una plataforma circular, en la que debían sentarse los asistentes a las ceremonias o sesiones. En el centro del anfiteatro había una especie de cama de piedra, en la que iba tallada —como un molde hueco— la mitad posterior de una figura humana; éste era el lugar que ocupaba la persona a quien hipnotizaba el gran sacerdote. En la cabecera de este reposorio hay un círculo que contiene, escritas en él, las reglas que habían de seguirse para sumir al sujeto en estado hipnótico y para conseguir inmediatamente el sonambulismo. Todas estas camas de piedra están colocadas de tal manera que su orientación es norte-sur y en determinados días del año los primeros rayos de la luna vienen a caer sobre un lugar que *—colocada una persona en ellas— correspondería a la región* precordial".

También en una nación enclavada entre España y Francia y que hoy día pertenece a estas dos últimas —nos referimos a los países vasco-francés y vasco-español— existió en época muy remota una especie de culto consistente en utilizar los datos suministrados por un sensitivo a quien hipnotizaba previamente el jefe

de la tribu; pero faltan detalles acerca de la forma en que llevaban a cabo sus ritos.

Pero el país en donde se han conservado quizá con mayor pureza que en otro alguno las costumbres y aficiones ocultistas, el país en el que la practica de la hipnosis ha alcanzado una trascendencia que no sospechan siquiera la mayoría de las gentes es la India. Y no nos referimos a ese hipnotismo de plazuela con que entretienen a los turistas europeos algunos mendigos que a sí mismos se denominan fakires. Hacemos referencia a la labor realizada por algunas sectas cuyos miembros dedican desde su infancia toda su energía, toda su actividad al desarrollo de poderes trascendentes que el mundo occidental ni siquiera imagina.

Los discípulos o *txelas* menos adelantados de aquellas agrupaciones asombrarían a un público europeo con el prodigioso control que ejercen sobre sus facultades psíquicas. Dominan la autosugestión hasta un grado verdaderamente maravilloso y obtienen de su subsconciente una serie de datos que nosotros solo podemos lograr mediante paciente y laborioso estudio.

A mediados del pasado siglo, un benemérito investigador, el doctor Behnudsen, tuvo ocasión de visitar a los miembros de una de estas sectas. No publicó cuanto le fué mostrado porque así se lo exigieron. Pero en carta dirigida a un amigo y colaborador expresa en los siguientes párrafos su admiración y asombro:

"...El primer detalle que me dejó confuso y admirado fué el escuchar de labios de la persona que me conducía mi nombre y apellidos, siendo así que yo viajaba ocultando aquellos cuidadosamente; y, sin embargo, esto no era nada para lo que vi después.

"Todas aquellas prácticas hipnóticas que nosotros llevamos a cabo para obtener un sonambulismo lúcido han sido desterradas por ellos hace siglos.

"Proceden de una manera que da la apariencia de una sencillez elemental en todos sus actos investigatorios.

"Llegados que fuimos a la cámara de los maestros, nos sentamos alrededor de un espacio circular que había en el centro, señalado por una línea gruesa de color rojo. Todos permanecían en silencio y yo me limitaba a imitarles, verificando sus mismos movimientos y acusando sus mismas actitudes, difícilmente destacables a causa de la semiobscuridad que reinaba en la estancia.

"Al cabo de breves minutos, un murmullo —al principio imperceptible—, que se elevaba lentamente, me dió a entender que los asistentes al acto verificaban una especie de plegaria colectiva, que ellos llaman *mamtram*. Al mismo tiempo una tenue claridad de tonos verdosos se difundía en la cámara, iluminándola con una suave luz crepuscular. Cuando cesó aquel rezo me di cuenta de que —dentro del círculo dibujado en el centro de la sala— estaba un muchacho, como de unos doce años de edad, cubierto su cuerpo con una finísima túnica blanca.

"Al escuchar unas palabras, pronunciadas en lenguaje desconocido para mí, por un anciano de blanca barba —a quien los demás trataban con un respeto especial—, el muchacho cerró los ojos y se sentó a usanza del país. Todos le imitaron, y yo con ellos. Entonces me pidieron algún objeto que yo llevara frecuentemente conmigo y, cuando les hube entregado un sencillo anillo de oro, el anciano que parecía jefe lo puso en manos del niño.

"Este comenzó por llevárselo a la frente y lo mantuvo a aquella altura unos segundos. Después, con una voz dulce y monotona, y *en mi propio idioma* [1], hizo detalladamente la descripción de una persona cuyas señas coincidían de modo exacto con las de mi mujer (el anillo que él tenía en la mano era el de mis desposorios). Acto seguido hizo lo mismo conmigo, y a continuación refirió —con un lujo de detalles que me dejó asombrado— todas las circunstancias y particularidades que habían concurrido en mi viaje.

"Pero no terminó aquí la cosa, sino que —sin interrumpirse lo más mínimo— continuó su relación, señalando los hechos más salientes que habían de sucederme hasta finalizar el viaje que me había propuesto hacer.

"Detalle curioso: "Veo el camarote del barco que ha de llevarle a Londres (ciudad en donde yo tenía que finalizar mi excursión) —dijo— cubierto de sangre" —y añadió—: "pero ningún peligro correrá usted".

"Pues bien; todo cuanto me profetizó se cumplió después al pie de la la letra, incluso el detalle que le he subrayado; pues una mañana el mayordomo del buque en que viajaba, penetró —en ocasión de hallarme yo sobre cubierta— en mi camarote y se suicidó utilizando una de mis navajas de afeitar. Ya había intentado hacerlo en otra ocasión lanzándose al mar, pero había sido salvado gracias al arrojo y heroísmo de uno de los tripulantes...".

Los más escogidos entre los discípulos de las sectas que hemos citado ingresan posteriormente —luego de las numerosas pruebas a que se les somete —como *txelas* de alguno de esos monasterios misteriosos del Thibet, en los cuales las ciencias ocultas han llegado al mayor grado de esplendor.

La historia de pueblos como Grecia y Roma nos enseña cómo sus habitantes recurrían a prácticas hipnogénicas y magnéticas,

1) El doctor Behmudsen es de nacionalidad noruega.

unas veces para consultar sobre aquello que podría acontecerles en lo futuro, otras para conseguir la curación de sus dolencias. En tales casos los sujetos utilizados eran, o bien sonámbulos espontáneos lúcidos, o bien sensitivos que adquirían aquella facultad mediante ciertas operaciones puestas en práctica de un modo empírico, tales como la imposición de manos sobre la frente del sujeto y algunos movimientos parecidos a los pases magnéticos.

Sin embargo, no hay más remedio que reconocer que en el mundo occidental no pasaron de simples tanteos todas las manifestaciones de carácter ocultista que en su historia se registran. Y si algún astro de primera magnitud —un Paracelso, por ejemplo—, ha existido entre nosotros, no es menos cierto que toda la labor por él realizada fué ahogada por la equivocada corriente materialista y por el fanatismo religioso reinante. Fué el siglo XVIII, con el advenimiento de Antonio Mesmer, el punto de partida de los modernos trabajos sobre hipnotismo, emprendidos y continuados con un fin casi exclusivamente médico.

MESMERISMO

Pocas personalidades habrán sido objeto de tan diversos y contradictorios comentarios críticos como la de Antonio Mesmer, fundador de la teoría que lleva su nombre. Hubo en su época quienes no tuvieron inconveniente en calificarle de farsante, charlatán y embustero. Para otros —por el contrario— fué un hombre que a sus muchas virtudes humanas unió el don divino de curar a los enfermos sin más que por su deseo de que la curación se realizase.

Su doctrina y toda su actuación, tanto pública como privada, fueron comentadas y discutidas en su época en todo el mundo. Nació en el año 1733, en el seno de una modesta familia de origen israelita. Desde su juventud tuvo particular inclinación a estudiar toda materia relacionada con la medicina, por lo que sus padres le enviaron a realizar estudios en la Facultad de Viena, considerada en aquel entonces como una de las más importantes de Europa. Durante algunos años se dedicó en su pueblo al ejercicio de la profesión médica, empleando los momentos que le dejaban libres sus enfermos en ampliar sus conocimientos sobre asuntos ocultistas, a los que era especialmente aficionado, hasta el punto de haber dejado escritos varios folletos sobre materias astrológicas.

En su trato con enfermos afectos de histerismo descubre una serie de detalles que le ponen en la pista de lo que después va a

constituir el núcleo de su doctrina, que resumidamente está integrada por los siguientes principios, analizados por su autor en veintitantas proposiciones diferentes.

Mesmer admite, en primer término, la existencia de un flúido especial, caracterizado por no poseer ninguna de las propiedades de los otros flúidos conocidos hasta el día, y por presentar, en cambio, una serie de particularidades especialísimas. A causa de su existencia se darían los fenómenos de atracción de los cuerpos celestes. Los fenómenos de los imanes naturales y los del electromagnetismo obedecerían también a la existencia de dicho flúido, que lo llenaba todo, no variando más que en el modo de manifestarse. La desviación de la aguja imantada sería también un efecto de aquél.

La cristalización de los cuerpos disueltos se produciría por la fuerza de atracción de las moléculas cargadas de esencia fluídica.

Todas las fases de vida y crecimiento de los vegetales serían producidas por idéntico motivo.

En lo que se refiere al mundo animal todavía sería más marcada su influencia. Todas las funciones, de nutrición, de relación y de reproducción estarían dirigidas por aquella fuerza misteriosa que, al obrar sobre los seres superiores de la Naturaleza, fué bautizada por Mesmer con la denominación de *magnetismo animal.*

Además, afirmaba Mesmer que —mediante procedimientos que mantenía en secreto— cabía la posibilidad de almacenar y de trasladar el flúido por él descubierto y que tenía una influencia beneficiosamente positiva sobre la mayor parte de las enfermedades conocidas, especialmente sobre las sufridas por el sistema nervioso del hombre.

En posesión Mesmer de su descubrimiento, su primera idea fué la de darle a conocer en su país natal, y para ello dirigió una comunicación a las sociedades científicas de Berlín, pero —por motivos no bien conocidos— fué acogida con extraordinaria frialdad, hasta el punto de que los que formaban parte de aquellas corporaciones, no se dignaron dar una respuesta al comunicado.

En vista de este resultado negativo, traslada temporalmente su residencia a Inglaterra y allí se dirige a las Sociedades médicas de Londres reclamando atención y estudio para su descubrimiento, pero tampoco aquí le es propicia la fortuna.

Lejos de sentirse desanimado ante este segundo fracaso, emprende un viaje a París con ánimo de fijar allí su residencia y convencer prácticamente a las gentes de la bondad de sus doctrinas, ya que las Academias cierran para él sus puertas.

A los pocos meses de vivir en la capital de Francia el hotelito alquilado por Mesmer se ve diariamente invadido por una multitud de enfermos de toda clase que reclama la terapéutica por aquél ejer-

cida. Los procederes que en sus primeros tiempos empleaba Mesmer para las magnetizaciones, consistían en encerrarse con el enfermo en un cuarto silencioso y débilmente iluminado, al que nada llegará del mundo exterior.

Colocaba al paciente sentado cómodamente frente a él y tomaba sus manos, estableciendo durante unos minutos un contacto de las yemas de los dedos pulgares. Después llevaba sus manos al pecho de los enfermos y las hacía descender lentamente hasta el epigastrio, región donde se detenía buscando con una imposición manual prolongada el enviar una fuerte corriente magnética a los ganglios nerviosos del plexo solar.

Esta maniobra la repetía varias docenas de veces, descansando de tanto en tanto para enviar con las manos puestas en forma de cono, corrientes de magnetismo hacia las regiones enfermas.

En la consulta de Mesmer consiguieron ser admitidos algunos médicos franceses que fueron los portavoces más sonoros de las excelencias de la terapéutica mesmeriana.

Entonces es cuando se decide Mesmer a presentar su descubrimiento y su teoría ante la Academia de Medicina de París y esta vez consigue que sea admitida. Pero después de varios meses de deliberaciones, la comisión nombrada al efecto dictamina en el sentido de decir que todas las pretendidas curaciones del magnetismo no obedecían a la existencia de ningún flúido misterioso —como pretendía el autor— sino que la virtud de la terapéutica empleada depende únicamente de la imaginación de los pacientes.

Este dictamen tan desfavorable provoca paradójicamente en el público el efecto contrario al que era de esperar.

La afluencia de enfermos al consultorio de Mesmer aumenta de un modo inusitado. Ni empleando todo el día puede atender a la décima parte de la clientela.

En vista de ello comienza Mesmer a practicar las magnetizaciones colectivas, utilizando la cubeta de su invención y que lleva su nombre.

Esta *cubeta* estaba construída de madera muy seca y poco porosa y tenía forma cilindrocónica de base inferior. En su parte interna se vertía una cierta cantidad de agua dulce, cargada de limaduras de hierro. Además llevaba dentro un número bastante considerable de botellas de cuello ancho orientadas todas ellas de tal manera que la boca miraba hacia el centro del aparato y su posición era oblicua, estando mediadas de un líquido de composición análoga al vertido en la cubeta.

De cada una de ellas salía un barra de hierro que al llegar a la parte central se verticalizaba para atravesar la cubierta de la cubeta y después se acodaba tomando una dirección horizontal, viniendo a terminar a cierta distancia del aparato.

Los enfermos que acudían a curarse se situaban alrededor de la cubeta, agarrándose cada uno de ellos a una de aquellas barras de hierro que nacían de su interior. Formaban así varias filas circulares en torno de aquélla.

Mesmer se situaba en un ángulo de la habitación, sobre una elevada plataforma y desde allí extendía sus manos hacia el centro del aparato para cargarle de magnetismo que después vendría hasta los pacientes a través de las barras de hierro que éstos tenían entre sus manos.

Al mismo tiempo, una pequeña orquesta situada en una habitación próxima, llenaba el espacio con los sones de una música tristona, monocorde y adormecedora.

Para aquellos enfermos que —por sus modestos medios económicos— se veían imposibilitados de acudir a su consulta particular, magnetizó Mesmer uno de los árboles de un paseo público y allí acudían en peregrinación todos los que no podían pagar los honorarios de una consulta privada.

Después de varios años de luchas con sus compañeros, de persecuciones sin cuento, de ser objeto de injustas y odiosas acusaciones, Mesmer se retiraba a pasar tranquilo el final de su existencia en un apacible pueblecillo del norte de Europa.

TRABAJOS DEL ABATE FARIA

Unos veinticinco años después de que Mesmer presentara sus comunicaciones a las Academias científicas de Francia, París se veía sorprendido por los maravillosos hechos realizados en sus plazas públicas por un fakir indio, apellidado Faria. Este colocaba delante de sí a las personas que voluntariamente se prestaban a ello y después de reconocerlas ligeramente las aceptaba o rechazaba, para sumirlas en sueño hipnótico y curar sus dolencias.

A las que consideraba como sujetos apropiados las ordenaba se sentasen en su presencia y a continuación las sumía en sueño hipnótico sin más que *una orden formal*, verbalmente expresada. El abate Faria prescindía en absoluto de toda otra maniobra. Ni contactos, ni pases magnéticos. Toda su actuación quedaba reducida a expresar de palabra —imperiosamente— su voluntad de dormir al paciente. Su éxito alcanzó los límites de una simpática popularidad y reconocimiento.

PROCEDERES DE JAIME BRAID

A mediados del siglo XIX, el sabio médico inglés, doctor Braid, publicó una obra en que venían resumidas y explicadas las experiencias que había llevado a cabo durante varios años, sobre enfermos a los cuales había conseguido provocar el sueño hipnótico, por un procedimiento que él creía había sido el primero en emplear.

Consistía éste en hacer fijar la mirada del paciente en un objeto brillante, de forma esférica, que se colocaba a unos doce centímetros de distancia y seis de altura de los ojos del enfermo.

Los sujetos sometidos a experiencia comenzaban a experimentar un cansancio particular por el estrabismo convergente a que se veían forzados sus globos oculares. Poco después se iniciaba un parpadeo rápido y acababan cayendo en un estado de sueño más o menos profundo, sueño que tenía una analogía extraordinaria con el provocado por la influencia magnética de los mesmeristas y con el originado a consecuencia de los métodos empleados por el abate Faria.

INVESTIGACIONES POSTERIORES

Hemos citado los trabajos de Mesmer, del abate Faria y del doctor Braid porque son ellos la base y el fundamento de toda la labor que posteriormente han venido realizando numerosos investigadores dedicados al estudio de la hipnosis. Puede decirse que toda la obra llevada a cabo después, más bien ha sido de ordenación y clasificación de hechos. Y los que alaban el trabajo de los continuadores se olvidan lamentablemente y hasta llegan a condenar la obra de los predecesores, más difícil y meritoria sin duda alguna.

Casi todos los autores que se han ocupado de la evolución del hipnotismo en el mundo occidental, citan al marqués de Puysegur, considerándolo como de valía superior al mismo Mesmer. Nada más lejos de la verdad, sin embargo.

Puysegur no pasó de ser otra cosa que un vulgar magnetizador que utilizó el método mesmeriano sin introducir en él la más pequeña modificación. Lo único de original que se permitió fué una ridícula interpretación del flúido magnético considerándole como una corriente eléctrica. Respecto a sus memorias tiene más carácter de obra literaria que científica.

Otro tanto puede decirse de Mac Salson, quien en Inglaterra realizó una labor que más que otra cosa sirvió para que las gentes

adquirieran cierta prevención para todo aquello que con el hipnotismo se relacionase.

En los Estados Unidos trabajó un tan meritísimo como modesto médico —el doctor John Nelson— recopilando su obra en varios folletos que, a pesar de su valía, apenas llamaron la atención del público, siendo únicamente conocidos por algunos especializados en la materia.

En Francia estos estudios llegaron a tomar un carácter científico con las comunicaciones presentadas en la Facultad de Medicina por el doctor Foissac, las cuales no contienen fundamentalmente ninguna novedad. Son una repetición de las expuestas años atrás por Mesmer. Sin embargo, al ser puestas de nuevo sobre el tapete merecieron los honores de la discusión, cosa que hasta entonces no había sido lograda.

Años más tarde, el eminente clínico Charcot, profesor de la Facultad de Medicina de París, emprendía sus estudios sobre el histerismo y admitía como hechos perfectamente demostrables todos los relacionados con el hipnotismo, clasificando con arreglo a un criterio particular bien fundamentado en la clínica, en varias modalidades las distintas formas del sueño hipnótico.

Al mismo tiempo la Facultad de Medicina de Nancy —con Bernhein a la cabeza— generaliza las aplicaciones de la hipnosis provocada, creando la escuela partidaria de la sugestión —como aplicación y como procedimiento—, con lo que en realidad no hace otra cosa que resucitar el sistema ya enseñado muchos años antes por el abate Faria.

Con esto queda el hipnotismo definitivamente incorporado a los conocimientos integrantes de la ciencia oficial y preparado el terreno para los modernos investigadores.

HECHOS Y TEORIAS ACTUALES

Al mismo tiempo que desaparece la exclusividad de los métodos utilizados para conseguir la provocación del estado de hipnotismo, surgen nuevas teorías que pretenden explicarnos el mecanismo de su producción y la esencia de los fenómenos.

El profesor Grasset de la Facultad de Montepellier comienza a ocuparse con todo detalle y con todo rigor científico de estos asuntos y con su teoría de los dos psiquismos encuentra un medio de explicar el mecanismo de ciertos actos y fenómenos de difícil comprensión, tales como los del hipnotismo, de la sugestión, etc.

El profesor Grasset supone que las neuronas o células nerviosas nobles constitutivas de los centros nerviosos superiores están funcionalmente reunidas en dos grupos fundamentalmente distintos. Unas constituyendo un centro superior que él denomina *control*, por atribuirle funciones directivas, y las demás repartidas en varios subcentros encargados de trabajos más modestos, relacionados con las percepciones sensoriales.

Gráficamente expresa su teoría suponiendo un polígono en cuyo centro estaría situado el control O, y en cada uno de los vértices los subcentros, A, B, C, D, E, etcétera, suponiendo además a O relacionado con A, B, C... por vías aferentes y eferentes.

En la vida ordinaria O, despierto, ejercería la función de control, de dirección sobre todo el polígono. Pero en ciertas circunstancias (sueño, distracción, sonambulismo natural o provocado), O, se hallaría paralizado, ausente o dominado por el O de otro individuo y entonces los actos realizados por el sujeto tendrían un carácter automático. (Actos realizados con *desagregación suprapoligonal*).

A pesar de lo seductora que es esta teoría, considerada a primera vista, cuando se pretende explicar con ella los actos más sencillos que se ofrecen en el hipnotismo, resulta de una absoluta insuficiencia.

En otro capítulo volveremos a insistir sobre este tema.

HIPNOTISMO TRASCENDENTAL

Cuando se dirige la atención hacia las normas seguidas por los distintos investigadores de Occidente en el estudio del hipnotismo y se las compara con los procedimientos y doctrinas de ciertos pueblos orientales, se echa de ver en seguida la inmensa superioridad de que estos últimos dan muestra en éste como en todos los capítulos de las ciencias esotéricas.

Al exponer en anteriores páginas un ligero bosquejo histórico del asunto, hemos señalado de pasada algunas pruebas de la altura que estos estudios han alcanzado en ciertas sectas de la India, que —bajo la apariencia de dedicarse exclusivamente a una labor religiosa— utilizan la mayor parte de sus esfuerzos en trabajos de ocultismo.

Cuantos hemos tenido ocasión de comprobarlo nos hemos visto obligados a modificar los procedimientos que considerábamos como

clásicos y del mismo modo hemos variado las teorías que utilizan los investigadores occidentales para aclarar los hechos.

En Europa y América existe un vicio de origen que es la causa de la obscuridad y de la confusión reinantes en todo lo que se refiere al asunto que nos ocupa. Esta causa no es otra que el absoluto desconocimiento de la verdadera naturaleza del hombre, de sus poderes latentes, de las energías insospechadas que puede desarrollar poniéndose en las debidas circunstancias y sometiéndose a adecuadas condiciones.

Todos los hombres, *absolutamente todos*, pueden, sin más que poner en ello el concurso de su voluntad, llegar a poseer los medios para que su influencia personal se deje sentir sobre su mundo circundante. Y esta influencia no se limitará a actuar sobre sus semejantes, sino que se hará extensiva a todo cuanto les rodee.

Pero para lograrlo es necesario no solamente llegar a conocer los métodos para poner a los demás en situación de recibir nuestra influencia. Es necesario, además, aprender el modo de que nuestro organismo sea una copiosa fuente de energía psíquica. De esta manera llegaremos a estar en posesión de los secretos del hipnotismo trascendental, practicado por los yoghis y por los brahmanes arghys.

Con objeto de que el discípulo se adiestre de un modo progresivo en las prácticas de la influencia personal, procederemos siguiendo el sistema que suele dar más resultados y que consiste en ir de lo sencillo a lo complicado.

Con arreglo a este criterio, daremos, primero, unas nociones conducentes a conseguir el desarrollo del poder, y después le llevaremos a trabajar, sucesivamente, sobre las plantas, los animales, el hombre y el propio yo.

PREPARACION PERSONAL

Una de las primeras cosas a que debe dedicar el discípulo todos sus cuidados es a colocarse en una situación de serenidad de alma y espíritu indispensables para el buen éxito.

Lo primero que se necesita es poner el cuerpo físico en condiciones de ser un buen vehículo y emisor de influencia, con lo cual se tiene mucho adelantado para la consecución de aquella.

Para ello practicaremos un régimen de alimentación, del que se excluyan las bebidas alcohólicas y los excitantes de todo género.

El desideratum sería llegar a un régimen exclusivamente vegetariano, pero si esto no es posible, convendrá, al menos, que algún alimento procedente del reino vegetal forme parte de las comidas practicadas durante el día. Los vegetales aportan al organismo tanta energía —por lo menos— como las substancias proporcionadas por las especies animales que nos sirven de sustento, y tienen la enorme ventaja de no llevar en sí todas sus substancias de origen cadavérico que contienen estas últimas en proporción no despreciable.

Convendrá que las horas dedicadas al sueño sean las suficientes y necesarias. Tan perjudicial es pecar por carta de más como por carta de menos.

Un adulto de edad media necesita ocho horas de sueño tranquilo para reparar el desgaste producido por la jornada de trabajo.

Los muy jóvenes deberán descansar mayor número de horas. Los ancianos, por el contrario, tienen suficiente con un reposo menos prolongado.

También un ejercicio adecuado es factor digno de ser tomado en consideración. Lo mejor es practicar todas las mañanas, durante unos minutos, varios ejercicios de gimnasia respiratoria, seguidos de un baño o ducha.

En una palabra: debemos considerar que así como una joya apreciada por su valor es guardada en un estuche apropiado, el cuerpo físico debe acondicionarse debidamente a la misión que vamos a encomendarle.

Fuera de esto, nuestro género de vida corresponderá a la de una persona que use lógicamente de las funciones que le han sido otorgadas por la naturaleza, sin caer nunca en abusos u omisiones, siempre nocivos.

Tiene aquí buena aplicación el aforismo: "Mens sana in corpore sano".

Es conveniente rehuir todo aquello que pueda nublar la claridad de nuestro espíritu, y para ello llevaremos nuestro esfuerzo a apartar la mente de movimientos pasionales violentos y ofuscadores. Esto es más fácil de lo que a primera vista parece. En casi todas las grandes pasiones la responsable del incremento subyugador que llegan a alcanzar es nuestra propia imaginación, que presta un fondo engañoso y da un valor aparente a lo que en realidad no tiene ninguno o lo tiene escaso.

Terminaremos citando opiniones de sabios occidentales que se han ocupado de estas cuestiones.

"Es incomprensible —dice Augusto Koller— el abandono en que a su cuerpo físico dejan muchas personas que por su educación parece debían saber la importancia que para la vida de la mente

tiene la posesión de un vehículo físico sometido a las reglas de la higiene. Pero —por presumir y blasonar de materialistas— sería de esperar que dedicaran toda su atención y todos sus cuidados al culto de lo que ellos consideran su verdadera y única personalidad".

Y G. Arthus dice a este respecto:

"Huid de las personas que tienen sobre su cuerpo estigmas de su falta de limpieza. Si insistís en convivir con ellos, acabaréis por descubrir las mismas turbiedades en su espíritu..."

"Os encontráis en el momento culminante de una pasión —escribe Peter Magsen—. Todo menos el objeto amado ha perdido valor para vosotros. Nada os interesa, fuera de ella. Ni las alegrías ni los dolores ajenos acusan en vosotros su huella. Hasta la misma vida ha perdido todo su valor. La entregaríais gustosos por un capricho de la mujer amada... Pero pasados unos meses, el sólo recuerdo de aquella pasión os llena de vergüenza al traer a vuestra memoria todas las claudicaciones de vuestra voluntad, todas las renunciaciones que de vuestra personalidad hicistéis, la ecclavitud innecesaria y estúpida a que os rebajastéis..."

"Amad, quered, desead...; pero dejar siempre en reserva, guardándoos la retirada, aunque nada más sea un átomo de vuestra voluntad, para que en el día del peligro ilumine vuestra mente haciéndoos ver la inconsistencia de casi todos los edificios sentimentales que creó vuestra imaginación..." —dice en una de sus mejores obras David Gloesser.

Y cerrando estas líneas de consejos dedicados al discípulo, haremos mención de las palabras de uno de los maestros arghys:

"Llegará el día es que os deis cuenta de la verdad... Vuestro cuerpo es el arca, el tabernáculo que encierra en su interior —profundamente oculto, pero no por eso menos real— el núcleo del YO, manifestación del Absoluto, del Todo, de la Causa y del Origen. Y estáis en el deber de tenerlo siempre dispuesto, como lago de aguas tranquilas y transparentes en cuya pureza y en cuya serenidad pueda bogar sin un balanceo y reflejándose límpidamente en el cristal de su superficie, la nave de oro de vuestro Espíritu: LA PAZ".

ACCIONES MAGNETICAS EJERCIDAS SOBRE LAS PLANTAS

Los maestros arghys enseñan a sus discípulos en las primeras lecciones prácticas la manera de actuar magnéticamente sobre los vegetales, y con este fin realizan una serie de experiencias que los *txellas* deben repetir con éxito, sin ayuda ninguna.

Consiste una de ellas en tomar dos semillas gemelas (procedentes de la misma planta) e introducirlas en dos recipientes llenos de tierra de la misma clase el uno y el otro. Los cuidados posteriores prestados a ambas siembras son análogos, es decir que el riego —por ejemplo— se verifica a la misma hora del día y con las mismas cantidades de agua para una y otra semilla.

En estas condiciones el magnetizador debe dirigir sus manos con los dedos agrupados en forma de cono sobre una de las semillas enterradas deteniéndose en esta maniobra durante media hora cada día. La semilla enterrada en el otro recipiente no recibe ninguna influencia ya que su sólo objeto es servir de testigo.

Si el magnetizador [1] tiene condiciones de tal, verá pronto el fruto de su actuación demostrada por la prematura emergencia de la planta correspondiente a la semilla magnetizada.

Esta experiencia es fácil de repetir por los que sigan con interés el presente curso de ocultismo. Sin embargo a los principiantes les será conveniente prolongar el tiempo de actuación. Cuando se llega a un mayor grado de desarrollo puede también llevarse al efecto la prueba siguiente:

En una planta en la que el tamaño de los distintos tallos corresponda a la misma longitud, hágase sobre una de las ramas, durante una hora por día, práctica de imposición de manos. Para ello deberá uno situarse delante de la rama elegida y extender hacia ella los brazos de modo que converjan las manos en la línea media y que sus palmas vengan a quedar a pocos centímetros sobre aquélla.

El resultado positivo se señalará por un más rápido y frondoso crecimiento del tallo sobre que se haya actuado.

(1) Entiéndase que siempre que empleemos términos tales como magnetismo, magnetizador, etc., lo hacemos para la más fácil comprensión de los habituados a la terminología occidental.

El estado mental del actuante en ambas experiencias deberá ser de absoluta fe y confianza en el éxito.

Con la práctica se llega a provocar el mismo fenómeno, no en días, sino en horas solamente. El año 1893, el brahman Kashnurti causó en Londres la admiración de las gentes practicando a presencia de numeroso público la experiencia antedicha.

Igual consecuencia puede obtenerse actuando por imposición de manos sobre flores no abiertas, las cuales rápidamente llegarán a su completa madurez. Esta experiencia es de más rápida realización y más brillante, en apariencia al menos, que las expuestas anteriormente.

La sensación experimentada por el magnetizador cuando ejerce su acción de un modo positivo, se traduce en una especie de corriente fría que corriera por sus brazos en dirección del hombro hacia la mano. Después, sus miembros superiores experimentan un cansancio particular que dura unas horas y todo su organismo parece que ha cedido algo de vitalidad.

Todos estos fenómenos sentidos por el experimentador responden a la idea sostenida por los ocultistas de Oriente, quienes suponen que el flúido vital —*prana*— emanado del magnetizador, se acumula en la planta, dando origen a un metabolismo rapidísimo en todas las células que la constituyen.

SUEÑO HIPNOTICO EN LOS ANIMALES

Existen diversas prácticas por medio de las cuales es posible hacer entrar a los animales en un estado que presenta todos los caracteres del sueño hipnótico. En la India llega a constituir un oficio vulgar el de los llamados encantadores de serpientes. Estos proceden para conseguir su objeto de diversas maneras, siendo la más corriente la que consiste en utilizar un pequeño instrumento musical, semejante por su forma a un pífano, y que ellos llaman *txandra*, del cual consiguen extraer una serie de sonidos de carácter dulce, monótono y adormecedor.

A ese propósito, refiere el coronel Moulton que durante mucho tiempo tuvo la creencia de que las serpientes que manejaban los encantadores estaban desprovistas de la bolsita venenosa que ordinariamente llevan en la base de los dientes. Pero su asombro no tuvo límites cuando pudo convencerse de que se trataba de auténticas najas, una de cuyas mordeduras ocasiona la muerte de un hombre en breves horas.

En el mundo occidental han sido varios los investigadores que han trabajado para conseguir y estudiar los efectos de la hipnosis sobre las distintas especies animales. Una experiencia que, a pesar de su sencillez, se ha hecho clásica, fué la realizada a mediados del siglo XV por A. Kircher. Este experimentador cogía una gallina, y después de ligarle convenientemente las patas, la colocaba frente a una línea que previamente había trazado en el suelo con un trozo de tiza; inclinaba ligeramente la cabeza del ave y después abandonaba ésta a sí misma. Durante varias horas —siete en una observación— permanecía el animal inmóvil en la postura en que se le había fijado.

Allan Smuts verificaba con pichones y con pájaros una serie de notables experiencias. Consistía una de ellas en coger uno de aquellos y, con un movimiento brusco, colocarlo en la palma de la mano con el dorso del animal apoyado en ella. El pájaro sometido a esta maniobra permanece como privado de vida, pues únicamente se aprecian los movimientos respiratorios con un ritmo suave y lento. Este mismo resultado puede conseguirse por otros medios, tales como la presión sobre el vertex del cráneo de los animales sometidos a experiencia, el rascamiento enérgico de la región occipital, la producción de un sonido agudo y penetrante verificada en las proximidades de aquellos o la presentación ante su vista de objetos brillantes o vivamente iluminados. (*Cataplexia*, de Gustavo Preyer).

En los gatos puede apreciarse un estado parecido al sueño hipnótico después de someterlos a la siguiente maniobra: Se toma al animal y se le coloca, echado sobre un costado, encima de una mesa. Inmediatamente se comienza a pasar una y otra vez la mano —de cabeza a rabo— con cierta energía y con bastante velocidad. A los pocos minutos se observa como una relajación de todos sus músculos; llegado este momento, aunque se abandone al animal, éste no cambia de postura ni realiza el menor movimiento en una media hora.

Los caballos también son animales extraordinariamente sensibles a las influencias hipnógenas, y a esto ha sido atribuído por algunos el éxito de los famosos caballos de Eberfedt, que realizaban operaciones aritméticas complicadas tales como la elevación a potencias y la extracción de raíces con una exactitud maravillosa.

Indudablemente hay que pensar que ciertos efectos terroríficos y paralizantes ejercidos por unos animales sobre otros deben ser ocasionados por maniobras hipnóticas llevadas a cabo por el atacante sobre la víctima. Dentro de esta clase de influencia estaría la ejercida por la serpiente sobre los pájaros —bastante menos

frecuente de lo que el vulgo supone— y la que ciertos insectos, bien estudiados por Fabre, ejercen sobre otros que les sirven de presa. Así se da el caso de que un diminuto insecto —la *mantis religiosa*— deja inmóvil de terror, por algo que debe estar relacionado con una acción hipnótica, a insectos que la decuplican en volumen.

MAGNETIZACION DEL AGUA, DE OBJETOS, DE FLORES, etc.

Una de las cosas más fácilmente magnetizables es el agua. Para ello basta tomar un vaso lleno de este líquido y proceder con arreglo a la siguiente técnica: Puesto sobre una mesa, y a nuestro alcance, extenderemos nuestras manos del mismo modo que hemos dejado señalado en uno de los capítulos anteriores al estudiar el modo de magnetizar las plantas. Después de media hora de actuación procederemos a dirigir los dedos de la mano derecha, dispuestos siempre en figura de cono, hacia la superficie del líquido. Finalmente, un soplo suave y prolongado refuerza los efectos obtenidos, considerablemente.

Aparentemente nada denunciará la modificación sufrida por el agua. Pero dad de beber de ésta a un grupo de personas, entre las cuales se hallen algunas bastante sensibles a las influencias magnéticas, e inmediatamente quedaréis sorprendidos al advertir que las tales comienzan pronto a experimentar los fenómenos precursores del sueño hipnótico. Bostezos, pandiculaciones, lagrimeo, cansancio...

Y en el caso de que alguna de las que hayan bebido del agua presente una sensibilidad bastante acusada, no pararán las cosas aquí, sino que al cabo de unos minutos caerá en un sueño que reunirá todos los elementos característicos necesarios para poderlo asimilar al sueño hipnótico.

Las flores pueden ser objeto apropiado para recibir la impregnación magnética, siempre que se las someta a idénticas operaciones que las aconsejadas para el agua. Si así se procede, veremos que al ser guardada por un sujeto sensible, pronto sufrirá éste los efectos de la influencia magnética.

Los resultados se producen siempre de un modo suave, sin tumulto. No hay que esperar efectos teatrales.

La influencia magnética así ejercida se manifiesta callada, pianísimamente, sin dejar por ello de ser tan eficaz como real.

Volveremos a insistir sobre un detalle: Para el buen éxito de todas nuestras actuaciones es indispensable un estado mental apropiado. El que actúa debe hacerlo con el convencimiento y la fe de que su influencia se dejará sentir de un modo indudable y categórico.

Cualquier otro objeto puede influenciarse magnéticamente siguiendo las reglas que hemos señalado: joyas, objetos de uso corriente, etc.

Todo el mundo ha oído hablar en más de una ocasión de la existencia de amuletos que proporcionan especial felicidad a aquellos que los llevan consigo. Actualmente, en la mayor parte de los casos, se trata de supercherías llevadas a cabo con ánimo de explotar a los incautos, pero no es menos cierto que en varios países orientales aquellos tienen —no esas universales virtudes que les han atribuído—, pero sí una influencia magnética sobre el que los posee.

En general, todas las personas impregnan con algo *suyo* cuantas cosas pasan por sus manos. Parece como si dejáramos una especie de *perfume psíquico* sobre todo cuanto tocamos. Unos en mayor medida que otros. Los que poseen bien desarrollados sus poderes en mayor grado que los demás. Y luego —cuando cualquier objeto es utilizado en experiencia por un sensitivo a estas leves influencias, a estos tenues contactos— nos asombramos al escuchar las exactas descripciones que hacen las personas y hechos relacionados con el objeto que se usó en la experiencia.

A esta clase de fenómenos pertenece el acontecido al doctor Behnundsen, que citamos en las primeras páginas del presente volumen.

Al ocuparnos de la Psicometría tendremos motivo para detenernos ampliamente estudiando numerosos ejemplos de esta clase.

También es un hecho de observación el que hace referencia a la fatalidad que proporcionan a sus poseedores ciertas joyas famosas que parecen ir nimbadas de una aureola sangrienta.

Los sucesivos propietarios, en número de diecisiete, de un hermosísimo berilo, conocido en la India con el nombre de "satbha roshba", murieron todos de muerte violenta, acaecida en las más trágicas y misteriosas circunstancias. Haremos notar que casi ninguna de estas muertes obedeció al móvil del robo de la fatídica piedra.

Una de las joyas que poseían los últimos zares de Rusia tenía igualmente una historia llena de crímenes y de horrores.

Y nada digamos de algunos de los objetos substraídos de las tumbas de los antiguos faraones. Casi todos los coleccionistas que codiciosamente han comprado a los usurpadores lo que éstos habían robado en las tumbas profanadas, han acabado por ceder a los Museos nacionales joyas y amuletos que parecían perseguirles con una mala ventura, que no terminó hasta que se separaron de ellos.

Hay una tendencia a explicar todos los hechos cuya esencia se nos escapa, atribuyéndolos a la casualidad, y esto ocurre con los que de momento nos están ocupando.

Y, sin embargo, tienen explicación admitiendo esa sutil impregnación a que hemos hecho referencia en renglones anteriores.

Citemos algunos casos que así lo demuestren:

Los arghys, cuando tratan de enterarse de cuáles entre sus discípulos son los más sensibles a las influencias magneticas e hipnogenicas, usan del siguiente proceder:

Dentro de una habitación colocan —distribuídos entre los demás— algunos objetos magnetizados previamente. Los discípulos penetran en ausencia del maestro, con orden de dar cuenta posteriormente de lo que en el cuarto hayan observado.

A la salida siempre hay varios de entre ellos que se encuentran como avergonzados al dar su explicación del contenido de la estancia, pues apenas aciertan más que a describir tres o cuatro cosas con verdadero detalle y estas son precisamente las que recibieron el influjo magnético.

Nosotros hemos verificado con frecuencia una parecida experiencia.

Entre las diversas cosas distribuídas por nuestra mesa de trabajo dejamos al azar algún objeto impresionado magnéticamente.

Las personas sensibles que se sientan enfrente de mí comienzan a acariciar, de un modo disimulado, precisamente aquellas cosas sobre las que actué previamente. Cuando repite su visita alguno de estos individuos, siempre se distrae, mientras conversa conmigo, dando vueltas con sus dedos a uno de los objetos indicados.

Todos cuantos han estudiado con algún detalle los asuntos que están mereciendo nuestra atención, podrían aportar bastantes hechos de la misma clase.

L. Emery cita una experiencia por él realizada, que consistía en lo siguiente:

Magnetizaba un pedazo cuadrado de papel blanco. Lo marcaba con un pequeño signo y a continuación lo doblaba varias veces.

Otros cuatro o cinco papeles del mismo color y tamaño, que

no recibían influencia alguna, eran doblados como el primero y mezclados con él, de tal modo que después de verificada esta mezcla, *el experimentador quedaba incapacitado para distinguir cuál de los papeles era el sometido a influencia, a menos de desdoblarlos todos para observar en cuál de ellos se había marcado el signo distintivo.*

Repartidos todos los papeles a otros tantos sujetos hipersensibles, uno de ellos entraba en sueño hipnótico con relativa rapidez. El resto permanecía indiferente.

El sujeto que había caído en sueño era el portador del papel previamente magnetizado y esto mismo tuvo lugar cuantas veces se repitió la experiencia.

Este sólo hecho destruye de un modo definitivo la hipótesis de Bernheim y de toda la Escuela de Nancy, los cuales suponen que sólo la sugestión es la causa de los fenómenos observados en el hipnotismo y fuerza a admitir la existencia de algo material (flúido magnético, flúido ódico, radiación nerviosa, influjo pránico...) que emana del magnetizador.

Todavía queremos citar un último experimento practicado por el sabio investigador P. Ramón, que tiene muchas analogías con el que acabamos de mencionar.

Entre otras notabilísimas experiencias sobre sus sujetos, verificó el citado profesor la que a continuación exponemos:

De entre un cierto número de caramelos magnetizaba uno, en cuyo papel envolvente escribía una pequeña marca que después pudiera servir de control. Ofrecido a escoger un caramelo a un sonámbulo —en estado de vigilia— siempre resultaba que el elegido era el portador de la señal. Aquí tampoco es posible hallar la menor traza de sugestión verbal ni mental.

Los hechos que acabo de ofrecer sirven para demostrar la existencia de ese *aroma psíquico* que dejamos sobre todo aquello que contactamos y que no es otra cosa sino una emanación —atenuada— pero en todo semejante a la producida por medio de las maniobras que al principio de este capítulo hemos indicado como apropiadas para verificar la magnetización de los objetos.

Sirven también para demostrar la inconsistencia de las hipótesis que buscan en la sugestión la explicación de todos los fenómenos integrantes del ocultismo.

Y valen sobre todo para llevar a nuestro ánimo el convencimiento de que los métodos y teorías seguidos en Oriente para el estudio y cultivo de las Ciencias Esotéricas son más racionales y más provechosos que los utilizados por la mayor parte de los occidentales, a pesar del calificativo de empíricos con que éstos señalan a aquéllos.

Después de haber despreciado la obra y la memoria de Mesmer, tenemos que reconocer que éste vislumbró por lo menos algo que, aunque imperfectamente, recuerda las ideas sustentadas por los arghys y los yoghis, verdaderos maestros de la Ciencia oculta.

EL HIPNOTISMO EN LA ESPECIE HUMANA

Bajo el título antecedente nos proponemos estudiar no sólo los fenómenos hipnóticos propiamente tales. Abarcaremos también en este extenso e importante capítulo todos los hechos relacionados con la influencia ejercida por unas mentes sobre otras, refiriéndonos al hablar así a aquellas influencias que escapan al control y a la observación corrientes, verificándose en un plano ajeno al de la conciencia ordinaria.

Escasas serán las personas que no hayan tenido ocasión de comprobar en sí mismos o en sus familiares alguno de esos fenómenos de transmisión mental, algún caso de telepatía. Pero la mayor parte no habrán pensado que tales hechos obedezcan a una causalidad bien establecida. La tendencia corriente es considerarlos como casuales, como simples coincidencias no dependientes de una ley.

Esta defectuosa manera de pensar obedece a lo que en otra ocasión hemos señalado. Al desconocimiento en que ordinariamente se vive respecto a la verdadera naturaleza y constitución del ser humano.

Estudiaremos en primer término los métodos mejores para conseguir la

INFLUENCIA EN ESTADO DE VIGILIA

Para que el discípulo llegue a adquirir fe en sí mismo, será conveniente que comience por practicar con algún amigo de su confianza.

Operará del siguiente modo:

A una hora determinada se encerrarán cada uno en sus habitaciones y ambos procurarán que hasta ellas no alcancen los

ruidos del exterior. Se acomodarán en un sillón e inmediatamente procederán a prestar a su cuerpo el mayor reposo posible. Con este objeto fijarán su atención en uno de sus miembros, el inferior derecho, por ejemplo, y relajarán todos los músculos del mismo; acto seguido verificarán la misma maniobra con el izquierdo. Una vez que lo hayan conseguido tocará el turno a los brazos. Después a los músculos del cuello, tronco, etc. Ningún músculo debe quedar en estado de contracción.

A continuación dirigirán su voluntad a establecer un ritmo respiratorio conveniente.

La inspiración se hará por la nariz y procurando ventilar bien las bases pulmonares, para lo cual el tipo de respiración en esta fase es el abdominal. La espiración se realizará por la boca y utilizando como músculo espiratorio el diafragma.

Un recurso muy recomendable para que el principiante se dé cuenta de que hace bien las cosas es el de colocar una hoja de papel sobre su abdomen. En los movimientos inspiratorios ésta debe elevarse como levantada por una ola y a la expulsión del aire deberá descender todo lo posible.

En estas condiciones, su cuerpo físico adoptará un estado mental de tranquilidad perfecta y comenzará a emitir de un modo suave, sin excesivos esfuerzos de concentración su pensamiento. (Antes de la experiencia habrán convenido en actuar, uno de transmisor y otro de receptor.) La transmisión no tendrá nunca los caracteres de una orden impuesta al que la recibe. Aclaremos esto con un ejemplo:

Si desea, verbigracia —el transmisor—, conseguir del receptor que éste le envíe un libro determinado, no deberá influenciarle pensando: "Envíame tal libro". Su pensamiento irá encaminado a colocarse en el lugar del que recibe y *pensar por él:* "Voy a enviar este libro". El transmisor, además, procurará formar una *imagen visual* del acto de coger el libro (como si se hallara dentro del cuerpo de su compañero) y del de trasladarlo.

Es conveniente que en las primeras comunicaciones se convenga de antemano en establecer transmisiones sencillas, por ejemplo, de guarismos simples.

En tal caso el que transmite se habituará a la formación de la imagen visual recurriendo a un sencillo artificio, consistente en colocar delante de su vista una cartulina en la que vaya dibujada claramente la cifra objeto de la transmisión.

El receptor, por su parte, no forzará su atención voluntaria sino que procurará mantener su mente en un estado de indife-

rencia, de descanso, pero huyendo del sueño que al principio tendrá tendencia a invadirle.

Tendrá que tener presente que, de ordinario, se presentará ante él lo transmitido como una sensación visual o auditiva, y no como una revelación surgida de improviso.

Además —en el caso de transmisión de guarismos— convendrá que espere unos minutos antes de decidirse a aceptar un número, para ver si se refuerza la intensidad de la impresión recibida, lo que es muy frecuente cuando se está en buen camino.

El tiempo destinado diariamente a la experiencia deberá ser de hora y media. En las primeras sesiones convendrá emplear un cuarto de hora para la transmisión de cada cifra y se coleccionarán los resultados por grupos de seis, anotando cuidadosamente la fecha de las comunicaciones, al objetoo de poder apreciar los progresos que se vayan obteniendo.

1º	....	9 6 4 9 2 2	....	3 9 7 6 3 2
2º	....	3 5 2 7 3 6	....	3 6 4 9 7 9
3º	....	5 7 4 3 5 9	....	1 0 1 5 6 7
4º	....	1 0 7 3 9 7	....	1 0 1 5 6 7
5º	....	7 3 5 4 2 8	....	7 3 7 4 7 7
6º	....	8 4 2 6 4 3	....	8 4 2 9 5 3
7º	....	9 4 2 6 4 3	....	9 4 2 5 6 7
8º	....	6 5 5 7 8 0	....	9 5 5 7 8 0
9º	....	6 6 6 4 3 5	....	6 6 6 7 6 4
10º	....	1 0 1 0 5 6	....	1 0 1 0 1 2
11º	....	8 6 7 4 5 3	....	8 6 7 4 5 2
12º	....	0 5 7 4 3 5	....	0 5 7 4 3 5

A partir del día 12 no hubo error ninguno en la recepción de las series transmitidas.

Entre otros muchos detalles que reclaman nuestra atención en esta experiencia figuran los siguientes:

La primera de las cifras transmitidas en cada sesión la ha recogido el receptor diecinueve veces de veintiuna. Y lo mismo ha sucedido con la emitida en segundo término. La transmitida en tercer lugar, diesiséis veces. La siguiente, catorce. La penúltima, doce, y la última, catorce.

Vemos, según esto, que el éxito va decreciendo a medida que la experiencia avanza. Lo cual podríamos interpretarlo como un fenómeno derivado del cansancio de los actuantes, hipótesis que

no basta a derribar el hecho de la pequeña contradicción final, ya que —tanto transmisor como receptor— vuelven entonces a actuar con más eficacia ante la consideración de que el descanso llegará después de aquel último paso en la jornada.

En casi todos los errores, la cifra señalada por el receptor tenía una configuración parecida a la verdadera.

Relaciónese esto con lo que más arriba hemos indicado a propósito de la recepción por *imagen visual.*

En vista de ello adoptamos desde la sesión once el procedimiento de dirigir la atención —minutos antes de las experiencias— a unos cartones en los que estaban señalados con trazos perfectamente diferenciados la serie de los diez primeros números. Del resultado podrá juzgarse consultando la anterior estadística.

Cuando, después de diez o doce días, no se aprecien resultados positivos, será lo más indicado suspender la colaboración iniciada y reanudarla con otra persona distinta.

De las transmisiones sencillas se irá pasando a otras cada vez más complicadas hasta adquirir la necesaria agilidad mental.

INFLUENCIA EN ESTADO DE SUEÑO NATURAL

Es una de las actuaciones más elementales que pueden realizar los discípulos. Para verificarla recurrirá el que la practique a colocarse en las condiciones señaladas para el transmisor en las experiencias cuya descripción nos acaba de ocupar.

Será conveniente cerciorarse previamente de que la persona sobre la cual vamos a dirigir nuestra influencia no está sujeta a crisis de sonambulismo. Si tal ocurriese, la más elemental prudencia aconseja abstenerse en absoluto.

TECNICAS ERRONEAS Y FALSAS

Sin perjuicio de que en otro lugar nos ocupemos de los hechos que integran el cumberlandismo, queremos salir en este momento al paso de un error en que —por ignorancia— incurren con extraordinaria frecuencia los principiantes.

Nos referimos a esos seductores procedimientos que algunos aconsejan y que denominan de *transmisión mental con contacto.*

Se trata en ellos de hacer creer que el tomar una mano, por ejemplo, del receptor, da mayores facilidades para la influenciación mental.

El contacto con una persona cualquiera que exprese el deseo de que nosotros la conduzcamos a un lugar en el que se encuentre escondido un objeto (citamos éste por ser uno de los experimentos más corrientes del cumberlandismo), basta, efectivamente, para que sin la menor vacilación encontremos aquél, siempre que la persona unida a nosotros piense con alguna intensidad en el camino que debemos seguir.

Pero en esto no hay nada de adivinación de pensamiento ni de influencia mental. Trátase sencillamente de saber traducir los movimientos subsconscientes que realiza la mano que contacta con la nuestra.

Para cualquiera que tenga medianamente desarrollada su sensibilidad músculo-táctil, la cosa es de una sencillez extrema.

En este caso se encuentran los ciegos de nacimiento, quienes —con una mano nuestra en su hombro— nos preceden al cruzar una calle con seguridad absoluta.

Una verdadera transmisión de pensamiento no necesita contacto material de ninguna clase entre emisor y receptor.

Para la sutil substancia constitutiva de la mente-pensamiento no son necesarios puentes de ningún género.

La verdadera transmisión mental tiene lugar del mismo modo a unos metros que a cientos de kilómetros de distancia, interpuestos entre quien emite y quien recibe.

PRACTICA DE LA HIPNOSIS

ELECCIÓN DE SUJETOS

Aunque puede considerarse que absolutamente todas las personas son hipnotizables, en mayor o menor grado, es conveniente —cuando de experimentar se trata— que extrememos las garantías destinadas a asegurar el mejor éxito.

De aquí que no esté de más dar alguna orientación que sirva para verificar acertadamente la elección de los sujetos de experiencia.

Es creencia muy extendida la de que la mujer presenta mayores facilidades que el hombre para entrar en sueño hipnótico.

Pero lo cierto es que el sexo tiene escasa o nada de influencia sobre la tendencia a la hipnosis. Tan errónea creencia deriva de la equivocada hipótesis sostenida por una Escuela francesa que estuvo muy en boga a fines del pasado siglo y la cual consideraba que solamente eran hipnotizables las personas histéricas.

Por nuestra parte podemos afirmar que la práctica nos ha señalado que se encuentran buenos sujetos y personas casi refractarias tanto entre las mujeres como entre los varones.

Por lo que hace referencia a la edad, son susceptibles de caer con mucha facilidad en sueño hipnótico los niños. Sin embargo, nosotros hemos encontrado los mejores sonámbulos en edades que fluctúan entre los veinte y los treinta años.

Las personas de más de sesenta años de edad es raro que alcancen fases profundas de sueño.

La profesión no tiene influencia. Quizá entre los trabajadores manuales se recluten más fácilmente los sujetos, pero esto está explicado por la mayor fe con que de ordinario se someten a la experiencia las clases no intelectuales.

Los buenos sujetos presentan a primera vista una serie de particularidades que un ojo ejercitado descubre pronto.

Se trata, en general, de individuos pálidos, de rostro no muy expresivo, pelo negro y largas pestañas. El párpado superior cubre la mitad del iris, dándoles esto un aspecto soñador. Algunas venitas azulean en la blanca piel de las sienes.

Su estatura suele ser mediana y no presentan un gran desarrollo muscular.

Entiéndase bien que no sentamos una regla general absoluta. Bastantes sujetos se apartan de la descripción que acabamos de dar. Nos limitamos a describir el hábito exterior de un tipo que hemos visto repetirse con mucha frecuencia.

INVESTIGACION DEL GRADO DE SUGESTIBILIDAD

Aunque —como tendremos ocasión de comprobar— no es la sugestión la causa exclusiva de los fenómenos que se presentan en el sueño hipnótico, es, en cambio, cierto que casi todos los sujetos fáciles al hipnotismo lo son también a las influencias sugestivas.

Teniendo esto en cuenta, será un buen comprobante preliminar de la calidad del futuro sujeto, el consistente en averiguar el grado de sugestibilidad del mismo, lo que podemos efectuar por varios procedimientos.

Del mismo modo, el hecho de que los sujetos acostumbran a ser bastantes sensibles a las influencias magnéticas lo utilizaremos para determinar las probabilidades de éxito en nuestras intervenciones.

Estando el sujeto sentado en una silla le entregaremos un objeto —un pañuelo, por ejemplo—. Le ordenaremos que lo retenga fuertemente apretado por una de sus manos y a continuación practicaremos nuestra influencia sugestiva verbal, del modo siguiente:

—Procure usted retener fuertemente apretado el pañuelo; emplee usted en ello toda la fuerza de su mano... con más fuerza aún.

Fijaremos fugazmente nuestra mirada en la del candidato y añadiremos:

—Dentro de un momento comenzará usted a sentir una fuerza extraña que le impedirá en absoluto abrir su mano... Mientras yo no intervenga, su mano seguirá cerrada...

Un tanto por ciento elevadísimo de personas obedecerá a esta sugestión, y serán muy pocas las completamente refractarias.

Del mismo modo podemos ordenar que entrecrucen los dedos de una mano con los de la otra.

—Sus dedos no podrán separarse dentro de unos segundos... hay algo superior a su voluntad que los mantiene unidos... todos sus esfuerzos por liberarlos serán inútiles mientras no intervenga yo con una orden contraria...

Estas sugestiones podrán variarse cuanto se quiera, aunque buscando siempre el sugerir órdenes sencillas.

Después colocaremos al sujeto de pie, en posición de firmes, ordenándole que cierre sus ojos y que procure mantener todos sus músculos en reposo.

Nos situaremos detrás de él, a setenta y cinco centímetros de distancia aproximadamente y extenderemos nuestros brazos hacia sus omoplatos, pero sin llegar a contactar su espalda, de tal manera que las palmas de nuestras manos vengan a quedar a tres centímetros de aquella.

Los sujetos sensibles a la acción magnética se verán atraídos irresistiblemente hacia nosotros.

También puede utilizarse un procedimiento mixto:

Puesto el sujeto en la posición indicada para la prueba precedente, y una vez que nosotros hayamos acercado las manos a su espalda, le diremos con acento firme:

—Va usted a experimentar una atracción inevitable hacia atrás... mantenga usted su voluntad en estado de indiferencia... siente usted ya algo que le impulsa hacia mis manos... se inclina usted sin darse cuenta de ello... se caería usted si yo no le contuviese...

Es muy frecuente que se dé el caso de que este proceder carezca de eficacia si se practica correctamente.

Algunas personas son tan extraordinariamente sensibles a las influencias magnéticas, que se puede verificar en ellas la siguiente comprobación:

Después de ordenarles que se sienten en una silla, las pediremos que cierren los ojos y que procuren la relajación de todos sus músculos.

Cuando hayamos comprobado que han atendido nuestras indicaciones acercaremos los dedos de una de nuestras manos, agrupados en forma de cono hasta unos centímetros de cualquiera de las suyas.

Después de unos segundos la iremos retirando lentamente y veremos cómo nos acompaña en el retroceso de la persona sometida al experimento.

Todas estas pruebas preliminares que venimos describiendo pueden modificarse introduciendo las variantes que cada cual estime oportunas o reemplazándolas por otras que vayan destinadas a conseguir el mismo objeto.

TECNICA PRELIMINAR

La estancia que destinemos a gabinete de experiencia conviene que sea confortable y silenciosa.

Lo primero, porque a veces tendremos que permanecer en ella varias horas seguidas, y en una habitación en que la temperatura por ejemplo—, sea muy baja o muy elevada, no hay manera de hacerlo, ni nosotros ni los sujetos.

Silenciosa, porque nada provoca tantas distracciones sobre los sujetos como los ruidos procedentes del exterior.

La decoración del cuarto será sencilla: un par de cómodas butacas, una mesita y los enchufes para las lámparas de luz eléctrica, es todo lo que necesitamos.

Huid, sobre todo, de lo terrorífico. Nada de cabezas de buhos disecados con grandes ojos verdes de cristal. Nada de calaveras.

Nada de retratos nuestros desde los que miremos, a los que nos contemplan, con ojos de pulverizarlo todo de una sola mirada.

Todo este aparato escénico de que se rodean algunos de los que practican el hipnotismo es absolutamente superfluo y sólo sirve para que los mojigatos nos tachen de haber hecho pacto con Satanás y las personas cultas nos motejen —muy lógicamente— de farsantes y mixtificadores.

Una precaución que conviene tomar es la de verificar siempre las experiencias a presencia de una tercera persona. Tratándose de jóvenes o de mujeres casadas, no deberá faltarnos el permiso de los padres o del marido.

Las horas elegidas conviene que estén algo distanciadas de las comidas.

La persona sobre que se actúe deberá estar absolutamente tranquila. Pondremos a contribución todo nuestro entusiasmo para convencerla de que no corre el peligro más leve al someterse a experiencia. De que debe desterrar todo temor, pues nada desagradable ha de sucederle.

En el caso de que tengamos la posibilidad de hipnotizar a otro sujeto en su presencia, no debemos prescindir de este excelente medio de convicción.

Procederemos en toda ocasión y momento con la mayor dulzura. Es innecesario, y además resulta perfectamente ridículo, abrir el hipnotizador los ojos como si quisiera comer al que tiene delante o poner cara terrible.

Todos esos aspavientos estarán bien en una barraca de feria o en el escenario de un circo. Fuera de estos sitios resultan —como antes decimos— de una ridiculez extrema y de una eficacia contraproducente.

Ordenaremos al sujeto que se siente en un sillón, en postura absolutamente cómoda, con todos los músculos en descanso y con la cabeza apoyada en un almohadón que deslizaremos sobre su nuca.

Ha llegado el momento de producirle el sueño hipnótico.

PROCEDIMIENTOS

FIJACIÓN DE LA MIRADA EN UN OBJETO BRILLANTE

Este proceder, que en Occidente fué Braid el primero en señalar, es uno de los más conocidos y divulgados en la India, en donde se usa y practica hace muchos siglos.

Los fakires utilizan un trozo de porcelana blanca y brillante en cuyo centro dibujan un triángulo equilátero, en el que va inscripta una circunferencia. O bien colocan ante una luz brillante un vaso lleno de agua en la que se refleja aquella.

En Europa se han ideado —desde que Braid dió a conocer su bola hipnótica— un sin fin de aparatos, todos basados en el mismo principio.

Todos constan en esencia de uno o dos vástagos, terminados en una esfera de cristal, azogado interiormente, o en una esferilla metálica, pulimentada o niquelada.

Algunos médicos recurren a su termómetro clínico, cuya cubeta —llena de mercurio— sirve a propósito como punto fascinador.

Sea cual fuere el instrumento que utilicemos, procederemos del modo que vamos a exponer a continuación:

Ordenaremos —según indicábamos más arriba— al sujeto, que ocupe un sillón bien cómodo; a falta de él podemos utilizar un sofá y tampoco habrá inconveniente en que permanezca en la cama, lo que en ocasiones —por tratarse de enfermos que no pueden abandonar el lecho— es de absoluta necesidad.

Su cuerpo deberá quedar en absoluto reposo, los brazos apoyados sobre los muslos y toda la musculatura en el mayor grado de relajación posible.

La cabeza elevada, con la barbilla en alto, pero cómodamente apoyada sobre uno o dos almohadones, de manera que la postura elegida no ocasione la menor fatiga aunque se prolongue algún tiempo.

Entonces situaremos el instrumento hipnotizador que hayamos escogido de tal manera que su porción brillante venga a quedar situada a unos ocho centímetros hacia adelante y seis de altura de los ojos del sujeto, que deberán permanecer fijos en aquélla.

En la postura correctamente establecida, el párpado debe llegar a cubrir un tercio del diafragma iris.

Abandonado el sujeto a sí mismo veremos aparecer las primeras manifestaciones del sueño hipnótico en un tiempo muy variable, pero que en términos generales oscila entre cinco y treinta minutos.

Fijación de la mirada acompañada de sugestión

Establecidas las condiciones que van reseñadas en el método anterior, se puede complementar nuestra actuación combinando la sugestión con la fijación de la mirada en el objeto brillante. Para ello enviaremos al sujeto las siguientes sugestiones verbales:

—No tenga usted el menor temor... No tenga usted más que una sola idea, la de dormirse... No piense usted más que en dormir... Piense usted exclusivamente en el sueño... Será un sueño tranquilo, dulce, reparador el que usted experimente, y al despertar se hallará mejor que nunca... Siente usted ya que el sueño le invade de un modo insensible... Todo su cuerpo experimenta el mismo deseo de reposo, de sueño... Sus piernas y sus brazos se le adormecen cada vez más... Sus ojos apenas pueden permanecer abiertos... Siente usted un peso invencible en los párpados... Se duerme usted de un modo inevitable... Destierre usted todo temor y duerma tranquilo... Duerma usted... duerma usted... duerma usted... duerma usted... duérmase... duérmase... duérmase... duérmase...

Fijación de la mirada del sujeto en la del hipnotizador

Este es un procedimiento mixto, en que a la influencia puramente hipnótica del brillo de los ojos del hipnotizador se suma la influencia magnética de la mirada humana.

Para llevarlo a cabo, sentado el sujeto como para las anteriores experiencias, se situará el hipnotizador delante de él, de manera que su cabeza esté a mayor altura que la de aquél y dirigirá su vista al entrecejo de la persona sometida a experiencia.

Como es lógico, este proceder puede ir acompañado de otras maniobras magnetógenas, tales como los pases practicados sobre la cabeza, tronco y extremidades del sujeto.

También puede combinarse con la sugestión, en cuyo caso lo acompañaremos de las que hemos mencionado en el apartado anterior.

FIJACION DE LA MIRADA DEL SUJETO EN LOS DEDOS DEL HIPNOTIZADOR

Es un método que presenta estrechas analogías con el que acabamos de describir. La diferencia estriba en que no intervienen los ojos del que hipnotiza, sino sus dedos índice y medio de la mano derecha, los cuales los situará el experimentador a la distancia de ocho o diez centímetros de la vista del sujeto, de tal suerte que se produzca en los ojos de éste un estrabismo doble, convergente y superior.

Después de permanecer unos minutos en la posición indicada, empezará a verificar con sus dedos un movimiento suave (que debe ser seguido por la mirada del sujeto) en forma de 8 y cuando se inicie volverá a la posición primera.

SUGESTION DEL SUEÑO HIPNOTICO POR ORDEN FORMAL

Consiste en su forma más sencilla en ordenar de un modo imperioso que se duerma el sujeto.

Este era el procedimiento utilizado por el abate Faria, que tanto éxito le proporcionó en sus actuaciones públicas de París.

Colocado el sujeto en el sillón en que haya de ser hipnotizado, se le ordenará con toda la autoridad posible:

—¡Duérmase! Yo se lo mando. ¡Duérmase!

PRODUCCION DEL SUEÑO HINOPTICO POR ORDEN ESCRITA

Es un método de escasa eficacia sobre la mayor parte de las personas.

Para llevarla a efecto se escribe con caracteres bien legibles en un papel o cartulina las palabras: "Voy a dormirme"

Sentado el sujeto, se le entregará el papel en que va escrita la frase anterior y se le ordena que no distraiga un momento su atención.

Tratándose de personas de sensibilidad hipnótica extraordinaria puede dar lugar a éxito. Y desde luego es de una eficacia segura cuando se emplee en sujetos a quienes se haya dormido con anterioridad por algún otro procedimiento.

PRODUCCION DEL SUEÑO HINOPTICO POR INFLUENCIAS MAGNETICAS

La entrega a una persona de sensibilidad acusada de un objeto magnetizado, el hacerla beber agua en las mismas condiciones, es causa en bastantes casos de la presentación del sueño hipnótico.

Pero esto más es la excepción que la regla. Ordinariamente la influencia de tales prácticas es menos notoria. Se trata de acciones que obran de un modo apenas visible sin manifestarse nunca o casi nunca tumultuosamente.

Hemos citado ya —con ocasión de otros métodos— la influencia ejercida por la mirada y por los llamados pases magnéticos. Pero tenemos la seguridad de que el discípulo agradecerá que nos detengamos y demos algunas aclaraciones sobre tan importante tema.

La mirada del hipnotizador deberá ser profunda, persistente y de una gran fijeza. Estas condiciones no todos las poseen congénitamente.

Ciertas prácticas conducen a adquirirlas y a acrecentarlas.

Antes de nada será muy conveniente cerciorarse de que ningún defecto de los llamados de refracción padece nuestro órgano visual. Pero cuando así sea deberemos poner el inmediato remedio. Una sencilla maniobra es muy conveniente de efectuar todos los días. Consiste en fijar nuestra mirada sobre un pequeño círculo dibujado en un papel que se situará en un muro. Procuraremos parpadear lo menos posible y prolongaremos paulatinamente el tiempo que dediquemos a esta gimnasia hasta que lleguemos a dominar voluntariamente el parpadeo, cosa que por otra parte se consigue con gran rapidez.

Cuando lo hayamos conseguido sustituiremos el dibujo del papel por un objeto brillante y finalmente lo haremos situándonos delante de un espejo y fijando nuestra mirada en la imagen del propio entrecejo.

Los pases magnéticos consisten en deslizamientos que nuestras manos efectúan sobre la piel de distintas regiones del sujeto, impregnándolo —por así decirlo— de una atmósfera saturada de magnetismo.

Para verificarlos sobre la frente, nos situaremos detrás de la persona escogida y apoyaremos en sus sienes los pulgares de nuestras manos. Con los restantes dedos efectuaremos ligeras presiones, en tanto que los deslizamos desde el centro de la región frontal hacia las regiones temporales de ambos lados.

Luego de haber repetido bastantes veces las maniobras anteriores, pasaremos a situarnos enfrente del sujeto y con los dedos pulgares realizaremos una serie de movimientos deslizantes que, comenzando en la glabela, sigan el contorno marcado por el borde superior de ambas cejas.

Para el tronco y las extremidades aplicaremos las palmas de nuestras manos, extendidas, como todo el brazo, y verificaremos excursiones que vayan de los hombros hasta las manos, de los muslos a los pies y del tórax al abdomen.

La insistencia en las maniobras magnéticas conduce a la producción de estados de sueño más profundo que el logrado por ningún otro proceder.

PRODUCCION DEL SUEÑO HIPNOTICO BAJO LA ACCION DE DETERMINADAS IMPRESIONES SENSORIALES

La repetición de una misma sensación acaecida en la esfera de cualquiera de los sentidos acaba por traducirse en el sujeto que la experimenta en un adormecimiento especial que llega en muchas ocasiones a alcanzar la intensidad de un verdadero estado hipnótico.

Cuando más elemental sea la sensación actuante, tanto más evidentes son sus resultados.

No de otro modo obran sobre el niño que descansa en el regazo de su madre, las monótonas canciones de cuna que ella le dedica.

La fijación de la mirada sobre un objeto brillante es en síntesis *algo parecido, con la única diferencia de ser diferente* la vía sensorial escogida.

El monótono tic-tac de un reloj escuchado con atención obra en el mismo sentido y de ello sacan partido muchos médicos que utilizan con frecuencia tan sencillo procedimiento para provocar la hipnosis.

Un perfume obrando sobre el olfato de una persona sensible llega a producir, de un modo análogo los mismos resultados. También las impresiones sensoriales bruscas, intensas e inesperadas conducen a la aparición —en determinadas personas— de ciertas modalidades del sueño de hipnotismo.

En tal sentido actúa un intenso foco de luz presentado ante la vista —hasta entonces ocluída por una pantalla— de los sujetos.

Un sonido inesperado que actúa bruscamente con intensidad, da nacimiento a fenómenos del mismo orden.

HIPNOSIS POR INFLUENCIA MENTAL

Es la forma de producir el sueño hipnótico más delicada de todas las estudiadas.

Los maestros yoghis y arghys recurren a este procedimiento con exclusividad de todos los demás.

Para llegarlo a verificar con personas a quienes en anteriores ocasiones hayamos dormido por otros métodos, no se necesita poseer ningún poder trascendental. Pero para influenciar a una persona a quien nunca se haya hipnotizado, recurriendo exclusivamente a la acción de mente a mente, se necesitan conocimientos que por ahora desconocen los discípulos y para recibir los cuales no están todavía preparados.

ESTUDIO DEL SUEÑO HIPNOTICO

DOCTRINA DE CHARCOT

Un fenómeno tan maravilloso como el sueño hipnótico forzosamente había de llamar la atención de sabios e investigadores de todas las épocas, quienes se han esforzado por encontrar una explicación que diera razón de los variados y extraordinarios hechos que aquel comprende.

En uno de los primeros capítulos hemos hecho mención de la doctrina sustentada por Mesmer.

Posteriormente, Francia —país en donde aquél dejó caer su semilla— ha contado con una serie de Escuelas cuyos afiliados pretendían la exclusiva en la posesión de la verdad.

De entre ellas las de París y Nancy —respectivamente representadas por Charcot y Bernhein, fueron las que mayor boga alcanzaron en todo el mundo.

Los trabajos de Charcot recayeron exclusivamente sobre las histéricas de las salas de la Salpetrière. Tanto él como sus discípulos uitilzaron el método preconizado por Braid y sostenían la teoría de que el papel del hipnotizador era absolutamente pasivo, en todos los casos.

Para todos ellos toda la virtud ocasionante de los fenómenos hipnóticos residía exclusivamente en la tara histérica de las enfermas.

La labor del hipnotizador era a lo más un trabajo de dirección. Su intervención no era fundamental.

Al mismo tiempo, guiándose por un criterio muy estrecho y exclusivamente metodista, clasificaron los complejísimos fenómenos hipnótico-magnéticos en tres grupos, atendiendo a los síntomas que observaban en los sujetos: Fenómenos *letárgicos*, *catalépticos* y *sonambúlicos*.

La *letargia sería* —siempre según la teoría de Charcot— un estado que se caracteriza por los siguientes síntomas cardinales:

Los músculos de las extremidades presentarían una extraordinaria hipotonia y como consecuencia de ello habría una gran

flacidez en los miembros, pero con una particularidad especial, consistente en una reacción inmediata y exagerada a los más pequeños estímulos.

Observados los globos oculares después de la apertura forzada de los párpados, puede verse que su posición corresponde a un estrabismo convergente y superior.

En los letárgicos es tal la insensibilidad de piel y mucosas que puede atravesarse aquella por medio de agujas sin que el paciente parezca darse cuenta de ello.

El proceder utilizado por Charcot para llevar a las enfermas a este especial estado era el de someterlas al método de Braid y después de varios minutos suspender su acción para proseguir durante otros varios aplicando los dedos pulgares sobre ambos ojos, ejerciendo una presión suave.

La *catalepsia* era un estado que aparecía en las enfermas que caían en sueño de un modo brusco y sobre todo en las que sufrían un fuerte choque sensorial, como los que indicábamos al hablar de ciertos métodos para producir la hipnosis.

La hipotonia muscular que hemos mencionado como característica de los estados letárgicos está sustituída aquí por un estado especial, como la flexibilidad cérea.

Ello es la causa de que los sujetos conserven por tiempo indefinido todas las posturas y actitudes en que los coloquemos, aún en las más agotadoras.

Los globos oculares están situados como mirando al frente y en muchas ocasiones los párpados permanecen abiertos.

Así como los letárgicos no obedecen a las sugestiones, los catalépticos son notablemente influídos por ellas.

La piel y las mucosas son también aquí insensibles.

El *estado sonambúlico* tendría como caracteres distintivos el no presentar trastorno ninguno del sistema muscular. Los globos oculares tan pronto ocuparían la posición indicada para la catalepsia como la que hemos vi to en la letargia.

También en este estado existe insensibilidad absoluta por parte de la piel y de las mucosas.

Pero lo que caracteriza sobre todo a los sonámbulos es su extraordinaria sugestibilidad. Además los sonámbulos son sujetos que pueden abandonar el sillón en que se les haya dormido, salir, hablar y realizar un sin fin de funciones de relación sin despertarse un momento.

La letargia puede transformarse en catalepsia y tanto uno como otro estado en sonambulismo, unas veces de manera espontánea, otras mediante determinadas maniobras que nosotros llevemos a cabo.

Bernhein fué el representante más distinguido de la Escuela de Nancy.

Su doctrina es absolutamente opuesta a la sustentada por Charcot y sus discípulos. Así como para estos últimos *la esencia* de los fenómenos integrantes de la hipnosis había que buscarla en los trastornos patológicos de las enfermas, siendo poco menos que nula la acción del hipnotizador, para los afiliados a la Escuela de Nancy el mérito de la hipnotización residía en el hipnotizador y el papel del sujeto era puramente pasivo.

Además negaban la afirmación sustentada por otros según la cual sólo eran hipnotizables las enfermas histéricas.

Bernhein y sus colegas establecieron el principio de que todas las personas eran hipnotizables en mayor o menor grado.

Otra diferencia fundamental entre ambas Escuelas era la relativa a los métodos puestos en práctica. La Escuela de Nancy prescindía de los procedimientos braidianos y utilizaba la sugestión verbal como exclusiva arma hipnótica.

Para acabar de señalar la absoluta discrepancia de los partidarios de una y otra doctrina diremos que los de Nancy sostienen que los tres estados —letargia, catalepsia y sonambulismo— señalados por Charcot, como fundamentalmente diferentes, no son en realidad más que modalidades que pueden presentarse en cualquiera de los seis apartados en que divide, según su intensidad el sueño hipnótico y que denominan así:

1º Sueño prodrómico, somnolencia o sueño ligero.
2º Estado de encanto, de Liebeault.
3º Sueño intenso.
4º Sueño profundo.
5º Sonambulismo ligero.
6º Sonambulismo profundo.

Lo interesante de señalar es el hecho de que, tanto siguiendo los estudios de la Escuela de París, como ateniéndose a los métodos enseñados en Nancy, se obtienen interesantes resultados.

A pesar de ello, la incomprensión de unos y otros dió motivo a una falta de relación entre las dos Escuelas con el consiguiente perjuicio para la verdad y para la ciencia.

DOCTRINAS ANATOMO - FISIOLOGICAS
HIPOTESIS DE GRASSET

Los modernos estudios relacionados con la histología de los centros nerviosos, debidos principalmente a la magnífica labor llevada a cabo por Ramón y Cajal, y por Golgi, fueron utilizados para explicar ciertos estados fisiológicos y extrafisiológicos de génesis oscura, tales como el sueño natural, el sueño hipnótico, el sonambulismo, los desdoblamientos de la personalidad, etc.

Sabido es que los componentes celulares de los centros nerviosos, en su substancia noble, son unos elementos —llamados *neuronas* de Waldeyer— encargados de las principales funciones *del sistema*.

Las energías en ellos producidas o acumuladas, se transmiten a lo largo de las fibras, siendo éstas, en realidad, una dependencia de la célula.

Dichas células poseen un cuerpo celular —de formas variadísimas, según las regiones en que se las considere— y dos clases de prolongaciones, *protoplasmáticas* y *cilindroaxiles*, de número, forma y función distintas, las cuales no podemos detenernos a estudiar, porque el lector puede hacerlo en cualquier manual de Histología.

En lo que sí nos detenemos es en ver la forma cómo se realiza la *unión entre unas y otras células*.

Hasta los relevantes descubrimientos del sabio español Ramón y Cajal, se creía que las prolongaciones de las neuronas se relacionaban con las de sus vecinas por *continuidad*, con lo cual todo el sistema nervioso sería una extensa red y sus células meros puntos de tránsito para la corriente.

Pero el mencionado histólogo demostró de un modo que no deja lugar a dudas que cada neurona es absolutamente independiente de las demás, sus prolongaciones terminan arborizándose libremente y la unión entre unas y otras se establece por *contigüidad*, por simple contacto de sus botoncillos terminales.

Teniendo esta hipótesis por cierta, resultaría que en ciertos estados fisiológicos, como el sueño natural y en otros extrafisiológicos como el sueño hipnótico, los cuerpos de determinados grupos de neuronas sufrirían una retracción arrastrando hacia sí *sus prolongaciones* con lo que desaparecería el contacto entre unas y otras.

Para el profesor Grasset las neuronas —según hemos indicado en anteriores páginas— estarían agrupadas en varios centros cerebrales: uno superior, de control, *O*, y otros inferiores o poligonales.A pesar de no estar en todo confrmes con el ilustre profesor de la Facultad de Montpellier, reproducimos a continuación sus ideas a este respecto, sin modificarlas, tales como las expone en su tratado de Fisiopatología clínica:

En el sueño, el centro *O* duerme, abdica toda dirección, todo papel activo de control o de iniciativa; y el polígono emancipado hace aparecer su actividad propia en los *sueños*. Todas las definiciones psicológicas del sueño se reducen a esto.

En el sueño, pues, el psiquismo duerme.

Como decía Bichat, el sueño es siempre parcial; el psiquismo poligonal se conserva activo; la persistencia de este funcionamiento psíquico inferior en el sueño está demostrada y se manifiesta en los sueños.

Lo cual no permite comparar con Gley, el hombre que duerme a un animal sin cerebro.

Los sueños son, en efecto, actos psíquicos; están formados por ideas e imágenes que presentan cierto grado de inteligencia, pero faltos absolutamente de intelectualidad superior y de voluntad libre; son absurdos como asociación y encadenamiento de ideas.

En ellos no se tiene la noción de tiempo, de duración ni de espacio.

Los sueños engendran contradicciones e ilogismos que no nos sorprenden. La voluntad del soñador está suprimida como en el loco o en el borracho.

Sí, por la mañana, puede uno beneficiarse de un trabajo intelectual verificado durante el sueño, es un trabajo poligonal de meditación, de expresión, no de invención y de creación verdadera —trabajo poligonal que puede muy rápidamente completar por la mañana la colaboración activa del centro *O* repuesto por el sueño que termina.

El polígono, separado de *O* durante el sueño, puede recibir impresiones del exterior o del interior del cuerpo y estas impresiones dirigen entonces el sueño, dándole una forma especial.

Un ruido exterior, un contacto sobre la planta de los pies, una mala digestión... producen este resultado si no son lo bastante violentos para despertar...

La apariencia de carácter adivinatorio de ciertos sueños, obedece frecuentemente a que estos sueños revelan una sensación cenestésica aun oscura, primer síntoma de una enfermedad latente que se manifestará algunos días más tarde; existe además otro hecho y es que, durante el sueño, el polígono desagregado puede

encontrar en él recuerdos latentes que han sido allí depositados sin darse cuenta el individuo.

El sueño es la abdicación de *O;* el ser no renuncia a vivir; renuncia a vivir por *O;* todo su psiquismo no vive activamente sino en y por el polígono.

"Dormir es desinteresarse" —dice Bergson.

Adoptando la expresión de Bergson, se duerme tanto más profundamente cuando más desinteresado está *O*.

Se pueden resumir los elementos constitutivos del sueño del modo siguiente:

1º El sueño es una función psíquica caracterizada por el reposo y la inactividad temporal de todas las neuronas psíquicas superiores con persistencia de la actividad psíquica poligonal que se manifiesta por los sueños.

2º La necesidad de dormir está rítmicamente provocada por la necesidad de hacer regularmente la provisión nutritiva de las neuronas psíquicas superiores. Se duerme inutilizando *O*, desinteresándolo de la vida y sus acontecimientos.

3º El sueño es una función de reparación nutritiva de los centros psíquicos; lo cual hace decir a Devóbe que el sueño constituye, no solamente un momento de reposo, sino un momento de comida del cerebro superior. "Quien duerme, come", se aplica bien a las neuronas psíquicas superiores.

Si consideramos en lugar del sueño natural el sueño hipnótico, resulta que el sujeto hipnotizado es un polígono emancipado de su centro *O*, que obedece al centro *O* del hipnotizador, manteniendo entonces su actividad propia el polígono del individuo hipnotizado.

Esto no quiere decir que el hipnotizado no tenga ninguna fuerza de resistencia a las sugestiones malas del hipnotizador; hay en su polígono elementos morales o religiosos, de educación social... que le permiten no ejecutar ciertas órdenes. Esto explica la rareza de verdaderos crímenes en el hipnotismo.

Esta concepción psicológica del hipnotismo permite distinguir este estado, no solamente de todas las otras influencias psíquicas de un cerebro a otro sin abdicación del *O* del individuo, (persuasión, consejo, enseñanza), sino también del sueño natural.

En el sueño natural, *O* está en realidad distraído de su dirección poligonal; pero la menor de las excitaciones un poco anormales o intensas le despertará y volverá a coger el control activo de su polígono.

No se puede —sin despertarle— hacer ejecutar cosas complicadas a un dormido; se puede únicamente algunas veces dirigir

sus sueños, y aun por medio de excitaciones muy superficiales y en casos especiales.

Bien distinto es el efecto en el hipnotizado.

En presencia de un dormido o de un hipnotizado, decid: *Duerme;* y el primero se despertará y el segundo se dormirá más profundamente.

Por la exposición que hemos venido haciendo del sueño hipnótico podemos deducir el ambiente de ideas en que se desenvuelven los que a estos estudios prestan atención en el mundo intelectual de los occidentales.

Hemos visto que se hace caso omiso de los importantísimos fenómenos característicos del magnetismo. Se engloban de un modo confuso con los relacionados con la sugestión y el hipnotismo, no se estudian ni se describen ni se admiten más que como hechos derivados de la hipnosis o de la influencia sugestiva verbal.

Charcot y su escuela atribuyen todo lo relacionado con el asunto que nos ocupa, a taras patológicas padecidas por los sujetos.

Bernhein y los suyos lo reducen todo al convencimiento que unas personas experimentadas ante las palabras dichas por otras...

Grasset, más científicamente, nos ofrece un esquema de los dos psiquismos con el que pretende explicarlo todo, pero nada nos dice de la esencia de la hipnosis, del por qué de esas abdicaciones y obediencias de los polígonos de unos individuos al *O* de otros, de las influencias magnéticas. El afán de dar hipótesis que —con un fundamento anatomo-fisiológico o patológico— expliquen todas las cosas, conduce incluso a negar hechos evidentes solamente por que su aceptación implicaría la ruina de teorías siempre insuficientes.

Sin embargo, no sería justo callar trabajos meritorios de otros investigadores que —sin pretender formar Escuela— dedicaron su atención a la exacta observación de los hechos, dejando para después o para otros la vanidosa tarea de formular doctrinas pretenciosas que a la postre sirven para traer el descrédito sobre la memoria de los que las emitieron.

En tal sentido hay que dedicar un recuerdo a un infatigable trabajador ruso: al doctor Otxorowictz.

El doctor Otxorowictz, utilizando los procedimientos preconizados por investigadores precedentes para la obtención del sueño hipnótico, cae en la cuenta de un hecho absolutamente comprobado ya por los experimentadores hindúes.

"Nos llamaba la atención el maestro —escribe uno de sus discípulos— hacia una observación que venía realizando de tiempo atrás en la práctica de las hipnotizaciones. Cuando éstas eran llevadas a cabo por la fijación de la mirada de los sujetos en un cuerpo brillante, la fatiga sufrida por el hipnotizador era mínima.

"Por el contrario, siempre que recurría a los pases magnéticos para provocar el sueño, quedaba después en un estado de cansancio particular, que le obligaba a limitar todo lo posible el número de estas actuaciones..."

Trabajando con un sagaz espíritu de observación, llega Otxorowitcz a establecer de un modo bastante aproximado los caracteres distintivos del sueño hipnótico y del sueño magnético y al mismo tiempo abre a los experimentadores de raza blanca nuevos horizontes con la publicación de un admirable tratado sobre la sugestión mental, editado en París, en el año 1887.

ELECCION DE UN PROCEDIMIENTO EFICAZ PARA PRODUCIR EL SUEÑO MAGNETICO

Dada la tendencia práctica que queremos dar a este tratado, no nos detendremos a hacer la crítica de los numerosos procedimientos que hemos reseñado en el capítulo correspondiente.

Hemos visto hace un momento que existen diferencias entre los resultados obtenidos según el método utilizado.

Se puede hablar de un sueño hipnótico y un sueño magnético.

En el primero el sujeto sometido a experiencia queda unido al hipnotizador por un lazo relativamente débil y no exclusivo, puesto que obedece a las sugestiones formuladas por otra persona que no sea la que le durmió.

En el segundo, el hipnotizado forma como una unidad con el magnetizador. Ninguna persona ajena a éste conseguirá influenciar al durmiente. Los pases magnéticos crean alrededor de ambos una atmósfera que —uniéndolos a ellos— los aisla de todos los demás.

Pero en realidad se trata de dos grados diferentes del mismo estado, que alcanza su mayor intensidad en el sujeto magnetizado.

De aquí que sea perfectamente hacedero el transformar el sueño hipnótico en sueño magnético sin más que recurrir a sencillas maniobras, tales como la colocación de nuestra mano sobre la frente del sujeto, acompañada de una emisión mental adecuada, unos pocos pases, etcétera.

En la práctica actuaremos siempre en el sentido de producir desde el primer momento el sueño magnético, pues el conseguir una simple hipnosis no reporta ventajas en ningún caso.

Para ello son buenos los procederes mixtos, entre los cuales uno de los más eficaces es el que vamos a detallar a continuación:

El sujeto ocupará una posición de absoluta comodidad en un sillón adecuado y nosotros nos colocaremos frente a él y ocupando su lado derecho, para poder maniobrar con la mayor libertad posible.

Después tomaremos sus manos entre las nuestras, al mismo tiempo que le ordenamos que fije su mirada en nuestros ojos, advirtiéndole que, aunque experimente algún cansancio visual, no debe separarla de la nuestra. No deberá tampoco contrarrestar la natural tendencia al parpadeo y al lagrimeo que comenzará a experimentar al cabo de unos minutos.

Nosotros dirigiremos la mirada al entreceja del sujeto, de un modo absolutamente natural, sin esfuerzos de ningún género. El ensanvhar la abertura palpebral de nuestros ojos mientras practicamos la hipnosis sólo da lugar a que el sujeto pierda su confianza o su seriedad ante un gesto que, pretendiendo sugestionar por el temor, provoca la risa.

Después tomaremos sus manos entre las nuestras, al mismo tiempo que le ordenamos que fije su mirada en nuestros ojos, advirtiéndole que, aunque experimente algún cansancio visual, no debe separarla de la nuestra. No deberá tampoco contrarrestar la natural tendencia al parpadeo y al lagrimeo que comenzará a experimentar al cabo de unos minutos.

Nosotros dirigiremos la mirada al entrecejo del sujeto, de un modo absolutamente natural, sin esfuerzos de ningún género. El ensanchar la abertura palpebral de nuestros ojos mientras practicamos la hipnosis sólo da lugar a que el sujeto pierda su confianza o su seriedad ante un gesto que, pretendiendo sugestionar por el temor, provoca la risa.

Cuando observemos que se inicia ligero temblor, como un aleteo, de los párpados de la persona sobre la que estemos actuando, trasladaremos nuestras manos a su frente, apoyando en ella los pulgares, en tanto que los otros dedos se aplican en las sienes. La cabeza del sujeto estará en todo momento perfectamente descansada sobre un almohadón.

Persistimos en esta posición —sin abandonar un momento la fijeza de nuestra mirada—, actuando sin precipitación ninguna y cuando observemos que aparecen cambios en el diámetro de sus pupilas, que el parpadeo adquiere mayor rapidez, que las lágrimas abrillantan sus globos oculares, podemos aumentar la eficacia de nuestra influencia ayudándonos de algunas sugestiones que sirvan para aclimatar su mente y la nuestra al ambiente del sueño.

Le diremos al sujeto:

"Permaneced tranquilo. Desechad toda preocupación. Concentrad toda vuestra atención en la idea del sueño. Es necesario que os durmáis. No resistáis a la influencia de este sueño que sentís sobre vos.

"Todo vuestro organismo se ve invadido por este deseo de reposo. Vuestros brazos y vuestras piernas sienten una pesadez precursora del sueño. ......

"Apenas podéis permanecer con los ojos abiertos. Los párpados os pesan de un modo extraordinario y sentís la necesidad de cerrarlos... Dormid... Dormid... Dormid... Dormid..."

Al cabo de unos minutos de proceder en la forma indicada, el sujeto ocluye sus párpados, que, aún cerrados, continuarán animados de leve temblor. Su respiración se hará más lenta y profunda y todo su organismo dará la sensación de hallarse entregado a un profundo reposo.

En este momento pasaremos a situarnos detrás del sujeto y empezaremos a practicar los pases magnéticos utilizando la técnica que dejamos reseñada en el capítulo correspondiente. Primeramente sobre su frente, luego —trasladándonos otra vez delante de él— sobre el tronco y las extremidades.

Recurriendo a esta técnica se obtiene éxitto en un tanto por ciento muy elevado de personas. Queremos, sin embargo, evitar un motivo de desaliento que invade muchas veces a los que experimentan por vez primera.

Se cree equivocadamente que todas las personas sometidas a experiencias llegan a alcanzar desde la primera sesión estados profundos de sueño y hasta el sonambulismo lúcido. Por ello será muy conveniente que advirtamos que —salvo excepciones— en las primeras sesiones se alcanzan grados poco intensos de hipnosis.

Es más: Todo experimentador, con una práctica algo extensa, sabe que los mejores sujetos son precisamente aquellos que alcanzan el sonambulismo de un modo gradual y lento, avanzando paso a paso y en repetidas sesiones.

Un hecho que conviene dejar también señalado es que *nunca se retrocede en nuestra influencia y poder sobre el sujeto. Cada sesión es un progreso.*

Precisamente por esta razón al cabo de cierto número de sesiones se llega a adquirir tal dominio que basta una mirada, una pequeña indicación hablada o escrita, una simple *orden mental,* para que los sujetos entren en sueño, bien entendido que tratándose de personas anteriormente trabajadas por nosotros.

COMPROBACION DE LA VERDAD DEL SUEÑO HIPNOTICO

Cuando se trata de grados de sueño profundos, de manifestaciones sonambúlicas o letárgicas, entonces toda simulación es imposible. Pero debemos precavernos contra la posibilidad de un fraude, sobre todo al actuar sobre personas que no nos merezcan absoluta confianza, en lo que a su seriedad atañe.

Sin embargo, en los estados hipnóticos ligeros, hay detalles que también nos permiten verificar la verosimilitud o falsedad de los hechos.

En general pueden tomarse como detalles casi esenciales del sueño hipnótico, por ligero que sea, aquellos pródromos que lo anteceden. Las modificaciones en el diámetro de las pupilas, el leve y fino temblor palpebral, las modificaciones respiratorias, la resolución muscular.

Después de cerrados los ojos, si intentamos levantar los párpados, observaremos una especial resistencia y veremos los globos oculares en una posición correspondiente a un estrabismo doble, convergente y superior.

Si todavía nos quedase alguna duda, podemos fácilmente aclararla. Bastará para ello colocar al presunto simulador en una posición tal que no pueda soportarla una persona en estado de vigilia. Caso de estar en sueño hipnótico, ningún perjuicio ni ninguna molestia le acarreará la más incómoda de las actitudes, aunque persista en ella treinta minutos seguidos.

MANERA DE DESPERTAR A LOS SUJETOS

Corrientemente bastará ordenárselo con cierta autoridad: *¡¡Despertad!!*

Si esto no bastase, repetiremos la orden todavía con más energía, acompañándola de un soplo enérgico dirigido a los párpados.

Es muy raro que no obedezcan a este procedimiento. Pero si aun así no despertasen, se procederá a verificar una serie de pases magnéticos en dirección transversal al eje del cuerpo del sujeto.

También da resultados sacudir la frente de la persona dormida con un pañuelo empapado en agua fría o en un líquido alcohólico.

De todas maneras consignaremos aquí —para tranquilidad de

quienes hagan sus primeras armas en el campo del hipnotismo— que no deben alarmarse ni perder la serenidad si tropiezan en sus primeras actuaciones con algún sujeto difícil de ser despertado. Si tal les ocurriese, basta dejar al durmiente —convenientemente vigilado— descansando cómodamente, pues se despertará espontáneamente al cabo de unas horas.

De aquí la necesidad de que las personas que dediquen su actividad a la hipnosis se rodeen de todas las garantías necesarias y practiquen en un local convenientemente acondicionado para evitarse disgustos y molestias innecesarios en absoluto.

ESTADO MENTAL DEL EXPERIMENTADOR DURANTE LAS ACTUACIONES

Todos los métodos para magnetizar —aún los más excelentes— carecerán de eficacia y no darán resultado o, de darlo, bien poco brillante, si el experimentador no se coloca en el estado mental conveniente.

Es indispensable que sea él mismo el primer convencido de la eficacia de aquello que va a poner en práctica.

Una duda, por pequeña que sea, es más perjudicial que una técnica incompleta o defectuosamente realizada.

De aquí que insistamos en recomendar a los discípulos que estudien sin precipitaciones, sin apremios de tiempo.

Si pretenden, de buenas a primeras, comenzar por lo más complicado, lejos de adelantar, se estancarán sin conseguir su objeto.

Lo más conveniente, lo que nosotros recomendamos a todos es que comiencen a ejercitarse en aquellas experiencias expuestas en capítulos anteriores. Así —procediendo de lo elemental a lo complicado— llegarán a adquirir en breve plazo una seguridad en sí mismos que después se traducirá en un constante éxito para futuras actuaciones.

Cuando se duerme en sueño magnético a un sujeto, deberemos poner en ello toda nuestra atención, poner —como corrientemente se dice— nuestros cinco sentidos.

Cuando dirigimos nuestra mirada hacia su glabela, debemos hacerlo con el convencimiento de que emitimos, al proceder así, una energía que llegará a conmover la arquitectura nerviosa de su cerebro, de modo que se ponga en relación con el nuestro.

De igual modo deberemos realizar nuestros pases magnéticos —no de una manera mecánica y rutinaria, en cuyo caso de nada sir-

ven— sino con el firme deseo voluntario de que una energía sutilísima, desprendida de nuestro organismo impresione el del sujeto, capacitándolo para que perciba a nuestra mente tan bien como a la propia.

Que el discípulo se diga a sí mismo, siempre que influencie magnéticamente a otras personas:

Yo quiero que mi YO
sea una fuente, un manantial de
energía Pránica y mental
capaz de manifestarse fuera de
Mí mismo.

ESTADOS PREGRIPNICOS, CATALEPSIA, LETARGIA SIMPLE, CATATONICA Y LUCIDA

ESTADOS INTERMEDIOS ENTRE EL SUEÑO MAGNETICO Y LA VIGILIA

Ha llamado siempre la atención de los investigadores occidentales un estado particular que se conseguía en muchos sujetos recurriendo a procedimientos hipnóticos elemenales, tales como la fijación de la mirada, realizada momentánea y rapidísimamente; la presión —durante unos segundos— de la glabela y del vértex de la cabeza del sujeto o la influencia sugestiva verbal o mental hechas por el magnetiazdor.

El doctor Liebault lo designó con el nombre de *estado de encanto* e hizo una descripción bastante aproximada de las particularidades que en él concurren.

Los brahamanes arghys lo conocen con todo detalle, denominándolo *logutxi* y hacen de él un frecuentísimo uso, por ser una de las formas más suaves y menos aparentes de ejercer eficazmente la influencia personal.

A continuación exponemos un caso de obtención de tal estado en un sujeto:

Observación 121, sesión primera. — R. Th., de veintiséis años de edad, de profesión escribiente.

Entre sus antecedentes familiares, recuerda que su madre padeció en su juventud de ataques de sonambulismo espontáneo, que desaparecieron al cumplir los cuarenta y ocho años.

El sujeto es de constitución débil, esqueleto poco desarrollado, pálido de piel y mucosas, ojos azules y cabellos castaños.

Desde los siete años de edad viene padeciendo, como su madre, de ataques de sonambulismo natural. Durante ellos se levanta de la cama y, sin salir de su habitación, realiza una serie de actos de automatismo bastante complejo: se viste, se calza, arregla las ropas de un armario que hay en su cuarto...

En una sola ocasión abandonó su domicilio en estado sonambúlico. Cuando despertó —espontáneamente—, se encontraba a dos kilómetros de distancia de su casa, al lado del buzón de la oficina de Correos y con una carta (en blanco) en la mano.

No ha sido sometido a hipnotización hasta el día y no ha presenciado nunca nada relacionado con el hipnotismo.

Después de practicadas sobre él las pruebas preliminares para comprobar su grado de sugestibilidad, queda en un estado especial, en el que podemos observar y anotar las siguientes particularidades:

Se halla sentado de espaldas a nosotros, sin que aparentemente haya en él nada anormal. Conversa con todos los presentes, acerca de los temas más variados; tiene sus ojos abiertos. Su actitud es la que corresponde a un hombre perfectamente despierto.

Le rogamos que tenga la amabilidad de dejarse vendar los ojos un momento, a lo que accede.

Entonces —colocados nosotros a su espalda— dirigimos una de nuestras manos, proyectados los dedos en figura de cono, hacia su brazo derecho. A los pocos segundos se observa en él ligero movimiento de temblor que lo agita levemente del hombro a la mano; es un movimiento casi imperceptible. Separamos nuestra mano, sin abandonar su actitud, unos centímetros y el brazo del sujeto sigue en su excursión a aquélla, repitiendo la trayectoria que nosotros señalamos.

A continuación cambiamos, plegándolos, la posición de nuestros dedos. Aproximamos esta vez a su brazo las articulaciones de las falanges de aquéllos y el brazo del sujeto huye de nosotros de un modo evidente.

Esto se repite cuantas veces llevamos a efecto la experiencia.

La aproximación de la mano —en cualquier posición— de los demás asistentes a la experiencia, da *siempre* por resultado la huída de la mano del sujeto, huída que se verifica de un modo brusco, como ante el contacto de algo que provocara dolor.

Al preguntarle cuáles son sus sensaciones, mientras la experiencia se está verificando, responde que siente que le tiran de la manga (en el momento que ejercíamos una atracción), y que le empujan suavemente (repulsión producida por nosotros). La aproximación de las manos de las demás personas presentes la traduce con la misma exclamación en todos los casos: "¡Oh! ¡Por favor, no me pinchen!"

Se levanta la venda de los ojos y vuelve el sujeto a conversar con todo el mundo, sin dar la menor señal de anormalidad.

Sin embargo, momentos antes de despedirse nos llama aparte rogándonos que *le despertemos*.

En otros casos, en lugar de esta exaltación de la sensibilidad, de esta hiperestesia para el magnetismo, lo que acontece es que la sugestibilidad alcanza su máximum. Tal es el siguiente:

Observación 69, sesión primera. — Mabel G. Se trata de una jovencita de diecisiete años, que acude a la sesión con su madre, acompañando a un hermanito suyo, afecto de corea.

Sorprendida ante la obediencia que su hermano presenta a nuestras sugestiones, dice que su hermano nos obedece porque es muy tímido y teme desagradarnos oponiéndose a nuestros deseos.

Ante la insistencia que demuestra para convencernos de ello, le proponemos que acceda a realizar una pequeña prueba sobre ella misma, a lo que atiende gustosísima.

Después de sentarla delante de nosotros le decimos:

—Observe usted atentamente sus manos, porque muy pronto sentirá usted que se le enfría la derecha, en tanto que la izquierda experimentará un calor bastante intenso.

—No siento absolutamente nada —responde al cabo de unos segundos.

—Míreme usted un momento a los ojos y en seguida tendrá lugar lo que le he anunciado.

Efectivamente: antes de medio minuto, exclama:

—¡Tenéis razón! ¡Es verdad! Siento una frialdad muy intensa en todo el brazo derecho, pero especialmente hacia la mano. ¡Qué extraño es todo esto! Ahora comienzo a notar un calor extraordinario en mi mano izquierda. Es poco agradable. ¡Quíteme usted esto!

Observadas al acto las manos de la joven, se aprecia con toda claridad que la temperatura de la derecha es mucho menos elevada que la de la izquierda.

Ya la previa contemplación de ambas anunciaba este resultado, pues era muy notorio el contraste entre la palidez de la una y la rubicundez de la otra.

La opinión más admitida entre los occidentales para conseguir interpretar estos hechos es la de considerarlos como grados poco profundos del sueño hipnótico. Esto es lo que sostienen —con ligeras variantes— los que de ellos se han ocupado.

Pero tal manera de pensar es equivocada. La prueba de ella

es que son solamente característicos de un grupo bastante limitado de sujetos.

Si aquella hipótesis fuese acertada, constituirían como un escalón, por el que tendrían que pisar cuantos se someten a la influencia hipnótica. Y es bien sabido de quienes tengan alguna práctica, que las atracciones y repulsiones magnéticas, generalmente, no se presentan más que en sonámbulos con marcada sensibilidad, no apareciendo en muchos catalípticos y letárgicos.

Se trata en tales casos de personas muy influenciables por la emanación magnética emitida por el experimentador.

De la misma manera que en Física se emplean distintas clases de placas y pantallas impresionables para ciertos rayos (las placas corrientes de fotografía, para la luz solar, las pantallas de platinocianuro de bario, etc.), de distinta longitud de onda, parece que determinadas personas quedan inmediatamente impresionadas magnéticamente por poseer una especial correspondencia, una especial sensibilidad a la influencia de determinado magnetizador.

Por este motivo es completamente erróneo el afán de clasificar el sueño hipnótico por grados distintos en su profundidad, según ha procedido la Escuela Francesa de Nancy. Obrando de ese modo se llega —en el deseo de dejar catalogados todos los fenómenos— a incluirlos en uno u otro grupo de los señalados, para no dejar ninguna laguna en la clasificación adoptada.

Los maestros yoghis y arghys consiguen obtener resultados semejantes a los consignados en este capítulo, poniendo a contribución procederes distintos.

Consiste uno de ellos en entregar a la persona elegida un objeto que haya sido previamente sometido a influencia magnética, utilizando los procedimientos que hemos indicado en el capítulo correspondiente.

Es éste un método que tiene la ventaja de poder obrar sin que la persona influenciada pueda notar el menor signo por nuestra parte.

Pero el que con mayor frecuencia utilizan es el que se basa en la acción de mente a mente, lo que entre los occidentales recibe el nombre de sugestión mental.

Han llegado en esto a un grado de maestría y de perfección verdaderamente insuperable. Todos los que conozcan las narraciones de los que han presenciado casos de influencia mental colectiva, habrán podido apreciarlo.

He aquí lo que refiere en sus Memorias, publicadas por la "Esoteric Society", de Londres, el explorador sir H. Rotwold, después de sus viajes por la India:

"...El magnetizador era un tipo de una perfección física completa. En todos sus movimientos, en cuantas actitudes adoptaba, existía un ritmo, una elegancia, una majestad que predisponía en su favor. De toda su figura emanaba una atmósfera de simpatía que cautivaba desde el primer momento.

"Eligió entre los muchachos que allí se encontraban un niño como de doce años, de ojos negros y soñadores y le envió a buscar un trozo de cuerda.

"Cuando lo tuvo *en sus manos comenzó por hacerlo girar* rápidamente, y cuál no sería mi asombro al ver a los pocos momentos convertido en una serpiente el trozo de cuerda con el que poco antes jugaban sus manos.

"*Pensé en un escamoteo rápido, en uno de esos trucos a que nos* tienen acostumbrados los prestidigitadores de los teatros europeos.

"Pero lo que siguió después no he conseguido todavía explicármelo satisfactoriamente, aun pensando en un caso de sugestión *gregaria: Lanzó su cuerda al aire, guardando en la mano uno de* los cabos, y pude ver que aquella se elevaba verticalmente, rígida como un alambre.

"Acto seguido ordenó al muchachito que trepara por ella has*ta alcanzar el cabo terminal. Así lo efectuó el niño; pero ante mi* profunda sorpresa —y la de todos los que me acompañaban— aquella ascensión no acababa de terminar. Se elevaba, se elevaba, y siempre le quedaba camino por recorrer.

"*Llegó un momento en que desapareció de nuestra vista, como* si se hubiese esfumado en el azul del cielo.

"A los pocos minutos reapareció en la altura, para descender esta vez hasta que llegó al suelo, saludándonos con una blanca sonrisa.

"No había terminado de reponerme del asombro que me produjo todo aquello, cuando el magnetizador —después de pronunciar en voz baja unas palabras cabalísticas— trazó en el suelo un círculo, como de un metro de diámetro.

"Después hizo ingresar en él al niño y todos pudimos verle como tocado —cuerpo y vestiduras— de una tonalidad roja.

"A continuación invitó al resto de los presentes a atravesar el círculo, lo que hicimos mis compañeros y yo no sin cierto temor supersticioso.

"Todas las personas que lo atravesaban experimentaban al hacerlo un calor sofocante y adquirían la especial coloración indicada.

"Pronunció nuevamente el brahman unas frases de significación mágica y esta vez cuantas personas cruzaron el círculo desaparecían durante el tránsito de la vista de los demás..."

Los hechos ofrecidos al explorador Rotwold por un *txela* adelantado de la secta de los arghys, entran dentro de los fenómenos de sugestión colectiva; pero claro está que no de una sugestión gregaria simple, sino de una impregnación magnética colectiva, que conduce a obtener la fascinación de las multitudes hasta el grado que hemos visto.

Fenómenos elementales de ello se observan siempre que el patriarca respetado por la tribu actúa con sus consejos sobre sus sometidos, siempre que el jefe de un ejército dirige a sus huestes y las electriza con sus arengas. Igual acción es la del orador que arrastra a las multitudes.

Y esto ha comenzado ya a ser objeto de estudio por los pensadores occidentales. El profesor Grasset (loc. cit.), alude a ello en estos párrafos:

"Informa la psicología de las masas y en general la de las colectividades, el hecho de que cada individuo abdica más o menos voluntariamente, la dirección psíquica superior de su control. Unicamente su polígono desagregado funciona, como en la distracción y en la pasión individuales. Está dirigido, sea por los otros, sea por los jefes.

"La multitud puede ser disgregada. Por la prensa, las conferencias, etc., puede establecerse una comunidad de opinión, que forma una gran *Unidad mental*, análoga al alma de las masas; unidad cuyos miembros están separados unos de otros en el espacio y en el tiempo. Así es cómo se forman los partidos, las sectas, el espíritu de cuerpo, de casta, etc.

"Reunidos en masa, dice Remy de Gourmont, los hombres se hacen particularmente automáticos. ¿Cómo suponer una conciencia y una voluntad en cada uno de los miembros de estas cohortes, que, en los días de fiesta o de disturbios se empujan todos hacia el mismo punto, con los mismos gestos y los mismos gritos?... El hombre consciente que se mezcla candorosamente con la masa y obra en el sentido que ella impone, pierde su individualidad... De este contacto no sacará casi nada; el hombre que sale de la masa no conserva un recuerdo parecido al del sumergido que se salva: el de haber caído al agua.

"En este caso el centro de control O, incompletamente desagregado, pero más o menos aniquilado, sigue al polígono, abdicando en él toda su voluntad.

"Ni juzga ni dirige.

"Es la insurrección, el motín poligonal. Y esto es tanto en el sentido heroico como en el revolucionario, para extinguir un incendio o salvar la patria, como para incendiar una fábrica o fusilar a los patronos.

"En suma, el principal carácter del espíritu gregario, sea cualquiera la forma bajo la cual se desarrolle en los hombres constituídos en rebaño, es la anulación de la actividad psíquica superior, y la obediencia de los polígonos al pastor".

Hemos subrayado intencionadamente la referencia que hace el autor citado hacia la formación de *unidades mentales colectivas*, porque ello supone, según veremos en volúmenes más adelantados, una vislumbre de los conocimientos y doctrinas de los maestros yoghys y arghys.

EXTERIORIZACION Y TRANSPORTE A DISTANCIA DE LA SENSIBILIDAD DEL SUJETO

Al tratar de los diferentes estados admitidos por la Escuela de Charcot, en el estudio del sueño hipnótico, pudimos ver que uno de los caracteres que distinguen a la mayor parte de aquellos es la propiedad conocida con el nombre de *insensibilidad de piel y mucosas.*

Este fenómeno se interpretaba como una anestesia obtenida por un simple mecanismo hipnótico y apenas si se le prestaba la más pequeña atención. Mas bien era considerada como una curiosidad que como objeto de estudio.

En casi todos los tratados sobre Hipnotismo se acostumbraba a presentar varias fotografías de sujetos, cuyas mejillas o cuyos brazos estaban atravesados por grandes agujas, como testimonios convincentes de la verdad del sueño hipnótico.

Y sin embargo el hecho tiene una singular trascendencia, como podrán comprobar los discípulos a medida que vayamos desarrollando el tema.

Un apagamiento de la sensibilidad de las terminaciones nerviosas de una determinada región de la piel, puede provocarse en los estados intermedios que hemos estudiado en el capítulo anterior.

Se puede obtener tal anestesia sin más que actuar con una ligera sugestión verbal sobre el sujeto. *Toda la piel que recubre vuestro antebrazo quedará insensible*, podéis decir, y al cabo de breves segundos os será posible perforarla sin la menor protesta por parte de la persona influenciada.

Pero decidle por el contrario: *La piel de vuestro antebrazo se va a hacer tan sensible que antes de tocarla experimentaréis la presión dolorosa de la punta del alfiler.*

En tal caso el sujeto apreciará la punta del alfiler bastante antes de que éste haya alcanzado la superficie del miembro.

Idénticas manifestaciones tienen lugar prescindiendo de la sugestión sobre los sujetos colocados en el *estado intermedio* y recurriendo a influencias magnéticas.

Unos cuantos pases actuantes sobre un brazo dejan a éste en un marcado estado de insensibilidad. Pero si continuamos proyectando repetidas veces nuestra emanación magnética sobre el brazo del sujeto, la anestesia —lejos de acentuarse— desaparece para ser sustituída por una hiperestesia muy acentuada.

Y si persistimos en la maniobra llega un momento en que la sensibilidad *se exterioriza*, hasta el punto de acusar como contactos las presiones del alfiler a tres o cuatro centímetros de distancia de la piel, mientras que *la presión directa sobre ésta deja de ser percibida por el sujeto.*

Hechos tan dignos de estudio pasaron sin embargo desapercibidos para casi todos los investigadores, más atentos a formular hipótesis faltas de base y sobradas de pretensiones, que a observar atenta e imparcialmente los hechos.

Cuando nos ocupemos de ciertas particularidades del sonambulismo provocado, haremos un alto más prolongado para tratar esta importante materia.

Ahora expondremos dos observaciones de sujetos colocados en *estado intermedio*, para dar al discípulo una norma práctica de acción.

Observación 45, sesión primera. — R. Soulton, de veintidós años de edad, bien constituído físicamente y sin antecedentes patológicos familiares ni personales. No ha sido hipnotizado ni sometido a ninguna maniobra magnética hasta el presente.

Siente afición por los estudios ocultistas y desea ser sometido personalmente a experimentación.

Le ordenamos primeramente que entrelace los dedos de sus manos y después de una breve fijación de su mirada en la mía, se ve en la imposibilidad de separarlos a pesar de los esfuerzos que en tal sentido realiza.

Después de un breve descanso, durante el cual charla con todos los presentes sobre lo que acaba de ocurrirle, tomamos una de sus manos y —mientras fijamos nuestra mirada en la suya— le ordenamos:

Su mano derecha va a perder la noción de todo lo que sobre ella hagamos. Su mano izquierda por el contrario se va a hacer sumamente sensible a los más ligeros contactos.

Inmediatamente —tomadas todas las precauciones para que el sujeto no vea lo que hacemos— paseamos un alfiler por el dorso de

la mano izquierda. El sujeto se queja de que realizamos una presión sumamente dolorosa. El trayecto recorrido por el alfiler adquiere después del paso de éste un aspecto semejante a las líneas abultadas y rojizas que se observan, luego de igual maniobra en los individuos que padecen dermografismo.

El mismo recorrido efectuado sobre la otra mano no es notado por el sujeto. En la piel no se acusa ninguna señal delatora del paso del alfiler el cual tampoco es percibido cuando hundimos su punta en la epidermis.

Durante toda la sesión el sujeto ha permanecido hablando con todos nosotros y dándose cuenta perfecta de cuanto estaba ocurriendo a su alrededor.

Veamos ahora un parecido resultado obtenido recurriendo a los pases magnéticos, en ausencia de toda sugestión:

Observación 46, sesión primera. — I. Schmit, de diecinueve años, profesión joyero. Es persona de una gran cultura a pesar de su juventud. Tiene dos hermanas, una de las cuales padecía ataques de histerismo, que han sido curados mediante la hipnosis. Con tal motivo el hermano se ha interesado vivamente en el estudio de las ciencias esotéricas.

El mismo día de practicada la observación precedente, tiene lugar la que estamos refiriendo. Sin indicarle lo que pretendemos conseguir, para evitar posibles efectos de una sugestión, fijamos en la suya nuestra mirada, unos segundos, y a continuación tomamos uno de sus brazos y sobre él, realizamos una serie de pases que interrumpimos de tiempo en tiempo.

En los descansos presionamos la piel del dorso de su mano con un alfiler, y a medida que la magnetización avanza, el sujeto va perdiendo por grados la sensibilidad, hasta que llega un momento en que no se da cuenta de los contactos.

Proseguimos nuestras maniobras magnéticas y —después de diez minutos, durante los cuales persiste la anestesia— comienza de nuevo a percibir las presiones que van siendo más notadas, a medida que insistimos en los pases.

Pronto aparece una marcada hiperestesia cutánea, hasta que llega un momento en que *la simple aproximación* a tres centímetros de la piel, la percibe el sujeto como una sensación dolorosa en sumo grado que nos obliga a suspender la experiencia.

MODIFICACIONES DE LA MOTILIDAD DE LOS SUJETOS

CATALEPSIA Y LETARGIA CATATONICA

La catalepsia ha sido considerada por muchos, y en tal sentido la suponen todavía algunos, como una modalidad del sueño hipnótico, completamente desligada, por sus especiales caracteres, de toda otra manifestación del hipnotismo.

Depende esto principalmente de que bajo el nombre de catalepsia se han agrupado dos fenómenos esencialmente distintos:

Uno de ellos, la *catalepsia* propiamente dicha, consistente en la propiedad que adquieren los sujetos de que sus músculos obedezcan durante un tiempo indefinido a las modificaciones que imprimamos a los miembros sobre que asienten. Podemos colocar, por ejemplo, un brazo en la actitud más incómoda y el sujeto no demuestra experimentar el menor cansancio por ello.

En el momento en que lo deseemos modificaremos la posición establecida, sin que el sujeto ofrezca la más pequeña resistencia a cuantos cambios de actitud establezcamos.

El segundo —que ninguna relación guarda con el anterior— es lo que nosotros designamos con el nombre de *letargia catatónica* y es un estado especial caracterizado por la gran profundidad del sueño, por la indiferencia a toda sugestión y por la especial contractura —unas veces espontánea y otras provocada por preliminares maniobras— de todos o de algunos de los músculos de la economía.

La *catalepsia* aparece espontáneamente, como fase del sueño hipnótico en la mayor parte de los sujetos.

Una pequeña sugestión verbal, hecha en fase no muy avanzada de sueño, la provoca con la mayor facilidad.

Un solo pase magnético, actuando sobre uno de los brazos, deja a éste en estado cataléptico, estado que puede suspenderse sin más que dirigir la sugestión contraria o recurriendo a un par de pases magnéticos, verificados en sentido transversal al eje del miembro.

La *letargia catatónica* aparece en unos casos de manera espontánea, siendo entonces uno de los síntomas de los grandes ataques de histerismo, tan soberbiamente estudiados y descritos por el, como clínico, muy eminente doctor Charcot.

Experimentalmente puede conseguirse aproximando a los ojos, forzadamente abiertos, de los sujetos hipnotizados un potente o brillante foco luminoso.

Ante la impresión brusca de la luz, toda la musculatura del sometido a la prueba adquiere una extraordinaria tonicidad.

Puede colocársele con la nuca apoyada en un soporte, los talones en otro, y el sujeto permanecerá indefinidamente en esta posición, *aunque dos personas utilicen como asiento el rígido cuerpo de aquél.* Subrayamos este detalle, porque debemos advertir que cualquier persona que se lo proponga puede sostenerse con apoyo en nuca y talones, sin que para ello necesite recurrir a ninguna intervención de los fenómenos citados, pero limitados al lado del cuerpo correspondiente al ojo impresionado.

Algunas veces una brusca impresión sonora da lugar a la presentación de la letargia catatónica.

Pero los resultados más sorprendentes se consiguen recurriendo a las maniobras magnetógenas. Mejor que cualquier descripción de la técnica que conviene seguir, será la exposición de algún caso experimental:

Observación 7, sesión 24. — T. G., de veinticinco años de edad. Baja estatura. Constitución muy robusta, casi atlética. Pelo y ojos negros. Muy poco sugestionable en las primeras sesiones.

Estuvo trabajando una temporada en una fábrica de acumuladores y nosotros le tratamos de un temblor consecutivo a una intoxicación saturnina.

Actualmente ha ingresado como maquinista en una compañía de ferrocarriles.

En la sesión veinticuatro procedemos a actuar sobre él en la siguiente forma:

Le sentamos en una silla, delante de nosotros, y procedemos a fijar en la suya nuestra mirada. Previamente le hemos advertido que, aunque experimente el deseo de cerrar sus párpados cuando el sueño le invada, resista a esta tendencia y permanezca con los ojos abiertos.

En unos tres minutos aproximadamente queda sumido en estado de letargia catatónica. Durante este corto tiempo, hemos practicado unos pocos pases sobre su antebrazo derecho y sobre su mano, que estaba ocupada por un pañuelo.

He aquí los fenómenos más interesantes que hemos podido apreciar en esta sesión y en otras de idéntico desarrollo.

La tonicidad de toda la musculatura de su cuerpo era algo superior a la normal, encontrándose cierta resistencia al cambio de posición de los distintos miembros.

Por parte del antebrazo y manos derechos el estado de contractura es no sólo muy evidente, sino exageradísimo. Separado aquél

—mediante un considerable esfuerzo— de la actitud que presenta, vuelve a la misma como llevado por un poderoso resorte. Todas las tentativas para conseguir un cambio de posición resultan perfectamente inútiles. El resultado es siempre el mismo.

Mayores dificultades se ofrecen todavía, cuando pretendemos abrir la mano y extraer el pañuelo que en ella retiene. Ni nosotros ni ninguno de los asistentes consiguen llevarlo a efecto.

Diríase que toda la musculatura de la región magnetizada ha adquirido las características del acero, tal es la tonicidad existente.

Hay anestesia en toda la piel, que podemos pinchar en cualquier región sin protesta ni señal de dolor por parte del sujeto.

La respiración es suave y tranquila, ligeramente bradipneica.

No obedece a las sugestiones, ni verbales ni mentales.

Los ojos permanecen abiertos, sin el menor parpadeo la pupila considerablemente dilatada en ambos lados, no reacciona a la aproximación de la luz.

Ofrece la impresión de que nada percibe por su aparato visual, pero se da el curioso detalle de que *sigue con sus ojos la dirección que ocupe nuestra persona, de un modo mecánico y absolutamente fiel.*

Con objeto de comprobar tan interesante extremo y ver al mismo tiempo dónde alcanza esta curiosa propiedad, dejamos al sujeto y nos dirigimos a una habitación cercana. Encargamos a uno de los discípulos que anote cuidadosamente durante nuestra ausencia, no sólo cuantas particularidades ocurran, sino también —y muy preferentemente— las distintas direcciones en que se desvíe la mirada del sujeto, de un modo exacto en cuanto al tiempo invertido y al orden en que aparezcan las variaciones.

Por nuestra parte anotamos con todo cuidado y escrupulosidad la trayectoria que describimos en la habitación frontera a la ocupada por el sujeto, para después cotejar unos y otros datos y ver lo que resulta de esta prueba.

Los hechos ocurrieron de un modo que superó cuanto podíamos esperar:

La mirada del sujeto nos perseguía de la misma manera y con la misma seguridad hubiese o no obstáculos materiales entre él y nosotros.

Repetimos la comprobación, subiendo nosotros a una terraza que hay sobre la casa, bajando después a la calle, cambiando de dirección a cada momento unas veces, deteniéndonos en otras más de un cuarto de hora. El resultado fué siempre idéntico.

Le despertamos con un leve soplo dirigido a sus ojos y a continuación le preguntamos si recordaba alguna de las cosas que habían sucedido mientras dormía, y nos contestó:

—Me encontraba en una situación en que no me daba cuenta de lo que ocurre alrededor, como sumergido en un lugar muy hondo, muy hondo, hasta el que no llegase de fuera más que un zumbido extraño.

—Y a nosotros, ¿nos veías o no?

—No he visto nada; ni a usted ni a nadie. Pero, sin embargo, a usted *le siento siempre.* Es algo que no me sé explicar, pero que obra sobre mí de una manera inconfundible. Creo que le sentiría a usted aunque se escondiese en el infierno.

El caso anterior entra de lleno dentro de lo que nosotros designamos bajo la denominación de *letargia catatónica parcial.*

Utilizando el mismo sujeto empleado en la observación precedente, hemos llegado a conseguir la *letargia catatónica total.*

He aquí nuestra manera de proceder:

Observación 7, sesión 32.— T. G. El sujeto es puesto en el centro de la habitación y a su espalda dos de nuestros ayudantes.

Nosotros nos situamos a la distancia de tres metros frente a él. Estamos ambos de pie y después de advertirle que debe fijar su mirada en la nuestra, extendemos los brazos hacia él en actitud de imposición magnética.

Cinco minutos después el sujeto cierra los ojos, al mismo tiempo que se le ve experimentar un a modo de estremecimiento que recorre todo su cuerpo.

Entonces avanzamos hacia él y —correspondiendo a este movimiento nuestro— su cuerpo comienza a inclinarse hacia atrás como un todo rígido, hasta ser recibido por los ayudantes que expresamente situamos a su espalda.

Colocado sobre una mesa de exploración, podemos advertir la extraordinaria rigidez de toda su musculatura.

El fenómeno que en la anterior experiencia recaía exclusivamente sobre uno de los brazos, abarca esta vez el organismo entero.

Un brazo, una pierna, que pretendemos separar de la posición que ocupan, vuelven a ella como movidos por una poderosa fuerza elástica.

Después de algunos esfuerzos hechos sobre los párpados, con objeto de separarlos momentáneamente, podemos advertir que ambos globos oculares se hallan dirigidos hacia arriba y adentro.

La respiración se efectúa con una suavidad muy grande y con pausas respiratorias muy prolongadas. El pulso se mantiene con buen ritmo y mediana tensión. Pero el número de latidos del corazón ha bajado a 42, desde 73 que contamos momentos antes de haber comenzado a verificar la experiencia que nos ocupa.

Por parte de la piel y de las mucosas existe evidente anestesia.

Exploramos algunos reflejos —el patelar y el plantar del pie— puede comprobarse su absoluta abolición.

En una palabra, todo el organismo del sujeto da la impresión de no vivir más que una elemental vida vegetativa. Ocurren las cosas como si aquél debiera prepararse para pasar una temporada en un estado de recogimiento análogo al sufrido por ciertas especies animales que caen en letargo durante la época de los fríos.

Todo el sistema muscular, parece, con su contracción, querer proteger como con un dermatoesqueleto a los órganos contenidos en las cavidades, durante el tiempo que dure la obnubilación de conciencia.

El sujeto es colocado como un puente entre dos apoyos situados bajo los talones y la nuca, y resiste —cimbreándose con la elasticidad de una tabla de acero—, el peso de tres personas.

Las sugestiones son del todo ineficaces.

Los pases magnéticos actuantes sobre una región cualquiera aumentan todavía más el tono de los músculos situados en aquélla. Practicados en dirección transversal al eje de un miembro, el estado de contractura muscular disminuye, llegando a desaparecer si insistimos en nuestra maniobra durante un tiempo prolongado.

Dejamos al sujeto abandonado a sí mismo durante cuatro horas y pasadas éstas, le reconocemos de nuevo sin conseguir la menor variación en el estado señalado.

Le volvemos a colocar de pie, ante nosotros —sostenido en ésta posición por dos ayudantes—, y procedemos a despertarle mediante varios enérgicos soplos dirigidos a sus párpados.

Antes de abrir los ojos vuelve a experimentar estremecimientos idénticos al que observamos cuando procedimos a dormirle.

No recuerda absolutamente nada de lo que le ha sucedido mientras dormía.

A todas cuantas preguntas le dirigimos para inquirir las sensaciones que experimentó en aquellas cuatro horas, responde invariablemente en la misma forma:

—Me parecía estar como sumergido en una atmósfera de una densidad tan grande que me veía incapacitado para realizar el más pequeño movimiento y me encontraba aislado del mundo exterior como si me hubieran forrado con una capa de cristal opaco a la luz y a los sonidos y de un espesor infinito... Pero a usted le siento siempre...

Aunque ya hemos hecho la advertencia de que por estos procederes —a base de influenciación magnética— es por los que se consigue una mayor perfección en la obtención de la *letargia catatónica*, expondremos algún ejemplo de sujetos que llegan al mismo estado mediante la impresión sobre los órganos de los sentidos de focos brillantes, etc.

Observación 84, sesión quinta. — R. Sloker, de veintiséis años de edad. Ha gozado siempre de buena salud hasta hace dos meses. Desde entonces le ha venido molestando una afección dolorosa, para curarse la cual acudió a nosotros, viendo desaparecida su molestia al cabo de muy pocos días mediante el empleo del tratamiento hipnótico-sugestivo.

Procedemos a dormirle, lo que llevamos a efecto en cuatro minutos mediante el procedimiento mixto de fijación de la mirada y los pases magnéticos.

En vista de no haber aparecido todavía el sonambulismo, procedemos a realizar sobre él alguna prueba de reacción ante las bruscas e intensas impresiones sensoriales.

Se halla sentado el sujeto delante de nosotros. La intensidad del sueño es mediana.

Con un alfiler actuamos sobre la piel, pudiendo comprobar que existen completas anestesia y analgesia.

Entreabrimos los párpados y vemos los globos oculares en posición estrábica interna, doble y superior.

Ensayadas las atracciones y repulsiones magnéticas mediante la *aproximación de nuestros dedos en las posiciones consabidas*, éstas tienen lugar de un modo perezoso y lento y no siempre de una manera clara.

Tomamos en nuestra mano una pequeña lámpara eléctrica de bolsillo y después de entreabrir los párpados del ojo derecho, lanzamos sobre el globo ocular un chorro de luz.

A los pocos segundos se ve aparecer un ligero movimiento de nistagmus y poco después el ojo desciende, quedando su pupila —muy dilatada— enfrentada al foco luminoso.

Muy pronto aparece en la mitad derecha del cuerpo del sujeto una contractura de los músculos, contractura que presenta todos los caracteres que hemos señalado para poder ser considerada como patognomónica de la letargia catatónica.

Actuamos a continuación —por el mismo mecanismo— sobre el ojo del lado izquierdo y se repiten aquí los mismos fenómenos, quedando el sujeto sumido en una letargia catatónica total.

Ningún recuerdo al despertar.

Observavión 66, sesión tercera. — H. Dodson, de treinta y un años, mecánico de oficio. Buena salud. Hermano de una joven a la que hemos curado de una afección nerviosa.

Mediante fijación de la mirada nuestra en la suya, cae en sueño de un modo casi instantáneo.

Obedece con bastante claridad a las atracciones y repulsiones magnéticas.

Se da cuenta de la proximidad de otra persona que no seamos nosotros, acusando una huída de sus brazos siempre que alguna de aquellas acerca una mano a cualquiera de éstos, en cualquier posición que sea.

Le dejamos dormido diez minutos, y pasados éstos golpeamos entre nuestras manos una bolsa de papel llena de aire, con la que producimos un ruido muy intenso y muy seco.

Ante la brusca explosión, observamos en el durmiente un ligerísimo estremecimiento.

Nos acercamos a continuación a él y entonces podemos darnos cuenta de que toda su musculatura está en fase de contractura.

No falta ninguno de los otros signos que hemos atribuído a la letargia catatónica.

Después de despierto no queda memoria de lo acaecido durante el sueño.

Fuera de la especie humana es fácilmente comprobable el efecto de una brusca iluminación sobre animales mantenidos en la obscuridad. Algunos de éstos quedan paralizados, en actitudes que recuerdan las que hemos señalado para los sujetos sometidos a parecidas influencias.

DIFERENTES MODALIDADES DE LA LETARGIA CATATONICA

Según los distintos procedimientos puestos en práctica. Según la naturaleza particular de los sujetos que utilicemos en nuestras experiencias, la letargia catatónica —que hemos descrito en el capítulo anterior— ofrecerá unos u otros caracteres particulares.

Si para llegar a ella utilizamos procederes físicos, nos encontraremos limitados a observar un fenómeno sobre el que no poseemos control.

Si —por el contrario— echamos mano de los métodos magnéticos, estaremos en todo momento en condiciones de modificar a nuestro antojo, de moldear a nuestro capricho y, sobre todo, de dirigir de una manera científica la marcha de la experiencia.

De aquí que hayamos hecho la advertencia de que los procederes magnéticos son los que debemos utilizar con preferencia a todos los demás.

Sin más que el empleo de los pases, adecuadamente practicados, podemos llegar a profundizar o a aligerar la intensidad del fenómeno.

Pero cuando queremos conocer hasta dónde es posible alcanzar en este estudio, tenemos que recurrir —al igual que para lograr perfecto conocimiento en todos los demás capítulos de la ciencia oculta— a las valiosas experiencias que llevan a cabo los experimentadores hindúes.

Entre los maestros arghys —principalmente— se pueden observar hechos de esta naturaleza que maravillan al más impasible.

El año de 1878, un ilustre viajero, el doctor James Kennedy —miembro corresponsal de la *Esoteric Society*, de Londres— tuvo la suerte de ser admitido durante un mes en el célebre Monasterio de Nardhyanna. En sus Memorias —fragmentariamente publicadas por la citada Sociedad— se hace mención detallada de un sinnúmero de interesantísimos hechos que pudo aquél observar y comprobar en el tiempo que fué afortunado huésped de los arghys arunyos.

Como había de ocuparnos un espacio que necesitamos para otros temas, la exposición de todo cuanto vió el doctor Kennedy, nos limitaremos aquí a reproducir algunos detalles relacionados con el asunto que actualmente estudiamos:

"...Una de las cosas que más llamaron mi atención era el procedimiento que seguían para conseguir la curación de algunos de sus enfermos.

"A los pocos días de permanecer en el Monasterio supe que uno de los *txelas* más aventajados —un joven de unos diecinueve años— había sido mordido por una serpiente de virulenta ponzoña. Se le aplicaron los primeros remedios, con la mayor premura posible; pero aquella misma noche pude ver que el desgraciado —que había sido mordido en un dedo— presentaba una horrorosa inflamación, con tendencia a la gangrena, que le invadía hasta la mitad del brazo.

"Alarmado y compadecido al mismo tiempo, propuse a uno de los maestros la práctica de una amputación, hecha a nivel del hombro, único medio, a mi juicio, de conservar la vida del pobre enfermo.

"No me respondió: se limitó a mirarme sonriéndose, y, ante mi insistencia, acabó recordándome que jamás recurrían los de su secta al empleo de medios quirurgicos, para la curación de ninguna enfermedad.

"Una hora después me encontraba yo estudiando en la habitación que tenía destinada, cuando me pasaron recado para que acudiera adonde me llevase el servidor, portador del aviso.

"Momentos más tarde me introducían en la celda del *txela* enfermo.

"La invasión de la inflamación había aumentado. Se me invitaba a que presenciase el método que iban a utilizar terapéuticamente.

"Pensé en el primer momento que al fin se habrían decidido a operarle; pero nada había dentro del cuarto que anunciase la posibilidad que se me ocurría.

"Colocaron al joven tendido en el lecho, despojado de sus habituales vestiduras y recubierto todo su cuerpo, excepto la región enferma, con una tela blanca, finísima, que al ser extendida esparció por toda la habitación un aroma de efectos levemente narcóticos.

"Inmediatamente se situó a los pies de la cama uno de los más venerables maestros de la Orden, y desde allí envió una poderosa corriente *pránica* sobre el *txela* enfermo.

"El espectáculo, de una gran sencillez, tenía, sin embargo, algo que cautivaba el espíritu.

"El anciano maestro —con sus largas y blancas vestiduras, que caían sobre su cuerpo en majestuosos pliegues— ofrecía en su rostro una serenidad dulcísima. Su cabeza, poblada de blanca cabellera, se nimbaba de un aura de tonos amarillentos. Los brazos extendidos hacia el enfermo, parecían proteger a éste de todo mal, y de toda su persona emanaba tal fuerza de atracción simpática, que mi atención estaba más fija en él que en el paciente.

"Cuando dirigí mi vista hacia éste, pude observar que había entrado en un estado de letargo muy profundo.

"Entonces se aproximó el anciano a la cama ocupada por el *txela* y me invitó a que le reconociera. Toda su musculatura se encontraba en un marcado estado de contracción. La respiración y la circulación parecían limitadas a lo más indispensable; pero el mal estado general que había presentado en la tarde de aquel mismo día, parecía haber desaparecido.

"Cuando a la noche del siguiente día le volví a ver, la inflamación del miembro enfermo permanecía estacionaria. No había —al parecer— disminuído, pero tampoco se observaba aumento ninguno.

"El estado letárgico y la hipertonía muscular, provocadas la víspera, persistían sin modificación aparente.

"El anciano arghy puso una mano sobre la frente del discípulo y, al cabo de unos minutos, el cuerpo de éste pareció salir de su rigidez y un suave suspiro escapó de sus labios. En aquel momento pasaba a un estado de sonambulismo lúcido.

"Siguió a esto un diálogo entre el maestro y el enfermo, cuyo significado no comprendí por el momento, y después volvió aquél a colocarse a los pies de la cama y a realizar la misma imposición de manos que había efectuado en el día anterior.

"Pronto entraba de nuevo el paciente en la curiosa letargia en que había permanecido desde la tarde antecedente.

"En los días sucesivos se repitieron los mismos hechos, pero a medida que el tiempo pasaba, todos los síntomas producidos por la venenosa mordedura parecían ceder, y no había transcurrido la semana cuando apenas se observaba el menor rastro de aquella inflamación tan alarmante.

"Antes de mi partida pude ver a aquel muchacho haciendo su vida normal, entre los demás discípulos del Monasterio.

"Posteriormente supe que las conversaciones sostenidas entre maestro y discípulo, en los momentos de sonambulismo lúcido de este último, servían para que el estado en que permanecía todo el día correspondiese, por su intensidad y por sus peculiaridades, a las necesidades del momento de enfermedad en que se encontraba...".

Estas interesantísimas observaciones del doctor Kennedy corroboran las emitidas por cuantos se han asomado al conocimiento de arghys y yoghis.

Lejos de limitarse a observar los fenómenos, hacen provechosísima aplicación de sus ideas, unas veces con fines terapéuticos, otras con aplicación a trabajos de ocultismo trascendental.

ESTADO LETARGICO SIMPLE

Para muchos investigadores el estado letárgico sería simplemente una de las fases del sueño hipnótico, determinada por la profundidad del mismo. Es decir, que —según los que así piensan— todos los sujetos llegarían a caer en estado letárgico siempre

que con nuestras maniobras procediéramos a intensificar el sueño.

Otros han supuesto que era una modalidad de la hipnosis, sin ninguna relación con la catalepsia y el sonambulismo. Para éstos, las pequeñas diferencias que separan unas de otras formas del sueño constituyen fronteras que aislan cada modalidad de un modo casi absoluto.

Unos y otros investigadores tienden exclusivamente a establecer moldes en donde encajen todas las particularidades que cada sujeto presente. Pero así como entre los médicos se acostumbra a decir que en la práctica no se ven enfermedades,sino enfermos, lo que nosotros vemos no son las doctrinas de tal o cual experimentador, sino los especiales caracteres de cada uno de los sujetos que pasan por nuestras manos.

Y pensamos de este modo, porque la práctica nos ha demostrado que la letargia guarda íntima relación con las restantes formas de la hipnosis, que puede proceder de una de ellas o pasar a serlo, y que lo mismo puede darse en sujetos con sueño profundo, que con sueño ligero, ya que dentro de la letargia existen grados diversos de intensidad, desde la letargia ligera hasta la muy intensa que aparece en ciertas prácticas de autohipnosis.

Los síntomas cardinales del estado letárgico pudieran reducirse a uno solo: *la concentración del sujeto en su propio sueño.*

En efecto; el sujeto en letargia parece como que pierde toda relación con el exterior, y hasta con quien lo haya dormido. No obedece a las sugestiones que sobre él se ejerzan; tampoco responde, o responde muy perezosamente, a las atracciones y repulsiones magnéticas. Sentado en un sillón, con los párpados cerrados permanentemente, con toda la musculatura en hipotónica flacidez, *sin dar respuesta ni parecer enterarse de nuestra actuación ni* de nuestra presencia, no es extraño que se le haya supuesto siempre durmiendo en sueño profundísimo, que todavía parece mayor por la absoluta anestesia de la piel y de las mucosas.

Pero si a un sujeto en este estado le golpeamos ligeramente sus músculos y tendones, veremos que tan sencilla maniobra trae aparejada la presentación de la letargia catatónica. Una brusca impresión sensorial va seguida de la misma consecuencia Unos pases magnéticos sobre uno de los miembros establecen a su nivel un estado cataléptico evidente. La presión de la glabela provoca el sonambulismo...

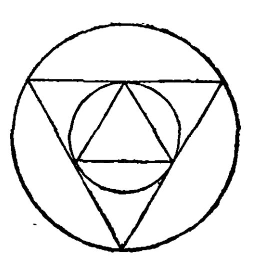
Es decir, por sencillos procederes es posible transformar la letargia en cualquiera de los restantes apartados del sueño hipnótico. Demuestra esto el parentesco tan cercano de todas las formas de la hipnosis, por lejanas que puedan verse unas de otras apa-

rentemente y lo impropio de establecer barreras de separación entre ellas.

Respecto a la manera de conseguir la aparición de la letargia en los sujetos, el medio mejor es el siguiente:

Se coloca delante de la persona sobre que actuemos un objeto en el cual deberá fijar la mirada, de modo que la posición de los ojos corresponda a un estrabismo doble, convergente y superior.

Lo mejor que podemos emplear para conseguir la fascinación es un dibujo como el presente:



Que colocaremos a unos ocho centímetros por delante y por encima de sus ojos.

Generalmente la letargia aparecerá de diez a quince minutos después de haber fijado su atención en él.

También pueden utilizarse con el mismo fin los extremos de los dedos índice y medio de nuestra mano derecha, ligeramente separados uno de otro.

Los hindúes acostumbran emplear un trozo de porcelana, de color blanco y de mucho brillo, en el centro del cual va dibujado un pequeño triángulo con tinta obscura.

Otro procedimiento de gran sencillez y eficacia es el que consiste en presionar suavemente con los dedos de una de nuestras manos los globos oculares, a través de los párpados cerrados del sujeto, en tanto que la otra acerca a uno de sus oídos un reloj de bolsillo en marcha. Las dos sensaciones combinadas traen con bastante rapidez al sujeto al estado letárgico.

De nuestras observaciones entresacamos las siguientes:

Observación 61, sesión primera. — A. Godmidge, de veintitrés años, de profesión ebanista. Padece de un insomnio rebelde a todos los medicamentos ensayados hasta la fecha. Se ha habituado a la morfina, si bien la dosis que utiliza es pequeña.

Después de sentado en el sillón donde acostumbramos a colocar a los sujetos, hacemos que fije su mirada sobre nuestros dedos medio e índice derecho, que hemos colocado por delante y por encima de sus ojos.

A los cuatro minutos podemos observar una dilatación en la pupila de ambos lados, y dos minutos más tarde se inicia en los párpados un temblor al mismo tiempo que la tendencia a ocluír los globos oculares.

A los diez minutos la respiración se hace frecuente y profunda, los párpados se cierran definitivamente y aparecen todos los síntomas del sueño provocado.

Levantamos uno de los brazos del sujeto y en cuanto lo abandonamos cae pesadamente, demostrando la flacidez de su musculatura.

Atravesamos la piel del mismo con una aguja, y el sujeto no *traduce ni dolor ni señal de haber percibido el pinchazo.*

Aproximamos al dorso de una de sus manos, primero, un tubo de ensayo, lleno de agua muy caliente; después, un segundo, lleno de agua fría, y observamos la misma falta de reacción por parte del sujeto para una que para otra impresión.

Le invitamos a que sostenga uno de sus brazos en una posición determinada y no obedece a tal sugestión ni parece que se ha enterado de ella. El mismo fracaso acompaña a cuantas sugestiones hacemos sobre él, de cualquier naturaleza que sean.

Dirigimos varias veces hacia sus manos los dedos de una de las nuestras, dispuestos en la forma expuesta al tratar de las atracciones y de las repulsiones magnéticas, y no conseguimos absolutamente el más pequeño resultado.

Después de una hora en la que no varía el cuadro señalado procedemos a despertarle, lo que conseguimos mediante una serie de pases magnéticos —practicados en dirección transversal al sujeto—, seguidos de un ligero soplo dirigido a sus párpados.

El caso reseñado es de una letargia simple. Dos días más tarde repetimos la experiencia con los resultados que a continuación exponemos:

Observación 16, sesión segunda. — El mismo sujeto de la experiencia anterior. Por fijación de su mirada en nuestros dedos cae en sueño letárgico a los cuatro minutos. Queda con los párpados cerrados y, separándolos suavemente, se ven debajo los globos oculares dirigidos hacia arriba y adentro.

Comprobamos completa anestesia por parte de piel y mucosas.

La flacidez muscular es tan completa como la que pudimos observar en la sesión correspondiente al día anterior.

No obedece a las atracciones y repulsiones magnéticas.

Todas las sugestiones quedan sin efecto.

Con un martillo para reflejos exploramos el patelar. En cuanto acabamos de golpear el tendón rotuliano, se verifica exaltadamente la proyección de la pierna hacia adelante, permaneciendo después en esta posición, con toda su musculatura contraída.

El mismo resultado obtenemos golpeando otros tendones y músculos.

Entreabrimos los párpados del lado derecho y proyectamos sobre el ojo la luz de nuestra lámpara de bolsillo. Al cabo de unos segundos aparece la letargia catatónica hemilateral en el lado correspondiente.

Igual efecto obtenemos acto seguido actuando sobre el otro ojo.

Una serie de pases magnéticos transversales vuelve al sujeto a su primitivo estado de simple letargia.

Queda en él una media hora y le despertamos a continuación utilizando la misma técnica del día precedente.

Vemos, por el caso que antecede, la posibilidad en que nos encontramos para pasar a nuestros sujetos de la letargia simple a la *letargia catatónica, o al contrario.*

A continuación veremos cómo esta misma reversibilidad se da para la catalepsia y para el sonambulismo:

Observación 88, sesión quinta. — Georges Bernard, de treinta años, artista de circo.

Tiene un gran interés por los estudios metapsíquicos y espontáneamente se nos ofrece para ser sometido a experimentación.

Utilizando la fijación de la mirada sobre un "loegin" parecido al que ha quedado dibujado en el texto, cae en sueño letárgico pasados tres minutos.

Hay completa insensibilidad por parte de la piel y de las mucosas.

La posición de los globos oculares es la clásica, y los párpados se mantienen cerrados y animados de ligerísimo temblor.

Todas cuantas sugestiones pretendemos ejercer fracasan por completo.

La resolución muscular es absoluta, lo que se comprueba observando la extraordinaria flacidez de los miembros, que caen inertes cuando los separamos de la posición en que quedaron al iniciarse el sueño.

Con nuestras manos comenzamos a dirigir sobre el brazo izquierdo del sujeto varios pases magnéticos, y a continuación se lo elevamos a cierta altura. El brazo queda en la nueva actitud. Repetimos los cambios de posición y los músculos obedecen a nuestro mandato, presentando la flexibilidad cérea propia de la catalepsia.

Al intentar repetir la maniobra con el otro brazo, éste cae pesadamente, pero —previos unos pocos pases— podemos reproducir en él lo conseguido con el izquierdo.

Momentos después comenzamos a ejercer una ligera y continuada presión sobre la glabela del sujeto, y con ello pasa al sonambulismo.

Desde este momento obedece con la mayor fidelidad cuantas sugestiones verbales formulamos nosotros.

Finalmente presionamos durante unos segundos los globos oculares con los dedos de nuestra mano derecha, mientras que nuestra izquierda lleva a uno de sus oídos el tic-tac de un reloj de bolsillo. Pronto quedan las cosas en su pristino estado: La impermeabilidad a la sugestión, la relajación muscular... todo indica el retorno a la fase letárgica.

Queda en ella una hora y le despertamos por los medios clásicos.

Todos los casos que hemos venido señalando demuestran nuestras afirmaciones del principio de este capítulo.

La letargia no puede ser considerada ni como profunda fase de sueño exclusivamente, ni como una propiedad hipnótica desligada de todas las demás.

El estado letárgico es pura y simplemente una modalidad particular del sueño provocado, pero capaz de ser transformada en cualquiera otra de las modalidades que aquél puede presentar.

LETARGIA CON LUCIDEZ

Esta especial forma de la letargia es desconocida entre los occidentales. En Oriente consiguen obtenerla solamente aquellos maestros muy adelantados, poseedores de poderes altamente desarrollados.

Consiste en la provocación de un estado que en su forma externa tiene los caracteres distintivos señalados para la letargia simple,

pero que va acompañado de una especial actividad de las potencias intelectivas trascendentales del sujeto, quien puede hacer emigrar a su cuerpo astral en cualquier dirección y a cualquier distancia.

Tenemos a la vista una carta que hace dos años nos dirigió nuestro colega el doctor Macfle Phipps, carta escrita durante su estancia en la India y en la que parece entrever el trágico fin que le aguardaba pocos meses después.

"Todas las tribulaciones —nos dice en su carta el doctor Macfle Phipps—, todos los esfuerzos, todas las privaciones y todas las luchas que hemos mantenido hasta llegar a este rincón ignorado de casi todos los humanos, las doy por bien empleadas al ver los frutos que llevo recogidos en el breve tiempo que vivo entre los maestros...

"...Pero quiero anticiparle algo que por tener relación conmigo mismo me ha afectado tanto como me ha maravillado. Llevo una larga temporada sin tener la menor noticia de los míos. El cambio de ruta impuesto por los acontecimientos, hizo que nuestro paso se verificase por localidades distintas a aquellas que entraban en nuestro primitivo itinerario.

"Estando aquí manifesté —en presencia de uno de los más adelantados maestros— los temores que sentía ante la falta de noticias de mi familia y me lamenté de que ciertos descubrimientos de la civilización occidental, tales como el telégrafo, no hubieran llegado a estos apartados lugares.

"Sin responderme verbalmente, sentía que cogía mi mano el arghy Bodhir Gathsa (éste es el nombre del maestro) y poco después llegábamos los dos a una pequeña sala existente en la parte Este del monasterio.

"La estancia estaba sumida en un silencio extraordinario. No *tenía ninguna ventana.* El *techo estaba construído de una substancia* especial productora de una fosforescencia verdosa que iluminaba suavemente y sin sombras todo el cuarto.

"Me ordenó mi acompañante que me echara sobre unos blandos almohadones que allí había y me entregó un objeto consistente en un pequeño bastoncillo de ébano en uno de cuyos extremos tenía una incrustación de una piedra blanca y triangular. También me dijo que procurara abstraerme de toda preocupación durante unos instantes.

"'Desde el primer momento —y sin saber por qué— llamó mi atención aquella piedra que, por el contraste de su color con el de la madera sobre que iba montada, parecía de una blancura deslumbradora; entonces me di cuenta de una inscripción que llevaba

grabada en su centro. Intenté fijar mi atención para descifrarla, pero no pude conseguirlo.

"Cuando más empeño ponía en ello, un sueño invencible se apoderó de todo mi ser. Es decir, no sé si llamarlo sueño. Yo sentía que mi cuerpo entraba en una zona de descanso extraordinario. Sentía asimismo que lo que me circundaba se iba paulatinamente borrando, primero de mi retina, más tarde de mi conciencia. Dejaba de percibir todas las impresiones del exterior al mismo tiempo que se borraban las constitutivas de mi cenestesia.

"Y, sin embargo, una nueva conciencia aparecía en mí, aunque desintegrada de sus funciones normales, de sus habituales tareas. Poco después me era posible sentir a mi propio cuerpo físico como algo que se había separado transitoriamente de mi verdadero yo, como un alojamiento o un albergue momentáneamente abandonado.

"Mi pensamiento se dirigió hacia mis familiares. Inmediatamente me di cuenta de su presencia, de su estado de ánimo y salud, pero de un modo especial, como por un sentido desconocido, capaz por sí solo de proporcionar referencias más exactas que todos los corporales reunidos. Además experimentaba la sensación de que todos los movimientos de mi mente obraban como motores sobre el pensamiento de mis allegados.

"Pensé después en el retorno a mi hogar y no conseguí fijar bien esta imagen. Sólo conseguía ver una gran extensión muy blanca al mismo tiempo que invadía una frialdad glacial a todo mi cuerpo. Inmediatamente una opresión que me quitaba el aliento, luego un sueño invencible y una gran oscuridad [1].

"Cuando desperté, una serenidad, una calma, una placidez exquisitas invadían mi espíritu. Nunca olvidaré aquellos minutos en que viví intensamente...".

(1) De regreso, la expedición que dirigía el doctor Macfie Phipps fué sorprendida por una tempestad de nieve, en la que perdieron la vida el doctor y dos de sus servidores.

TERCERA PARTE

(EXPERIMENTACION)

SONAMBULISMO Y SUGESTION

SUEÑO SONAMBULICO

Con ser extraordinariamente importantes las particularidades de la hipnósis que hemos venido estudiando hasta este momento, puede decirse que es ahora —con el estudio del sonambulismo y de la sugestión— cuando se nos abren las puertas que dan acceso a una de las estancias plenas de maravillas del edificio formado por las ciencias esotéricas.

Todos conocen el sonambulismo natural. Todos han visto o han oído referir algún caso de sonambulismo espontáneo. Es el hecho—tantas veces acaecido— de la joven que abandona dormida su lecho y que —sin despertarse— va a llenar su cántaro con agua de la fuente situada en la plaza próxima. O del muchacho que se levanta y realiza una serie de actos tan complejos como los que lleva en sí el de ir a echar una carta en el buzón del correo y volver otra vez a su domicilio sin despertarse ni abrir los ojos.

Y no se crea que estas observaciones han sido hechas exclusivamente por gentes del pueblo. Hombres eminentes han podido hacer interesantes comprobaciones a tal respecto.

J. Oxford cita el caso de un muchacho que alarmaba a su familia porque todas las noches se levantaba y después de vestirse abría la puerta con ánimo de salir a la calle. Cuando los padres del joven acudían a impedírselo, hallaban a su hijo con los ojos cerrados, sin responder a sus preguntas, hasta que el llanto de la madre le despertaba y era el primer asombrado al encontrarse en aquel lugar y a aquellas horas.

Aconsejados por el doctor Oxford, convinieron en dejarle hacer para ver cuál era el motivo de aquella actividad onírica.

Pocas noches después volvía a tener lugar la misma escena.

El joven salió vestido de su dormitorio y se dirigió a la puerta que daba acceso a la calle. La abrió con toda seguridad, y a poco emprendía el camino sin el menor tanteo, como el que conociendo de antemano lo que va a realizar, prescinde de dudas y titubeos en su obra.

Después de atravesar varias calles se internó por una que conducía a las afueras del pueblo y al cabo de unos minutos llegaba al campo, seguido de cerca por el doctor y por el padre.

Sin la menor vacilación se encaminó hacia un grupo de árboles, y cuando llegó cerca de uno de ellos se arrodilló y comenzó a remover la tierra con un cuchillo que extrajo del bolsillo de su chaqueta.

Al poco tiempo dió por terminada esta ocupación. Hundió sus manos en el hoyo practicado y extrajo de él un pequeño objeto que su padre reconoció en seguida. Se trataba de una valiosa miniatura, retrato de la abuela materna del sonámbulo de la que había sido el nieto preferido. La miniatura iba avalorada por un diminuto marco de oro de un gran valor artístico.

Lo contempló un momento con verdadero arrobamiento y en seguida volvió a enterrarlo cuidadosamente y a emprender el regreso a su casa sin haber despertado.

Por el camino me fué diciendo el padre algo relacionado con la miniatura. Con la oposición de su hijo había intentado venderla a un anticuario y cuando fueron a ultimar el trato se encontraron con que aquélla había desaparecido misteriosamente.

Más tarde tuvo el doctor Oxford ocasión de comprobar que la desaparición de la miniatura había coincidido con las primeros crisis de sonambulismo del joven, quien debió ocultarla hallándose en tan especial estado.

Desde que la miniatura volvió a figurar en la casa y en el aprecio de quien había intentado desprenderse de ella, cesaron las crisis que habían reclamado la intervención del doctor Oxford.

No menos interesante es el caso estudiado por Greddy:

Se trataba aquí de una jovencita que estudiaba su carrera de maestra. Le faltaba un solo curso para concluirla y —debido a una enfermedad febril que la retuvo mucho tiempo en cama— le fué imposible preparar las asignaturas con la perfección que solía hacerlo otros años.

A última hora y por un poderoso esfuerzo consiguió aprender los programas teóricos. Pero no tenía tiempo material posible para preparar las labores exigidas.

Una noche, sorprendida la madre al observar a horas tardías que no había apagado la luz de su cuarto acudió allí y encontró

a su hija dedicada a hacer un encaje en el bastidor, pero su sorpresa no reconoció límite al darse cuenta de que trabajaba con los ojos cerrados, en pleno estado sonambúlico. Cuando la despertó, la hija reconoció el trabajo hecho *sin descubrir en él la menor imperfección.*

Estas crisis se repitieron en varias ocasiones, siempre con el mismo objeto y resultado, desapareciendo después de los exámenes en que ganó el curso entero con extraordinaria brillantez.

Además de estos estados propios del sonambulismo natural o espontáneo y que se producen mientras el sujeto duerme, existen otros en que la actividad sonambúlica se despierta hallándose el sujeto en estado de vigilia. Son los que muchos autores han llamado casos de automatismo ambulatorio.

Orwitz cita el caso de un peluquero que salió de su casa, recorrió gran parte de Leningrado en pleno día y acudió a la de él con ánimo de prestarle sus servicios. Algo anormal notó el célebre investigador en la conducta del barbero. Lo cierto es que momentos después éste se despertaba sin tener la menor noción de cuanto le había acontecido ni del por qué de su presencia allí.

Clásico también es el caso que cita el eminente médico francés doctor Charcot.

Se trataba de un joven de temperamento nervioso que llevaba una larga temporada preocupado con la idea de que pronto abandonaría París para dirigirse a Brest a cumplir sus deberes militares.

Bastantes días antes de aquel en que debía efectuar su partida, se encontró el sujeto —sin saber cómo— en una de las principales calles de la ciudad últimamente citada. Cuando despertó, una banda militar atravesaba la calle. La banda del regimiento á que él venía destinado.

Calcúlese la cantidad de complejísimos actos que tuvo que realizar esta persona, tales como un viaje por ferrocarril, al atravesar multitud de calles concurridísimas, sorteando los vehículos y los viandantes. Todo ello sin despertarse y sin llamar la atención de las muchas personas con las que tuvo forzosamente que relacionarse.

Pero con ser muy interesantes todos los actos propios del sonambulismo natural y de su apartado, el automatismo ambulatorio, no es a ellos a los que nos vamos a referir en nuestro estudio. Nosotros vamos a ocuparnos del sonambulismo obtenido en los sujetos hipnotizados, del sonambulismo provocado.

SONAMBULISMO PROVOCADO

Hasta ahora —en nuestras actuaciones sobre los sujetos hipnotizados— hemos visto que nos ofrecían una serie de manifestaciones, tales como la letargia simple y catatónica y la catalepsia, que aparecían como modificaciones sufridas por su sistema muscular. Hemos comprobado también las perturbaciones de la sensibilidad y los curiosos fenómenos de su exteriorización y transferencia.

Pero en todos estos casos el sujeto da la impresión de cosa pasiva, subordinada al magnetizador e incapaz de poseer una actividad propia. En cambio los hechos de que vamos a ocuparnos colocan al sujeto en primer término muchas veces, ya que descubrimos en él una serie de propiedades, que ningún ser humano en estado normal es capaz de poseer ni desarrollar.

Se caracteriza el sonambulismo provocado por una serie de especiales detalles. La musculatura presenta un tono normal. Si cogemos un brazo del dormido y lo elevamos no caerá fácilmente como sucede en la letargia, ni permanecerá —como en la catalepsia— en la nueva postura, si no que, lenta y suavemente volverá a la posición de que le sacamos.

Así como decíamos que los sujetos sumidos en estado letárgico parece como que concentran toda su atención en el propio sueño, desentendiéndose aparentemente de lo que a su alrededor ocurre, los sonámbulos —por el contrario— guardan una especial actitud de atención hacia el que les sumió en el sueño.

De ordinario, es la regla que no exista en el sonambulismo anestesia por parte de la piel y de las mucosas. Los sujetos se dan cuenta de los contactos que con su piel establecemos y los acusan con toda claridad.

Pero las verdaderas características del sonambulismo residen en dos hechos principales: Es el uno la obediencia a las sugestiones que el hipnotizador lleve a cabo. El otro hace referencia al acrecimiento de la potencia de las facultades psíquicas del sujeto y a la aparición de nuevas energías del mismo orden.

METODO PARA PROVOCAR EN LOS HIPNOTIZADOS EL SONAMBULISMO

En la mayoría de los sujetos aparece de una manera espontánea. El mejor consejo que puede darse a los discípulos es que se limiten a esperar pacientemente hasta que haga su aparición. Nada de precipitaciones, siempre perjudiciales y más en estos asuntos. Nada de impaciencias. Si no se presenta en la primera sesión, aparecerá en la segunda, o en la quinta, o en la décima.

Todas las maniobras encaminadas a anticipar acontecimientos, no harán otra cosa que perjudicar la buena marcha de la experiencia.

Hacemos esta advertencia para que las reglas que expondremos a continuación para conseguir la aparición del sonambulismo, no se empleen más que en aquellos casos en que —después de un considerable número de sesiones— se hayan obtenido exclusivamente las demás moralidades de la hipnosis.

Principiaremos por obrar sobre el sujeto con alguna sensación monótona dirigida a uno de los sentidos.

El rascamiento suave del sincipucio, la presión sobre la glabela, la producción ante el oído de un sonido tal como el provocado por el estrujamiento continuado de un papel de fumar, la acción sobre el olfato de un perfume simple e intenso, todos son buenos medios que —por vías distintas llevarán el mismo resultado final.

Pero volvemos a repetir que a estos medios o a cualquiera otros sólo acudiremos en casos de excepción.

No es posible predecir, ni señalar con exactitud de antemano, el número de sesiones que deberemos emplear en cada caso para conseguir el sonambulismo.

Hay sujetos que ya en la primera se nos aparecen —apenas dormidos— como perfectos sonámbulos y los hay que hasta la séptima o la décima no presentan carácter de tales.

Buena prueba de ello son los siguientes casos de nuestra experiencia.

Observación 39, sesión primera. — D. Smith, de veintiocho años y de oficio encuadernador. Ingresó en la Clínica de N. S. G. —a la cual pertenecíamos nosotros hace años— aquejando fuertes dolores motivados por una pleurodinia.

Entró en relación con algunos enfermos de la misma sala, los cuales le pusieron en antecedentes de los resultados que se conse-

guían con la terapéutica hipnótico-sugestiva. Fuera por esto o por otra causa, es el caso que al día siguiente nos suplicó que le durmiéramos para suprimir el dolor por este medio.

Visto que no había en ello ningún inconveniente, procedimos a hacerlo del modo siguiente:

El enfermo, acostado en la cama, le ordenamos que fjie en la nuestra su mirada y casi instantáneamente aparecen en él los fenómenos precursores del sueño.

Reforzamos la hipnosis practicando sobre su cabeza varios pases, al mismo tiempo que le decimos:

—Va usted a dormirse inmediatamente. Siente usted ya que el sueño le invade...

Los miembros del paciente entran en resolución: su respiración —muy superficial hasta entonces a causa del dolor— se hace lenta y profunda.

Elevamos suavemente los párpados, y los ojos aparecen en la disposición estrábica superior convergente.

Levantamos uno de los brazos y vuelve a descender lentamente a la posición que ocupaba.

Aproximamos una de nuestras manos a otra de las suyas en la posición dígito-cónica y al retirarla nos acompaña obediente la del sujeto.

En vista de que todos los indicios indican que el estado del sujeto es el sonambulismo, le interrogamos:

—¿Duermes, Dik? (Ricardo).

No responde, pero sus labios se mueven como intentando hacerlo.

Colocamos una de nuestras manos delante de su garganta al mismo tiempo que le sugestionamos con estas palabras:

—Desde este momento podrás hablar y respondernos sin que ello te cueste ningún esfuerzo. ¿Duermes, Ricardo?

—Sí, señor.

—¿Es muy profundo tu sueño?

—No mucho.

Insistimos en los pases sobre la cabeza y practicamos varios más sobre los miembros mientras le insinuamos:

—Vas a seguir en seguida que el sueño adquiere una extraordinaria profundidad, tan grande que solamente percibirás aquellas sensaciones que yo te transmita. —Reinsistimos en los pases y volvemos a interrogarle:

—¿Es ahora más intenso tu sueño?

—Sí, señor.

Tomo en mi mano un bastoncito y se lo aproximo a la suya por uno de los extremos.

—¿Quién te está tocando?

—¡Quién va a ser! Usted, con un palo.

—Y, ¿ahora?. —añadimos cambiando de mano el bastón.

—Usted mismo, pero con la otra mano.

Entregamos el bastón a uno de los ayudantes para que sea él el que verifique los contactos y añadimos:

—Vamos a ver, ¿quien te toca ahora, Ricardo?

—Ahora nadie.

Me apoyo en el hombro del que sostiene el bastón y antes de que formule la pregunta se me adelanta el sujeto:

—¡Ahora otra vez usted!... pero... ¡sí, sí, usted!... pero desde más lejos.

Repetimos varias veces la prueba con el mismo resultado. No interviniendo nosotros no se da cuenta de ningún contacto, por muy groseros que éstos sean.

—Nada vas a recordar de lo que en este sueño te ha acontecido. Dentro de unos instantes te despertaré. No experimentarás la más pequeña molestia y por el contrario, vas a sentirte notablemente aliviado del dolor que padeces.

Acto seguido, le despertamos mediante una orden formal.

—¡Despiértate!

La vuelta a la normalidad se hace de un modo suave. El sujeto no guarda el menor recuerdo de lo sucedido en la sesión y se muestra muy satisfecho al observar que el dolor de su costado ha aminorado notablemente.

Casos como el que acabamos de reseñar son bastante frecuentes. Generalmente los sujetos que ya en la primera sesión manifiestan síntomas de sonambulismo, progresan muy lentamente en las siguientes y resulta que,al fin de cuentas marchan más despacio que aquellos en que las manifestaciones sonambúlicas son más tardías.

El caso citado hizo excepción a esta regla, pues en sucesivas actuaciones con el mismo individuo se reveló como un sonámbulo maravilloso.

Observación 40.— A. Regenhart, suboficial de la Armada. Tomá parte en la batalla naval de Jutlandia, en la gran guerra europea. Desde entonces padece de un tic nervioso.

Sesión primera.— Procedemos a sumirle en sueño hipnótico para lo que empleamos el método mixto aconsejado a los discípulos en el capítulo correspondiente.

Luego de cuarenta y cinco minutos, entra en un sueño ligero en el que le dejamos descansar una hora, para despertarle transcurrido este tiempo.

Sesión segunda. — A los diez minutos de haber fijado su mirada en la nuestra cae en sueño.

La resolución muscular es completa. No se deja influenciar por las maniobras que realizamos para obtener atracciones y repulsiones magnéticas. La sugestión es ineficaz en absoluto. Absoluta insensibilidad por parte de la piel, que podemos atravesar con una aguja sin que el sujeto aprecie el pinchazo.

Estamos levemente fatigados por las numerosas hipnotizaciones hechas en este día y por ello no insistimos sobre él, despertándole.

Sesiones tercera, hasta la novena. — En todas ellas cae el sujeto en sueño letárgico, con las mismas características del observado en la segunda sesión.

Sesión décima. — En tres minutos cae en sueño, después de la fijación de la mirada.

Elevamos uno de los brazos del sujeto y observamos que las cosas han variado: Ya no cae a plomo al abandonarlo, como era la regla en los días anteriores. Ahora desciende lentamente para volver al lugar que ocupaba.

Toda la musculatura ha perdido la flacidez que ofrecía en las otras sesiones.

Probamos efectuar algunas atracciones y repulsiones magnéticas con resultado evidentemente positivo.

En vista de todo ello acudimos a probar la sugestibilidad.

—¿Siente usted mi presencia?

—Sí, señor.

—¿Me ve usted?

—No le veo, pero *le noto* mejor que si lo viera.

—Bien; voy a darle a usted mi mano. Pero le advierto que la tengo embadurnada con un barniz muy pegajoso.

Entrego mi mano al sujeto y éste comienza a hacer con la suya una serie de movimientos como si la tuviese adherida a la mía de una manera inevitable. Antes de separarla ordenamos con una contrasugestión adecuada.

—No se esfuerce usted —le decimos—. Ahora mismo traerán un poco de aceite y nos lo echarán en las manos para despegarlas.

—¡Es verdad! Se me han puesto más suaves que nunca —exclama al mismo tiempo que sonríe infantilmente.

Momentos después practicamos las sugestiones convenientes para que el despertar se verifique sin molestias de ningún género.

Un soplo dirigido suavemente a los párpados del dormido y varios pases transversales vuelven al sujeto a su estado normal.

Hemos expuesto aquí la observación de este caso, para señalar —al compararlo con el primeramente reseñado— las enormes diferencias que hay de unos a otros sujetos en cuanto al momento en que el sonambulismo hace su aparición espontáneamente.

Entre el prematuro sueño sonambúlico del primero de los sujetos citados y el muy tardío del segundo, se encuentran —como ya supondrá el discípulo— toda una serie de casos intermedios.

Terminaremos haciendo mención de un caso en que recurrimos a varias maniobras para conseguir el despertar del sonambulismo.

Observación 59, sesión primera. — H. Holmes, de veinticinco años de edad y de oficio tornero.

En su historia clínica se señalan como antecedentes dignos de ser tomados en cuenta el que dos hermanas padecían de ataques de histerismo, como asimismo el paciente.

Comenzamos —después de algunas pruebas destinadas a medir su grado de sugestibilidad— a dormirle, recurriendo a la fijación de su mirada en la nuestra y antes de dos minutos vemos sus pupilas entrar en midriásis, al mismo tiempo que la musculatura de todo el cuerpo adquiere una rigidez sintomática de la letargia catatónica.

Le dejamos en tal estado durante una hora y le despertamos.

Ningún recuerdo del sueño. Siente ligeramente pesada la cabeza, del mismo modo —dice— que al salir de uno de sus habituales ataques.

Sesión segunda. — La marcha de toda esta sesión fué exactamente igual y los fenómenos los mismos que se han dejado consignados para la precedente. Igualmente fué una hora el tiempo que dejamos dormido al sujeto.

Sesiones de la tercera a la 38. — Utilizamos en todas ellas el mismo proceder para conseguir el sueño. Los fenómenos de la letargia catatónica persistieron sin la menor alteración, siendo en todo momento nula la eficacia de cuantas sugestiones insinuamos.

En una de las últimas sesiones dejamos dormido al sujeto durante catorce horas y después de este tiempo pudimos comprobar que continuaba en el mismo estado letárgico de siempre.

Sesión 39. — Apenas dormido, procedemos a efectuar una presión sobre la glabela y el sincipucio del durmiente, presión que hacemos con los dedos medio y pulgar de nuestra mano derecha.

En muy pocos minutos cambia todo el cuadro sindrómico.

La rigidez muscular desaparece, las atracciones y repulsiones magnéticas —negativas hasta este momento— comienzan a presentarse. En una palabra, todo anuncia la entrada en el sonambulismo.

Las sugestiones también tienen la adecuada respuesta.

—Tome usted en sus manos esta barra de hierro —le decimos al tiempo de ofrecerle un trozo cilíndrico de madera—, pero con cuidado, porque ha estado sometida a una elevada temperatura y podría usted quemarse fácilmente.

El sujeto coge lo que le damos, pero inmediatamente lo abandona con el gesto del que experimenta una quemadura.

Desde este día, le sugestionamos en el sentido de que desapareciera la fase de letargia catatónica y en todas las sesiones que siguieron a la que acabamos de exponer se manifestó como un excelente sonámbulo.

El sujeto del caso que acabamos de describir pertenece, por *sus caracteres, a aquel grupo de individuos que solían frecuentar* en el hospital de la Salpetriére las salas de Charcot.

Éste, como aquellos, viene acompañado de un cortejo de antecedentes sintomáticos que bastan para incluirle entre los enfermos afectos de histerismo.

Ante la enorme proporción de casos semejantes observados por Charcot, no tiene nada de extraño que el eminente clínico francés llegase a considerar al hipnotismo como un síntoma más de la histeria.

A ello contribuía, en gran parte, el ver la analogía tan marcada existente entre ciertas formas letárgicas del ataque histérico y la letargia catatónica obtenida por la fijación de la mirada del sujeto en un objeto brillante.

Y, sin embargo, ahora mismo hemos visto con qué sencillez pueden traducirse al sonambulismo estados de letargia catatónica, tan intensos y tan persistentes como el observado por nosotros.

Es en casos como el de la observación citada, en los que debemos únicamente provocar la entrada en el sonambulismo, sin aguardar a su aparición espontánea.

SUGESTION EN GENERAL

Siendo la obediencia a las sugestiones emanadas del hipnotizador una de las características más esenciales ofrecidas por los sujetos en estado sonambúlico, vamos a abandonar por ahora el estudio de las restantes manifestaciones del sonambulismo, para ocuparnos previamente de la sugestión con todo el detalle que merece tan interesante apartado.

Podemos considerar la sugestión —de un modo general—, como el impulso sufrido por la mente de una persona ante la presión de la voluntad de otra que sobre ella actúe con intensidad suficiente.

Dentro de esta definición van englobadas todas las clases de sugestión que nos es dable realizar, puesto que en esencia toda sugestión no es sino la acción de mente a mente, acompañada o no de mecanismos que la refuercen, tales como la palabra, el gesto, la actitud, etc.

Se acostumbra a dividir y separar en dos apartados distintos la sugestión verbal y la sugestión mental, considerándolas como esencialmente diferentes. Esto sólo puede admitirse como un recurso que facilita la exposición y el estudio, ya que —como acabamos de decir— ambas son una misma cosa.

Pondremos algún ejemplo que lleve al ánimo del discípulo el convencimiento de la verdad de lo que afirmamos:

Ocurre corrientemente en la vida que una persona escucha el mismo consejo emitido por personas distintas, y, sin embargo, solamente se decide a acatarlo cuando las palabras con las cuales se expresa aquél vienen reforzadas por una acción mental que es la determinante. Es decir, que lo que aconsejado por A o por B no se estima ni se toma en cuenta, pero dicho por N adquiere un valor especial no sospechado hasta aquel momento.

Las palabras no son otra cosa que el vehículo encargado de transportar y de concretar la energía emitida por la mente.

Hasta tal punto es esto exacto, que todo aquel que haya llegado a adquirir una mediana experiencia sabe lo frecuente que es el hecho de que los sujetos en sonambulismo obedezcan a nuestro deseo mental, aun cuando verbalmente expresemos una sugestión contraria.

Hacemos estas aclaraciones para que cuando empleemos las expresiones "sugestión mental" y "sugestión verbal" quede bien en-

tendido que la segunda no es sino la primera, pero canalizada y dirigida por el lenguaje.

El imperio de la sugestión en el mundo se deja ver por todos lados. La mayor parte de los actos que los humanos creemos ejecutar por nosotros mismos, y fuera de toda influencia extraña, son en realidad productos complejísimos cuyo análisis nos llevaría a ver los enlaces y las relaciones que guardan con acciones que otras mentes han llevado a efecto.

"He observado en multitud de ocasiones —afirma sir Horacio Milton— que aquellas acciones que mi conciencia estimaba como procedentes de impulsos originados genuinamente en mí mismo, obedecían, en realidad, a influencias de fuentes distintas. Recuerdo a este respecto que desde mi infancia experimentaba una repugnancia invencible si en la comida figuraba como plato el puré de guisantes. Tenía veinticinco años cuando —de un modo inesperado— me vino el conocimiento de la motivación a que obedecía aquella especial repulsión. Leyendo un libro de Patología médica me enteré de que uno de los síntomas del tifus abdominal era una diarrea que se caracterizaba por su aspecto, *semejante al puré de guisantes*. En el mismo momento recordé un hecho que había permanecido oculto en mi memoria desde mi infancia: recordé que, siendo muy niño, mi hermano mayor, que cursaba la carrera de Medicina, gastó en la mesa una broma de mal gusto a propósito de aquella semejanza. Esta sugestión, que quedó borrada en apariencia, siguió un curso subterráneo durante veinte años. Cuando volvió a salir a la superficie determinó en mí el que desapareciera la repugnancia que hacia el alimento dicho había sentido hasta entonces."

Arthur Swedvea dice: "Estamos materialmente rodeados por invisible atmósfera mental que nos envuelve tan perfectamente como el aire ordinario. Y así como en el seno de éste se establecen movimientos y corrientes que pueden ser estudiadas como obedeciendo a leyes fijas, de la misma manera hay en el océano de la Mente una serie de cambios y de transformaciones que nos arrastan en determinadas direcciones, sin que de ello nos demos cabal cuenta. Así caminamos sugestionados por ocultos impulsos en la misma dirección, aceptando la mayoría las ideas impuestas por las mentes de los que actúan de directores, muchas veces desconociéndolo ellos mismos."

Es cierto: la relación entre los seres humanos se establece mediante la interinfluencia mental.

Lo mismo en los actos de carácter individual que en los de carácter colectivo, aparece la sugestión como motora de casi todos ellos.

Observad una multitud en un teatro, en un stadium, en un espectáculo cualquiera. Con la misma facilidad es arrastrada por el aplauso o por la censura de los que, dentro de ella, conserven su personalidad libre de la influencia gregaria.

Son unos pocos los promotores: los demás les siguen sugestionados, pero creyendo obrar con absoluta espntaneidad.

Y ¿qué decir de la influencia sugestionadora de la moda? Lo que hoy estimamos como del mayor gusto artístico, pasa mañana a ser motivo de risa y burla, sin perjuicio de que poco tiempo después vuelva a ser considerado del más depurado estilo.

De la influencia del libro y del periódico tenemos pruebas a cada momento. Hoy día es más poderoso y está mucho más cerca de la omnipotencia el propietario de un periódico de gran tirada que el jefe de un Estado puesto al frente de su ejército. Las sugestiones que el papel impreso ejerce sobre sus lectores obran sobre ellos con más fuerza que los cañones y los fusiles de la tropa.

Este poder de la sugestión —tan palpable siempre— llega a un grado que asombra cuando ejerce su acción sobre el organismo de los sujetos sometidos al sueño sonambúlico.

LA SUGESTION EN EL HIPNOTISMO

La sugestión sobre los sonámbulos puede llevarse a cabo, o bien durante los instantes que siguen a la emisión del mandato —dentro del sueño hipnótico—, o después de un plazo mayor o menor, y cuando el sujeto está ya desligado del sueño.

La palabra es un medio que nos sirve para concentrar nuestra atención y la del sujeto sobre el objeto de la sugestión. Por ello las llamadas sugestiones verbales o habladas son las más sencillas de realizar.

Para prescindir del lenguaje y sugestionar con éxito se requieren especiales condiciones por parte del sujeto y del experimentador.

Entre los occidentales —poco acostumbrados a ejercer el debido contralor sobre la propia mente— se creyó durante mucho tiempo que la sugestión mental era un fenómeno muy raro de hallar y desde luego se suponía que no cabía reproducirlo experimentalmente.

Hay que citar entre los primeros que supieron ver claro en este asunto a Marie, que en Francia llevó a cabo una serie de observaciones, de las cuales algunas —aunque pocas— no dejaban

lugar a duda sobre la realidad de la transmisión de mente a mente.

Poco después publicaba Ochorowicz su tratado sobre la Sugestión mental, libro lleno de observaciones efectuadas con un rigor y con una sagacidad que honran a su autor.

Desde este momento son muchos los continuadores que reproducen en sus sujetos cuanto el sabio ruso había conseguido en Europa por vez primera.

Y, sin embargo, en el mundo oriental la práctica de la sugestión mental contaba siglos de existencia.

En anteriores capítulos hemos reseñado alguna interesante experiencia de sugestión mental colectiva sobre personas colocadas en estado de vigilia. De esto puede deducirse el adelanto a que se habrá llegado en asuntos como el que ocupa nuestra atención en estos momentos.

No hace muchos años que dos beneméritos investigadores —los doctores Ruyard Smeling y J. Rooster—, miembros de número de la A. Am. de estudios metapsíquicos, consiguieron entablar relación con el maestro Arghy Ramatandra. En las memorias que dejaron escritas, referentes a varios interesantes asuntos de ocultismo, describen de la siguiente manera lo que pudieron ver acerca de la sugestión mental:

"...Las demostraciones que nos ofrecieron superan cuanto pudiera pedir el más exigente. Nunca pudimos sospechar hasta qué maravillosa perfección han llegado en el dominio de la mente. La cámara en que nos habían introducido medía unos cuatro metros de longitud por dos de ancho y otros tantos de altura. Las paredes de la misma estaban construídas de una piedra especial y eran dobles de tal suerte que en el interior de la estancia reinaba un silencio de tumba. La luz cenital alumbraba lo preciso para distinguir las personas y objetos, y aunque al principio parecía algo escasa, en cuanto la vista se habituaba a ella resultaba de un extraordinario agrado.

"El maestro comenzó por sumir al *txela* en sueño sonambúlico, lo que llevó a cabo sin recurrir a ninguna maniobra externa, simplemente por transmisión mental.

"Después tomó un libro en su mano y mientras leía, sin desplegar los labios, el discípulo iba repitiendo con la fidelidad de un eco lo visto por los ojos del maestro.

"Ante el asombro que demostramos nos invitó a repetir el experimento por nuestra cuenta.

"Nunca podré olvidar —continúa diciendo el doctor Rooster— el momento en que saqué del bolsillo un libro que acostumbraba leer por aquellos días en mis ratos de ocio. Con manos temblorosas

por la emoción del misterio, lo abrí a capricho y fijé la mirada en el primer renglón de una de las páginas. Tan rápida como mi lectura fué la interpretación del *txela:*

'—...*Every one is amused with reading a story*... Levanté la vista lleno de sorpresa, y el discípulo tornó a permanecer en silencio. Volví a la lectura y el sonámbulo a la repetición:

'—...*a romance may divert some, and a fairy tale may*...

"Lo que más nos impresionaba era la simultaneidad de la lectura y de su repetición, así como la absoluta fidelidad en el establecimiento de las pausas, todo lo cual hacía pensar en que la transmisión de lo leído por nosotros se hacía de manera instantánea..."

Como indicamos anteriormente, para llegar a la realización de sugestiones mentales bien establecidas es necesaria la concurrencia de especiales condiciones por parte del hipnotizador y del sujeto.

El primero necesita llegar a concentrar su pensamiento con una gran intensidad sobre aquello que vaya a transmitr. El segundo debe presentar una sugestibilidad bien acusada.

La práctica metódica y bien dirigida conduce a éxitos rotundos. El sugestionador deberá comenzar ejercitándose con sugestiones sencillas y acompañadas de su expresión verbal, y poco a poco irá prescindiendo del apoyo que el lenguaje le ofrezca, llegando así a la sugestión con la indicación de que su cometido se lleve a efecto dentro del sueño hipnótico. Más adelante se sugestionará pidiendo el cumplimiento del mandato para el despertar y, finalmente, se llegarán a poner en práctica las sugestiones a largo plazo.

Mejor que nada será la exposición de casos prácticos de nuestra experiencia particular, para que el estudiante tenga una norma acertada de conducta.

SUGESTIONES, DENTRO DEL SUEÑO SONAMBULICO ACOMPAÑADAS DE MANDATO VERBAL

A) Modificatorias de la motilidad

Observación 78, sesión tercera. — D. S., de treinta y cinco años, constitución débil, salud precaria, frecuentemente interrumpida por variados padecimientos.

En las dos primeras sesiones se consiguió un sueño bastante profundo recurriendo a la fijación de la mirada del sujeto en la nuestra y a los pases magnéticos, pero el sonambulismo no hizo su aparición hasta el dia de hoy.

Pedimos al paciente que nos diga si es grande la intensidad de su sueño y, a pesar de sus esfuerzos, no acierta a contestarnos. Cuando pretende hacerlo, la laringe comienza a efectuar excursiones de arriba abajo, el sujeto se inquieta, los labios se entreabren, pero ningún sonido emiten.

Aplicamos una de nuestras manos ante su cuello, diciéndole:

—Antes de cinco minutos encontrará usted que ha desaparecido su dificultad para hablarnos.

Pasado el tiempo dicho podemos sostener la conversación siguiente:

—¿Qué tal se encuentra usted ahora?

—Me hallo perfectamente.

—¿Duerme usted profundamente?

—Sí, señor.

—¿Siente usted alguna molestia?

—Ninguna.

—¿Siente usted algún deseo?

—Dormir... solamente dormir.

—Bien. Podrá usted dormir cuanto guste.

Colocamos una mano nuestra en su frente, sencilla maniobra que conduce a dar mayor profundidad al sueño, y después de pasado un cuarto de hora, procedemos a interrogarle nuevamente:

—¿Es mayor el sueño en este momento?

—Es muy profundo.

Llevamos la mano derecha del sujeto hasta su hombro izquierdo, en donde la dejamos apoyada y le sugestionamos:

—Esta mano no podrá perder su actual posición aun cuando usted se esfuerce en separarla. Permanecerá adherida al hombro hasta que yo intervenga haciendo que se separe.

La sugestión se cumple exactamente.

Cuando despertamos al sujeto, previa la contrasugestión adecuada y las correspondientes sugestiones de bienestar, no guarda el menor recuerdo de lo acaecido en la sesión.

El caso expuesto es de los más sencillos que hemos podido escoger. En él hemos actuado sobre el sujeto por medio de dos sugestiones principalmente. La primera al objeto de conseguir que el sujeto nos hablara. Es muy frecuente hallar esta dificultad a la emisión de sonidos, y siempre se corrige tan sencillamente como aquí. La segunda sugestión se ha dirigido a modificar la motilidad de ciertos grupos musculares.

Observación 112, sesión primera. — N. Gibson. Se trata de una jovencita de diez y siete años, que desde hace tres padece de unas hemicráneas rebeldes a todo tratamiento. Cuando procedemos a dormirla se halla molestada por una de estas crisis.

La ordenamos que fije su mirada en la nuestra, pero nos dice que esto aumenta su dolor, y, en vista de ello, la mandamos que cierre los ojos y procedemos a efectuar repetidos pases magnéticos, primero sobre su cabeza y después sobre el resto del cuerpo.

Después de quince minutos entra en sueño con todos los caracteres del sonambulismo.

—¿Duerme usted bien?

—¡Oh, muy bien! Apenas me duele.

Procedemos a sugestionarla curativamente:

—Todas las molestias que sentía van a desaparecer por completo. El dolor que ha experimentado hasta este momento se ausentará en breve totalmente. No piense usted más que en dormir profundamente.

Veinte minutos más tarde reanudamos nuestra actuación.

—¿Queda todavía alguna molestia?

—Ninguna. Me siento perfectamente bien.

En este momento presionamos ligeramente sobre una de sus manos con un pequeño punzón. La dormida retira vivamente la mano.

—¿Qué sucede?

—¡Que me han pinchado en la mano!

—No se preocupe por tan poca cosa.

—¡Es que me ha hecho daño!

—Bien: dentro de un momento volveré a pincharle con más fuerza que antes y no notará usted absolutamente nada, porque desde ahora mismo ha perdido usted toda la sensibilidad de esta región.

Efectivamente: a pesar de que las presiones verificadas posteriormente con el punzón son bastante enérgicas, la sujeto no parece percibirlas.

La dejamos dormida media hora más y la despertamos mediante un ligero soplo dirigido a sus párpados.

No hay memoria al despertar. Le queda un levísimo dolor de cabeza como resto de la fuerte jaqueca que presentaba momentos antes de dormirse.

Antes de ahora —al tratar de la exteriorización y transporte

a distancia de la sensibilidad del sujeto— pudimos ver que, con la misma facilidad que se consigue una anestesia por sugestión, se obtiene una hiperestesia, y hasta una exteriorización de la sensibilidad.

Vemos, pues, que mediante la sugestión (y también recurriendo a otros procederes) se consiguen profundas transformaciones de la función táctil, que llega a devenir de una delicadeza rayana en lo maravilloso.

Observación 49, sesión quinta. — F. J., de treinta y siete años. Es profesor de un colegio particular y hace dos meses que, como consecuencia de una fuerte impresión sufrida —pues vió morir a un sobrino suyo en dramáticas circunstancias— experimenta unas crisis nerviosas especiales en cuanto comienza a conversar con un niño cualquiera. Por esta razón ha abandonado temporalmente sus quehaceres y se ha sometido a la terapéutica hipnótico-sugestiva.

Sonámbulo desde la tercera sesión. En la correspondiente al día de hoy queda dormido inmediatamente que le decimos enérgicamente:

—¡¡Duérmase!!

Después de quince minutos, durante los cuales le dejamos abandonado a su sueño, procedemos a efectuar el siguiente experimento:

En dos tubos de vidrio, de los llamados de ensayo, colocamos, en uno, agua caliente (80°), y en el otro ,agua fría (5°). Después de haberlos cerrado con un tapón de caucho, se los damos al sujeto, encargándole que sostenga uno en cada mano.

—¿Cómo encuentras estos tubos que te acabo de entregar?

—El que sostiene mi mano derecha está muy caliente, pero el que me ha colocado usted en la izquierda está muy frío.

—Pues bien; dentro de un momento podrás ver que el de tu mano izquierda subirá la temperatura hasta ponerse al nivel del otro.

Pasados dos minutos exclama:

¡Tiene usted razón! ¡Cada vez lo siento más caliente!

Hemos podido observar que la piel del dorso de ambas manos se constelaba de pequeñas gotitas de sudor mientras ha durado la sugestión. Aunque desde el primer momento lo hemos atribuido (para el lado izquierdo) a un efecto sugerido, efectuamos la siguiente contraprueba:

—Continúa reteniendo los tubos en tus manos. Ahora los vas a encontrar extraordinariamente fríos.

Tan rápidamene como la vez anerior se cumple la nueva sugestión.

Pero ahora, lejos de presentarse la sudoración antes señalada, hay, por el contrario, una palidez indicadora de una vasoconstricción subsiguiente a la sugestión de frío.

Después de borrar el efecto de todas las sugestiones efectuadas, despertamos al sujeto recurriendo a la orden formal:

—¡¡Despiértate!!

No recuerda otra cosa que el haber dormido profunda y perfectamente.

Hemos comenzado en el caso que acabamos de narrar por conseguir el sueño exclusivamente por sugestión. Éste era el método que el célebre abate Faria —de cuyos trabajos ya hemos hablado en otra ocasión— utilizaba en sus actuaciones públicas por las plazas de París.

El poder de la sugestión sobre la sensibilidad al frío y al calor se ha manifestado en forma bien evidente.

A primera vista parece cosa muy sencilla el mecanismo de los cambios experimentados por la sensibilidad del sujeto.

Sólo cuando detenemos nuestra atención detallando las alteraciones tan complejas de los nervios vasomotores y de las terminaciones nerviosas sensoriales, nos damos cuenta de lo maravilloso que resulta el que causas al parecer tan insignificantes motiven resultados tan desproporcionados.

C) PRODUCTORAS DE ANESTESIAS Y ANALGESIAS

Observación 16, sesión tercera. — G. Joller. Es un muchacho de dieciocho años, estudiante de Medicina, que siente una gran afición hacia todo lo relacionado con la hipnosis. De complexión robusta y de salud excelente, se nos ha ofrecido espontáneamente para que experimentemos sobre él.

En la sesión primera, después de veinticinco minutos de fijación de su mirada en la nuestra, se duerme profundamente. Antes de caer en sueño lanza un grito angustioso, cuya causa no hemos conseguido conocer.

En la segunda sesión ocurre la entrada al sueño del mismo modo y aparece el sonambulismo. Aprovechamos la ocasión para pedirle que nos indique el por qué del grito inicial, pero dice que no se da cuenta de que lo ha lanzado. En vista de ello le sugestionamos en el sentido de que no vuelva a pronunciarlo.

Después de cinco minutos de fijeza de la mirada cae esta vez en sueño. Obediente a la sugestión dictada la víspera, no lanza

el grito acostumbrado, pero un profundo suspiro se escapa de su pecho cuando aquél se inicia.

Podemos comprobar la positividad de las atracciones y repulsiones magnéticas.

Aprecia los menores contactos ejercidos sobre su piel, quizá con una sensibilidad táctil más delicada que en estado de vigilia.

Preparamos una larga aguja de acero, de bastante grueso, esterilizándola mediante la ebullición.

A continuación le sugestionamos:

—Todo su brazo derecho va a devenir insensible. No solamente a los contactos superficiales y ligeros, sino también a los profundos. De cuanto hagamos en este brazo quedará usted sin enterarse.

Un minuto después friccionamos la piel del brazo con una torunda de algodón empapada en alcohol al objeto de llevar a cabo su esterilización.

Después tomamos la aguja en nuestra mano derecha, y con la izquierda pellizcamos la piel del brazo, y, posteriormente, atravesamos el pellizco, por su base, con la aguja.

A pesar de que nos hemos detenido bastantes segundos en atravesar la piel, por no estar la aguja bien afilada, nada nos ha mostrado el sujeto que pudiera dejar entrever un sufrimiento. Todo ha discurrido como si no hubiese tenido conciencia de lo que estábamos haciendo.

El interrogatorio a que le hemos sometido después ha sido éste:

—¿Sabe usted lo que hemos hecho?

—Ha estado usted hirviendo una aguja y después... luego ha cogido usted una bolita de algodón... y... no recuerdo más...

—¿No sientes ningún dolor en tu brazo derecho?

—Absolutamente ninguno.

—¿No recuerdas haber recibido algún pinchazo?

—No, señor.

—¿Te dabas cuenta de que tenías tu brazo derecho?

—Sí, señor.

—Pues entonces, aun no sintiendo dolor, te has tenido que dar cuenta de que te habíamos pinchado.

—Habrá usted pinchado en otro lugar. En mi brazo, estoy seguro de que no.

En vista de lo que nos responde, comenzamos a explorar la sensibilidad de ambos brazos, haciendo un estudio comparativo. De ello resulta que existe en el derecho una zona de absoluta anestesia y analgesia, que se extiende desde la muñeca hasta las proximidades del hombro.

Ante la afirmación del sujeto de que se da cuenta de la presencia de su brazo, pensamos en la posibilidad de un traslado de la sensibilidad, y para comprobarlo herimos con la aguja las proximidades de aquél.

Al llegar esta excursión exploratoria al costado derecho del sujeto, observamos, a escasos centímetros de él, la existencia de una zona *de aire* que, al ser presionada con la punta de la aguja, motiva una exclamación dolorosa por parte del sujeto, quien dice:

—¡Ahí me hace usted daño!

—¿En dónde?

—*En el brazo derecho.*

Con un estudio cuidadoso de la región en donde aparece el fenómeno, llegamos a delimitarla, viendo entonces que tiene una extensión y una forma análogas a la zona del brazo en que la anestesia se había producido.

Debemos advertir que antes de realizar la sugestión de insensibilidad el brazo ocupaba la región en que posteriormente hemos encontrado respuesta a los pinchazos. Después, con objeto de facilitar la experiencia, hubimos de separar el brazo del costado y apoyarlo en una mesita que situamos al lado del sujeto.

Borramos todas las sugestiones llevadas a cabo en el transcurso de la sesión, y después de unos minutos, durante los cuales le dejamos reposando tranquilamente, procedemos a despertarle.

No conserva ningún recuerdo de lo acontecido.

El sujeto sobre que ha recaído la anterior experiencia nos ha servido para demostrar de una manera evidente la posibilidad de obtener anestesias y analgesias absolutas recurriendo a las influencias sugestivas.

Además, ha puesto una vez más de manifiesto el grave error que se comete cuando se hacen observaciones superficiales y poco detenidas.

Todo parecía indicar a primera vista la existencia de una anestesia como único efecto. Y he aquí que, al insistir en la exploración, llegamos a comprobar que la sensibilidad se ha trasladado, como si se tratara de algo material, susceptible de moverse bajo el influjo de una orden nuestra.

Posteriormente a la fecha en que hicimos la observación, tuvimos ocasión de entrevistarnos en Londres con el arghy Gahatma.

Las sospechas que entonces habíamos concebido acerca de la posibilidad de una exteriorización y de un traslado de la sensibilidad, se transformaron en una certeza absoluta ante la brillante demostración que nos ofreció el gran maestro.

Procedió a nuestra presencia sobre uno de los criados que le acompañaban en la siguiente forma:

El criado se sentó en un rincón de mi despacho, sobre una almohadilla, a usanza oriental.

Arghy Gahatma se colocó a dos metros de aquél, de pie, y extendió sus brazos en la clásica actitud de imposición.

A los diez minutos continuaban —aparentemente— las cosas sin modificarse. Pero en tal momento, al acercarme hacia el criado, me convencí de que dormía profundamente.

Arghy Gahatma se aproximó, sin abandonar su postura, y llegó hasta el lugar donde estaba su servidor. Luego pasó a situarse a su *izquierda y descendió sus manos en dirección* al durmiente, proyectándolas hacia él con los dedos reunidos en figura de cono. Así estuvo unos cinco minutos más, transcurridos los cuales me dirigió la palabra, indicándome que todo estaba dispuesto.

Acto seguido pude comprobar, en primer término, la absoluta insensibilidad existente a nivel de la piel del sujeto.

En cambio, al lado izquierdo del mismo existía como *un fantasma sensible*, como un segundo yo físico, pero invisible, del criado, que respondía a los menores estímulos.

Hoy día —con los trabajos llevados a cabo por De Rochas, en Europa—, las transferencias de la sensibilidad han sido conseguidas muchas veces utilizando la influencia desplegada por los pases magnéticos muy repetidos.

Observación 158, *sesión primera.* — Eddie Goodsmit, de treinta y tres años de edad. Se trata de una histérica en trance de parto, que se halla asistida por un colega y amigo que solicita nuestra colaboración para conseguir tranquilizar a la enferma, cuyo estado de desasosiego ha atemorizado a toda la familia.

Cuando llego, está entrando el parto en período expulsivo.

Muestro a la enferma mi termómetro, en cuya cubeta la ruego que fije su mirada, después de haberlo colocado próximo y por encima de sus ojos. Le aseguro que si me obedece todas sus molestias y todos sus dolores desaparecían en breve plazo.

A los diez minutos comienza a parpadear y, a pesar de que los dolores continúan, persiste entrando en sueño, el cual acaba por invadirla profundamente después de un cuarto de hora.

Todos los caracteres de su sueño corresponden al sonambulismo. Sin embargo, no responde a nuestras primeras preguntas, por lo cual colocamos una mano sobre su garganta, indicándola que podrá hablar sin ninguna dificultad.

—¿Qué tal se encuentra usted?

—Bien.

—¿Es tranquilo su sueño?

—Sí, señor; pero preferiría dormir más todavía.

—Pues será como usted desea.

A continuación la dirigimos varias sugestiones destinadas a conseguir una mayor profundidad del sueño, y después volvemos a interrogarla:

—¿Duerme usted ahora lo bastante?

—Sé, señor, y me encuentro perfectamente.

Esperamos que llegue una contracción uterina para seguir preguntando:

—¿Siente usted algún dolor?

—*No, señor.*

—¿No nota usted nada?

—¡Oh, sí! Esto marcha muy bien. Noto cómo va saliendo lentamente, pero avanzando siempre, algo.

Después de unos minutos de silencio habla de nuevo sin que haya mediado ninguna pregunta ni indicación por nuestra parte:

—¡Falta muy poco, muy poco! Pronto estará todo terminado satisfactoriamente... ¡Es un niño, un niño muy hermoso y muy rubio!... Pero tendrán ustedes que hacerlo respirar moviéndole los brazos... ¡No dejen ustedes de hacerlo!...

Ante esta extraña indicación quedamos algo confusos. Minutos después el parto tenía lugar. El recién nacido —muy rubio y de mucho peso— vino al mundo con varias vueltas del cordón umbilical al cuello, motivo por el cual nació ligeramente asfíctico, necesitando algunos movimientos de respiración artificial.

Seguidamente al parto llegó el alumbramiento y después de acabados ambos la despertamos. No tenía el menor recuerdo de lo que había sucedido en el tiempo que parmaneció sometida a la hipnosis.

He aquí una interesante observación desde varios puntos de vista.

La parturienta, sin llegar a una completa anestesia, ha permanecido con una analgesia absoluta en el tiempo que ha durado *el* sueño que en *ella* provocamos.

Aquí no se podrá dudar de la eficacia ni tampoco pensar que una enferma hasta entonces excitadísima dejara de quejarse por completo por dar brillo al experimento.

Pero además hay otro detalle que ya habrá llamado la atención al discípulo: nos referimos a la curiosa premonición dictada por la enferma, acerca de las particularidades que concurrirían en el sexo y en el color de su hijo y sobre todo culminante en la advertencia relativa a la necesidad en que habíamos de vernos de practicar la respiración artificial.

Pero no insistimos en ello por no ser motivo actual de estudio para nosotros.

D) Modificadoras de las secreciones

Observación 11, sesión sexta. — H. N., de diecinueve años, y de oficio encuadernador.

Padece desde su infancia de unas crisis periódicas de catalepsia durante las cuales permanece en la cama con el aspecto de un durmiente en sueño natural, varios días seguidos.

En las dos primeras sesiones tan sólo conseguimos obtener un sueño muy ligero y de aspecto cataléptico.

En la tercera llegó a un mayor grado de profundidad y desde la cuarta aparecieron espontáneamente, fenómenos correspondientes al sonambulismo.

Queda dormido en siete minutos, después de fijar su mirada en la mía.Antes de dormirse hemos estado hablando del calor de estos días y el sujeto me ha dicho que él lo soportaría mucho mejor si pudiera sudar.

Ponemos en práctica la siguiente sugestión:

—Antes me ha dicho usted, amigo Harold, que el calor sería para usted muy tolerable si fuera de esas personas que sudan con facilidad. Pues bien: va usted a conseguir su deseo. Dentro de unos segundos sentirá su piel cubierta de un sudor abundantísimo, tanto que acabará por serle molesto y acabará suplicándome que lo corte.

Muy pocos minutos más tarde se manifiestan las primeras gotas de la secreción sudoral, cubriendo la frente del sujeto.

Al cuarto de hora se halla todo él bañado en sudor.

—¿Qué tal se encuentra, Harold?

—¡Como si estuviera metido en un horno! ¡Es insoportable!

—Pero está usted sudando y eso era lo que deseaba.

—Es verdad; pero hasta este extremo resulta muy desagradable. Le agradecería mucho si fuera usted tan amable que me disminuya algo esta molestia.

—No hay inconveniente. Pero si deja de sudar vendrá una compensación. Todo el líquido que ahora elimina por la piel tendrá que salir con la saliva.

—Creo que sería preferible.

—Pues así sea, ya que lo prefiere.

En un corto espacio de tiempo desaparece el abundante sudor que bañaba el cuerpo del sujeto y desde el momento que el cambio se establece comienza a escupir con mucha frecuencia grandes cantidades de saliva poco viscosa.

Muy pronto reclama nuestra intervención para que cese el molesto y continuo salival.

—Esto es todavía más desagradable que lo de antes. Le suplico que lo evite usted lo antes que pueda.

—Esté usted tranquilo. Antes de un minuto todas estas molestias habrán terminado y podrá dormir un buen rato para que despierte sin fatiga ni malestar de ninguna especie.

Después de media hora dedicada al descanso le despertamos sin que nada recuerde de lo que pasó en el tiempo que permaneció dormido.

A medida que vamos avanzando en el estudio y exposición de estas experiencias, podrá darse cuenta el discípulo del enorme poder de la sugestión.

Las acciones logradas para las secreciones sudoral y salival, pueden hacerse extensivas a cualquier otra secreción del organismo.

E) Modificadoras de las funciones digestivas

Observación 29, sesión 17. — D. R., de veintiséis años de edad, y de profesión pintor. Entró en el hospital en la sala a nuestro cargo, para curarse una intoxicación de origen profesional

Ciertos trastornos nerviosos que subsiguieron a su enfermedad se le tratan mediante la hipnoterapia. Es un excelente sonámbulo desde la sesión cuarta.

Al dormirle en el día de hoy procedemos como vamos a indicar.

Llegamos ante su cama y al ver que va a dirigirnos la palabra le ordenamos:

—¡Duérmete!

El resultado es inmediato.

El sujeto cae instantáneamente en un sueño sonambúlico. Le interrogamos:

—¿Qué querías decirme cuando me acercaba a tu cama?

—Quería indicarle que no me encontraba bien, sin saber a qué atribuir el malestar, pero ahora ya sé el motivo.

—¿Qué es lo que te sucede?

—Que me pesa mucho el estómago.

—Y, ¿dices que sabes la causa?

—Sí, señor.

—Veámosla y si es posible te curaremos.

—Es que se me ha indigestado la comida. No quiere pasar del estómago. Creo que si la echara fuera me quedaría perfectamente.

Después de preparar lo necesario, le colocamos un cubo delante y le decimos.

—Dentro de dos minutos vomitarás ese alimento cuya digestión te está perturbando.

Efectivamente, la sugestión se cumple al pie de la letra.

—¿Cómo te encuentras ahora? —le decimos momentos después.

—Muy bien; estoy como si nada me hubiera sucedido.

Después de unos minutos de sueño y de efectuar varias sugestiones de bienestar le despertamos y nos dice en seguida que se encuentra *como nuevo.*

Observación 92, sesión 18. — El mismo sujeto de la observación que acabamos de referir. Utilizando la fijación de su mirada en la nuestra cae en sueño sonambúlico instantáneamente.

Deseando completar los datos conseguidos en la sesión antedicha actuamos en la siguiente forma:

—¿Tienes apetito? —le interrogamos.

—¡Pssh...!, poca cosa.

—Pues dentro de cinco minutos vas a sentir un hambre devoradora.

Transcurrido este tiempo, comienza el sujeto a pasarse la lengua por los labios y a hacer movimientos como si paladeara alguna cosa.

—¡Caramba! ¡Tenía usted razón! ¡Se me ha despertado un apetito...!.

Después de unos segundos continúa diciendo:

—¿No habrá por ahí cualquier cosilla, aunque sea un pedazo de pan?

Accedemos a su petición y devora un panecillo con verdadera ansia, como si fueran muchas las horas pasadas sin tomar alimento.

Cuando termina de comer el pan, le sugestionamos de nuevo:

—Ahora te va a ser necesario beber una buena cantidad de agua, porque ese alimento que acabas de ingerir te producirá en seguida una sed ardiente.

La nueva sugestión es obedecida del mismo modo que la primera.

Media hora después procedemos a despertarle, lo que acontece sin que conserve memoria de nada de cuanto hemos hecho.

En otros varios sujetos hemos procedido actuando sugestivamente sobre las distintas funciones del tubo digestivo y la obediencia ha sido tan evidente como para los casos reseñados.

F) Modificadoras de la función respiratoria

Observación 71, sesión primera. — Florence Smith, de dieciocho años de edad, costurera de oficio.

Hace siete días que la vengo tratando una pleurodinia por los procedimientos clásicos, sin que la sintomatología ceda totalmente al tratamiento.

Persiste una respiración superficial frecuente y el dolor no acaba de desaparecer. Al visitarla el día de hoy nos suplica que acabemos de curarla durmiéndola, como hemos hecho con una amiga y vecina suya que padecía de una neuritis.

No hallando contraindicación en ello, procedemos a sumirla en sueño.

Fijamos en la nuestra su mirada y después de veinticinco minutos se inician los cambios pupilares y el parpadeo precursor del sueño. Ocho minutos más tarde la enferma se halla en fase de una ligera letargia persistiendo en el mismo estado toda la sesión. La despertamos.

Sesión segunda. — En vista de que no hay variaciones en lo obtenido espontáneamente y deseando venga el sonambulismo para poder efectuar las sugestiones curativas, lo provocamos nosotros.

Con tal objeto presionamos suavemente la glabela de la enferma y muy pronto la musculatura adquiere la tonicidad propia de los estados sonambúlicos.

A continuación efectuamos varios pases magnéticos sobre la cabeza de la enferma, comenzando en seguida a interrogarla:

—¿En qué lugar siente usted dolor?

—Aquí (llevando su mano al costado derecho).

—¿Le duele a usted en todo momento?

—Siempre siento un dolor lento, pero sobre todo se acentúa al respirar.

—Respire usted sin miedo.

—No puedo —responde, después de intentarlo— me duele mucho en cuanto respiro con fuerza.

—Eso, efectivamente, es lo que le ha venido ocurriendo a usted hasta ahora; pero desde este momento las cosas han cambiado por completo. Podrá usted respirar libremente y sin ningún cuidado puesto que el dolor no ha de molestarla ni poco ni mucho.

Obediente a la influencia sugerida, la enferma respira lenta y profundamente, sin que en sus facciones haya nada que recuerde al sufrimiento.

Las sugestiones efectuadas sobre la enferma que acabamos de ver han tenido un carácter mixto, debido a que obedecíamos, al formularlas, a un móvil terapéutico. De aquí que para conseguir nuestro objeto hayamos comenzado por sugerir la analgesia previa y en segundo lugar el ritmo y profundidad respiratorias, estimando este orden más sencillo y adecuado a lo que queríamos obtener.

G) Modificadoras de la función cardio-vascular

Observación 92 (ya citada), *sesión 23.* — Antes de dormirle hacemos un recuento de las pulsaciones que tiene por minuto el sujeto. Son 72 estando sentado en una silla.

Por fijación de su mirada en la nuestra entra instantáneamente en sueño sonambúlico que profundizamos mediante varios pases magnéticos.

A los pocos minutos volvemos a contar las pulsaciones. Su número ha aumentado ligeramente. Alcanzando la cifra de 75.

Inmediatamente intervenimos sugestionándole del siguiente modo:

—Tienes el pulso ligeramente agitado y es preciso que se normalice. Para ello tu corazón latirá desde este momento menor número de veces por minuto. *Piensa intensamente en ello.*

Esperamos que pasen cuatro minutos y volvemos a efectuar un recuento de las pulsaciones. La cifra obtenida es la de 68, es decir, hay una diferencia en menos de siete pulsaciones por cada minuto como unidad de tiempo.

Insistimos en la sugestión:

—Todavía tiene que tranquilizarse más tu corazón. Tiene que disminuir progresivamente el número de sus latidos hasta que yo ordene lo contrario. *Piensa intensamente en ello.*

Cada cuatro minutos contamos las pulsaciones. He aquí el resultado de la experiencia; comprendidas las dos cifras ya citadas:

6 y 25	75
6 y 29	68
6 y 33	62
6 y 37	57
6 y 41	52
6 y 44	47
6 y 45	47
6 y 49	42
6 y 53	39
6 y 57	36

Este descenso tan considerable del número de pulsaciones no se traduce por ningún signo que haga pensar en una perturbación de la salud del sujeto.

Sin embargo, suspendemos prudentemente una experiencia que prolongada indefinidamente pudiera quizá ocasionar trastornos en el organismo del hipnotizado.

Durante el tiempo que ha durado hemos auscultado varias veces el corazón del sujeto, pudiendo observar que el número de sus latidos era idéntico al de pulsaciones en un momento dado.

Al llegar al número de 36 pulsaciones por minuto, hemos hecho la siguiente sugestión:

—Ahora que tu corazón ha descansado, otra vez llegará, también de una manera progresiva a la cifra normal de sus movimientos. *Piensa intensamente en ello.*

Nuevamente cronometramos cada cuatro minutos, siendo el siguiente el resultado del nuevo recuento:

6 y 58	38
7 y 2	56
7 y 6	70
7 y 10	70
7 y 14	71
7 y 18	71
7 y 22	72
7 y 26	72
7 y 30	72

Tampoco ahora hemos podido ver nada que revele al exterior el profundo cambio experimentado en el sistema cardiovascular del sujeto.

El discípulo podrá observar que en la sugestión conducente a obtener el descenso del número de latidos cardíacos las cosas se verifican muy gradualmente, siendo las siguientes las diferencias de un recuento a otro:

3—6—5—5—5—5—3—3

En cambio, al proceder a la inversa; es decir, al emitir la sugestión de retorno a la normalidad, no ocurren las cosas del mismo modo. Lejos de encontrar una gradación tan suave, llaman la atención las brusquedades del tránsito. Parece como si de repente desapareciera una acción frenadora existente hasta entonces.

18—14—0—1—0—1—0—0

Puede decirse que, prácticamente, en los ocho primeros minutos se alcanza la cifra normal para el sujeto sometido a la experiencia.

Después de cinco minutos de sueño tranquilo hacemos las correspondientes sugestiones de bienestar y despertamos al sujeto. Ninguna memoria de lo sucedido.

Seguramente en pocas experiencias, podríamos asegurar que en ninguna, quedará tan patentemente manifiesta la eficacia y la verdad de las sugestiones.

Mientras los mandatos eran tales que para su logro fuese bastante el deseo de realizarlos de parte de los sujetos, los espíritus incrédulos no saldrían de su duda. Pero en el caso presente (caso que hemos visto repetido en cuantos sonámbulos lo intentamos) se trata de modificar el ritmo de un órgano —como el corazón— que en la inmensa mayoría de las personas es influenciable por la voluntad.

Los pocos casos que se registran de individuos que han ejercido acciones voluntarias sobre su órgano cardíaco se colocaban, para efectuar sus demostraciones, en estados de autohipnosis, a los que había precedido un período de autosugestión.

Tal es el caso del profesor Mackinnes que a fines del siglo pasado llamó la atención en los Estados Unidos, y otro tanto di-

ríamos del de un desgraciado coronel inglés, quien afirmaba que conseguía detener su corazón por completo durante unos segundos, solamente con el deseo voluntario firme de que así ocurriese. En una de estas experiencias perdió la vida. El corazón, detenido por la voluntad de su dueño, no volvió a moverse.

H) Modificadoras de las funciones anímicas

Observación 97, sesión 34. — David George, de veinticinco años de edad. Curado por hipnoterapia de un tic que padecía desde su estancia en las trincheras de la gran guerra europea.

Desde la quinta sesión presentó un sonambulismo muy marcado.

Sujeto muy sensible a las influencias sugestivas y a las magnéticas.

En el día de hoy no le dormimos, sino que procedemos a interrogarle estando despierto para estudiar los cambios que su memoria sufre al pasar al sonambulismo.

Sesión 35. — Tiene lugar quince días después de la sesión precedente. El sujeto no tiene la más leve sospecha del género de experiencia que vamos a llevar a cabo.

Por fijación de su mirada en la nuestra, seguida de varios pases magnéticos, conseguimos en tres minutos que aparezca un sueño de mucha intensidad y con todos los caracteres del sonambulismo.

Repetimos en este estado el interrogatorio de la vez anterior, que detallamos a continuación para que puedan ser apreciadas las diferencias:

Preguntas	Respuestas en estado de vigilia	Respuesta en estado de sonambulismo
¿En qué año nació? ..	En el 18..., en el 1893 (erróneo)	El año de 1894 (exacto).
¿Cuántos años tiene su padre?	No recuerda	Sesenta y tres (exacto)
¿Cuántos años tiene su madre?	No recuerda	
¿Qué día ingresó en filas?	El mes de julio de 1914	17 de julio de 1914 (exacto)
¿En qué fecha le movilizaron?	El mes de septiembre de 1914	21 de septiembre de 1914 (exacto)
¿Cómo se llamaba el coronel de su regimiento?	No recuerda	Sir John Holmes (exacto)
¿Cómo se llamaba el capitán de su compañía?	Oliverio Green (exacto)	Oliverio Green
¿En qué fechas fué citado en la Orden del día?	La primera en 8 de diciembre de 1914. Después, en los meses de marzo y agosto de 1915	8 de diciembre de 1914, 3 de marzo de 1915 y 16 de agosto de 1915 (exacto)
¿En qué fecha resultó herido?	1º de septiembre de 1915 (exacto)	1 de septiembre de 1915
¿Cuál era el número de la sala del hospital en que le operaron?	7 (exacto)	7
¿Cuál era el número de la cama que ocupaba?	19 (exacto)	19
¿Cómo se llamaba el médico encargado de la sala?	Thiguera (erróneo) ...	Texeira (exacto)

Preguntas	Respuesta en estado de vigilia	Respuesta en estado de sonambulismo
¿De qué nacionalidad era?	Española (erróneo)	Portuguesa (exacto)
¿En qué fecha le dieron de alta de sus heridas?	En la primera quincena de noviembre de 1915	El 9 de noviembre (exacto)
¿En qué fecha volvió usted a incorporarse a su regimiento? ...	A mediados de diciembre	El 13 de diciembre (exacto)
¿Cuándo se sintió usted enfermo por vez primera del tic, por el que le repatriaron?	En el mes de enero de 1916	El 11 de enero de 1916 (incomprobable)
¿En qué fecha reingresó en el hospital para ser observado? .	Pocos días después ..	El día 18 del mismo mes (exacto)
¿Cuánto tiempo permaneció usted allí? ...	Un mes próximamente	Cuarenta y dos días (exacto)
¿En qué fecha fué licenciado?	No recuerda exactamente	25 de marzo de 1916 (exacto)
¿En qué fecha abandonó usted definitivamente el suelo francés para venir a Inglaterra?	A primeras de abril de 1916	El 3 de abril de 1916 (exacto)
¿En qué fecha vino usted por vez primera a la consulta?	A mediados de mayo	El día 7 de mayo (exacto)

Preguntas	Respuestas en estado de vigilia	Respuestas en estado de sonambulismo
¿Qué personas había esperando en la sala de recibir ese día?	Había bastante gente. Pero como ha pasado el tiempo no me es posible recordar.	Estaban esperando: un señor anciano, con barba muy blanca, que venía acompañado de otro, como de unos cuarenta años, apoyado en unas muletas Dos niños pequeños, vestidos de blanco, con una señora de luto, que debía sufrir alguna pena, pues a cada momento se llevaba un pañuelo a los ojos para enjugarse las lágrimas Y un señor —muy moreno— que vestía un uniforme azul, lleno de botones dorados y con unas anclas de oro bordadas en las solapas (exacto)

Aun sin entrar a detallar las particularidades que ofrece el estudio del interrogatorio que antecede, saltan a la vista las notables diferencias entre las respuestas conseguidas en estado de vigilia, y las escuchadas durante el sueño sonambúlico.

En las primeras el tanto por ciento de errores y de olvidos alcanza el número de 32. Entre las segundas no ha habido un solo error.

Además, la mayoría de los aciertos cuando ha respondido despierto carecían de precisión, sobre todo al señalar fechas. En cambio, las contestaciones en el sueño sonambúlico resultan admirablemente precisas.

Terminadas las preguntas hemos despertado al sujeto y nada ha quedado en su recuerdo de cuanto hemos hablado.

Tenemos que advertir que al hacer al sujeto nuestras preguntas mientras estaba en sueño, en muchas de ellas permanecía sin dar una respuesta hasta que influíamos por sugestión, diciéndole:

—Piense usted bien en lo que le pregunto y acabará por encontrarlo en su memoria. Después de cada sugestión de éstas, el sujeto parecía buscar en los estratos más profundos de su recuerdo, como el pescador de perlas después de aprovisionar de aire sus pulmones, se lanza al fondo del mar en busca de la ostra perlífera.

Más adelante tendremos ocasión de ver las modificaciones que en la memoria causan la aplicación de ciertas prácticas magnéticas.

Observación 93, sesión 27. — Henry Dodson, de veintiocho años de edad, y de profesión mecánico electricista. Desde hace varios años experimenta con relativa frecuencia crisis de sonambulismo, durante las cuales verifica actos tan complejos que en realidad corresponden a una segunda personalidad del sujeto, personalidad de cuya conducta no se da cuenta la normal del individuo, más que por las muy enojosas consecuencias que le ha acarreado en varias ocasiones.

Poco antes de haber venido a visitarnos por vez primera, le sucedió lo siguiente:

Trabajaba en una fábrica de material eléctrico, ocupando un puesto de gran confianza ganado con su laboriosidad y honradez.

En esto ocurrió un robo en la oficina de proyectos, aneja a la fábrica. Los ladrones no se llevaron —como pudieron haberlo hecho— nada del dinero que encerraba uno de los cajones de la mesa de despacho.

Pero escaparon con algo de más valor para los propietarios. Huyeron llevándose unos proyectos de un invento de cuya explotación esperaban grandes rendimientos.

Todas las pesquisas realizadas por la policía resultaron totalmente infructuosas. No se consiguió obtener el menor rastro que pusiera sobre la pista de los autores de la substracción.

Pasó el tiempo y ya se habían resignado a la pérdida los dueños de la fábrica, cuando recibieron la visita de un detective particular que se ofreció a descubrir a los autores del hecho.

Aceptados sus servicios comenzó por pedir una lista de los obreros y empleados en la que constaran nombres y domicilios.

Muy pocos días después el detective comunicaba sus sospechas acerca de la posibilidad de que Dodson fuera el ladrón.

Los propietarios rechazaron abiertamente desde el primer momento la hipótesis del policía, pero era tal la seguridad de éste que acabaron por dudar de la honradez de aquél.

Efectivamente: pocas noches después Dodson era sorprendido con las manos en la masa, como vulgarmente se dice. Le detuvieron en un sótano que tenía alquilado y adonde acudía por las noches. Allí estaban los planos del invento desaparecido.

Por una bondadosa condescendencia de los fabricantes, Dodson no fué denunciado, pero se le hizo saber aquella misma noche que no debía volver a la fábrica, orden que el interesado escuchó con el mayor asombro pintado en su semblante.

Cual no sería la sorpresa de aquéllos al ver que Dodson volvía a la fábrica al día siguiente; pero esta sorpresa subió de punto cuando vieron que el autor de la substracción —alardeando de un cinismo inaudito— negaba toda participación en el hecho de la desaparición del proyecto.

Ante lo obstinado de una negativa que sólo podía traer para quien la sostenía muchos y graves perjuicios a cambio de ninguna ventaja, el detective, V... pensó en la posibilidad de un caso parecido a otro que habíamos visto juntos recientemente.

En vista de ello, comunicó lo que pensaba a los patronos y éstos invitaron a Dodson a demostrar su inocencia prestándose a ser hipnotizado, cosa a la que accedió gustoso en cuanto se la propusieron.

Efectivamente: el sonambulismo en que cayó a los cinco minutos de haber fijado su mirada en la nuestra nos dió la clave de todo. Se trataba de un verdadero desdoblamiento de la personalidad.

A petición del mismo Dodson emprendimos un tratamiento hipnótico-sugestivo. Merced a él lleva ya tres meses sin que se haya presentado ninguna nueva crisis.

En la sesión de hoy cae en sueño instantáneamente después de la orden formal:

—¡Duérmete!

Profundizamos el sueño obtenido utilizando el poder de varios pases magnéticos verificados primero sobre la frente, después sobre las extremidades del sujeto.

A los seis minutos la intensidad del sueño es grande y todos sus caracteres corresponden a los del sonambulismo.

—Dentro de breves momentos te vas a sentir transformado. Te encontrarás, como por arte de encantamiento, dirigiendo una orquesta, porque tu verdadera vocación es la música. *Piensa intensamente en ello.*

La sugestión se realiza con una fidelidad que sin exageración pudiéramos calificar de asombrosa.

Toda la mímica desarrollada por el sonámbulo está en armonía con la sugestión que acabamos de emitir.

Las manos trazan en el aire las varias fases correspondientes al compás de una música imaginaria.

La cabeza se mueve como obedeciendo al ritmo de una orquesta obediente, colocada bajo su dirección.

El gesto, las actitudes, los menores movimientos, todo en una palabra, da una sensación de realidad extraordinaria.

Después de sugestionarle para que cese en el anterior mandato le dejamos que descanse en sueño durante cinco minutos y luego de transcurridos éstos, le invitamos a cumplir la siguiente orden:

—Vas a sentirte ahora cambiado en un monje lleno de fervor místico. *Piensa intensamente en ello.*

A los dos minutos de efectuada la sugestión anterior se levanta el sujeto de su silla y después de dar varios pasos por la habitación se detiene delante de un armario y cae de rodillas, como los fieles ante el altar.

Abre sus brazos en cruz y eleva su cabeza hacia el cielo. Su rostro revela en ese momento una profunda emoción religiosa.

Después entrecruza los dedos de ambas manos en actitud orante, un rictus doloroso altera la serenidad anterior, dos lágrimas brillan en las carúnculas y sus labios tiemblan al dejar paso a una plegaria...

No cabe la mayor exactitud. Un histrión que fuera capaz de tales identificaciones con las personas a quienes pretende dar vida, entusiasmaría a las multitudes que presenciaran su trabajo.

Enviamos al sujeto una contrasugestión adecuada antes de salir del sueño.

Despierto no hay la menor noción de todos los acontecimientos referidos.

La observación que acabamos de detallar muestra la influencia tan decidida que tienen las sugestiones sobre la imaginación de los sujetos.

Sobre otros sujetos hemos dirigido sugestiones de una variedad infinita y del género de las que acabamos de exponer. Todas se cumplen con la misma exactitud, con la misma fidelidad. Si alguna rara vez aparece una pequeña resistencia de parte de los sujetos,

basta insistir con energía e inmediatamente viene el cumplimiento de la orden.

Debemos hacer una advertencia para que los discípulos no caigan en un error bastante frecuente y del cual hemos visto adolecer a buen número de experimentadores.

Nos referimos a la malsana tendencia a sugestionar órdenes terroríficas a los dormidos. Además de que revela una infantil puerilidad el dar más importancia a una sugestión aparatosamente trágica que a otra tranquila, se debe tener en cuenta que los fuertes choques producidos sobre la mente por emociones terroríficas, no pueden por menos de perturbar en alguna medida el sistema nervioso de nuestros sonámbulos.

I) MODIFICADORAS DE LAS FUNCIONES DE LOS SENTIDOS

Observación 24, sesión 22. — D. S., de veinte años de edad, enfermero del hospital. Se ofrece voluntariamente a que experimentemos sobre él.

Es un caso de presentación tardía del sonambulismo, pues hasta la sesión catorce no manifestó los síntomas propios de este estado.

Actualmente es un excelente sonámbulo.

En la sesión de hoy procedemos del modo siguiente:

Entregamos al sujeto un papel en el que, momentos antes, hemos escrito con caracteres muy legibles las siguientes palabras: *Dentro de cinco minutos, quedaré dormido profundamente.*

Nosotros esperamos, reloj en mano, espiando el momento en que el sujeto entre en sueño.

A los cinco minutos, *exactamente,* cierra los ojos y cuando, inmediatamente, nos llegamos a él lo hallamos en estado sonambúlico.

Las atracciones y repulsiones magnéticas se verifican con una absoluta evidencia. Levantando uno de los brazos, vuelve a su posición primitiva, pero con una especial lentitud atenta, que da la impresión de que el miembro sobre el que se actúa *espera órdenes.*

Después de entregarle un vaso lleno de agua entablamos el diálogo siguiente:

—Bebe un poco de ese líquido; a ver qué te parece.

—¡Qué me va a parecer! Esto es agua —exclama, dejando de beber.

—Creo que te equivocas. Lo que hay en el vaso no es agua, sino un vino riquísimo. Pruébalo de nuevo.

—¡Calla! ¡Pues es verdad!

Bebe y paladea el vino con gestos de gran satisfacción.

—Bueno. Deja ya el vino, porque quiero que pruebes también un aguardiente que acaban de traer (alargándole una copita llena de agua).

La bebe a pequeños sorbos, con verdadero deleite.

—¡Es lo mejor que he probado en mi vida! —exclama después de concluirla.

A continuación le dejamos durmiendo un cuarto de hora. Después de transcurrido este tiempo formulamos la siguiente sugestión:

—Ahora para que te despejes bien de los vapores de la bebida vas a oler un momento este frasco que contiene amoníaco —le decimos, al mismo tiempo que colocamos debajo de su nariz un frasquito lleno de agua.

Apenas verificada esta operación comienza el sujeto a estornudar con inusitada violencia, acto que se repite cuantas veces aproximamos el frasco a su nariz.

—¡Quíteme, quíteme usted eso de delante! —exclama —Eso, lejos de despejarme, me aturde cada vez más.

—Bien; para que acabe de pasársele la mala impresión del amoníaco le voy a dar a oler una esencia de jazmín, de la que va a quedar encantado.

Después de hacerle esta sugestión aproximo a la nariz del sujeto el mismo frasco de antes, siempre lleno de agua.

Lo huele insistentemente, acabando por decirme:

—¿Podría echar unas gotas en el pañuelo?

—Sí, hombre, sí. Todo lo que quiera.

Humedece su pañuelo con el contenido del frasco y después acerca aquél a su nariz aspirando lo que él supone agradable perfume.

Lo dejamos descansar un cuarto de hora. Y despierta después, sin acordarse de sus ilusiones sensoriales.

Netamente se demuestra en el caso que terminamos de reseñar la influencia ejercida por las sugestiones sobre los sentidos gusto y olfato. Es esta una experiencia que la hemos repetido en un gran número de sujetos.

Nuevamente aconsejamos a los discípulos que huyan de todo lo que —derivado de nuestras sugestiones— pueda ser nocivo para los sujetos.

Es un acto de barbarie el que cometen algunos hipnotizadores que en sesiones públicas hacen ingerir a los sonámbulos substan-

cias tales como carbón, arena, etc., haciéndoles creer que se trata de agradables alimentos. Estas salvajadas debían castigarse duramente.

Observación 24, sesión 23. — El mismo sujeto de la observación precedente.

Por fijación de su mirada en la nuestra, entra en sueño en un minuto.

Apoyamos una mano en su frente al objeto de profundizar la hipnosis.

A los pocos minutos le decimos:

—Procura estar atento, porque va a pasar por la calle una charanga militar que va tocando ese pasodoble que tanto te gusta tararear. Comenzarás a oirla en seguida.

No ha pasado un minuto y ya el sujeto comienza a llevar el compás con la cabeza, al mismo tiempo que lleva una mano al oído, en actitud de recoger el sonido.

Luego, como arrastrado por lo que cree escuchar, comienza a cantar en voz baja:

It is a long, way to Typerary...

Posteriormente vuelve a permanecer en silencio, pareciendo que sigue escuchando una música que se alejase.

Luego de dirigirle las correspondientes sugestiones de bienestar, le despertamos por medio de un suave soplo dirigido a los párpados.

Del mismo modo que vimos antes cómo la sugestión era capaz de proporcionar referencias falsas al gusto y al olfato, que eran aceptadas por estos sentidos del sujeto como reales, la última observación que hemos reseñado nos demuestra la influencia de la sugestión en la esfera del oído.

En experiencias relatadas con anterioridad ha podido ver el discípulo que el tacto es también modificado por la sugestión.

Otro tanto pudiéramos decir del sentido de la vista, pero las influencias sugestivas sobre el aparato de la visión se demuestran mucho mejor en sugestiones a cumplir una vez despiertos los sujetos, como veremos en el capítulo correspondiente.

SUGESTIONES CONSECUTIVAS A ACTITUDES O GESTOS IMPUESTOS AL SONAMBULO DURANTE SU SUEÑO Y FUERA DE TODO MANDATO VERBAL

Al hablar de la sugestión en general dijimos que, en realidad, la palabra empleada para emitir los mandatos de la sugestión llamada verbal o hablada, no era en sí misma más que un artificio utilizado para reforzar la orden.

Pues bien; cuando actuamos sobre sonámbulos de sensibilidad suficiente, basta en ocasiones que les coloquemos en determinada actitud para que inmediatamente adopte el total de su organismo la situación correspondiente a lo que con aquélla pretendimos sugerir.

Parece como si, lanzados por fuerza irresistible, bastase un primer impulso para que continuara en ellos la acción de nuestra orden mental.

A continuación exponemos varios casos de nuestra experiencia particular:

Observación 112 (ya citada), *sesión 16.* — N. Gibson.

La mandamos por orden formal que duerma instantáneamente y el mandato se cumple inmediatamente.

Acto seguido practicamos sobre la sujeto unos pocos pases magnéticos y posteriormente apoyamos nuestra mano en su frente durante quince minutos.

Con estos procederes conseguimos una gran profundidad de sueño, de carácter sonambúlico.

La interrogamos:

—¿Se encuentra usted bien?

—Estoy perfectamente.

—¿Es intenso su sueño?

—Sí, señor; es muy profundo.

—Descanse usted en él.

Después, y sin que hayamos hecho la menor advertencia, ponemos un peine en sus manos, elevándoselas hacia la cabeza. Todo ello sin pronunciar una sola palabra.

De un modo lento y premioso, al principio, rápidamente y con seguridad en seguida, comienza a peinarse, dedicando a este acto todo el interés que las mujeres jóvenes acostumbran a emplear en él.

—¿Qué está usted haciendo?

—Ya lo ve usted: peinándome.

—Y, ¿cómo se le ha ocurrido a usted hacer eso?

—Lo sabe usted tan bien como yo. Usted ha sido el que me ha colocado el peine en la mano.

—Aunque así sea. Yo no le he dicho que debía peinarse.

—Ya sé que no me lo ha dicho usted; pero *estaba en su pensamiento y en su deseo.*

Queda dormida breves minutos más y la despertamos después de haber formulado las convenientes sugestiones de bienestar.

En la observación que antecede, la misma enferma nos da la clave de la causa motivadora del acto que realiza con una apariencia de espontaneidad automática.

En efecto: al advertirla que no habíamos expresado ninguna orden verbal sugeridora, nos ha respondido que el mandato *estaba en nuestro pensamiento y en nuestro deseo.*

Sería difícil hallar una comprobación mejor ajustada a la opinión que en otro lugar hemos dejado expuesta: La sugestión tiene eficacia por lo que de orden mental encierra. La palabra con que la expresemos, las actitudes sugeridoras, no son sino medios vehiculizadores del mandato de nuestra mente.

Observación 92 (ya citada), *sesión 29.* — D. R.

Unos segundos de fijación de su mirada en la nuestra bastan a producir un profundo sueño sonambúlico.

Le dejamos entregado a él varios minutos, y luego —sin que preceda advertencia de ningún género— colocamos en sus manos una pastilla de jabón, desprovista de perfume, y en una mesa cercana una palangana con agua.

Sin que el sujeto se detenga a mirar lo que en la mano le hemos colocado, se levanta y se dirige hacia la mesa. Llega adonde está la palangana y comienza a lavarse con una minuciosidad que sorprende.

Cuando acaba de hacerlo, le preguntamos:

—¿Qué acabas de hacer?

—Me he lavado las manos.

—Y ¿para qué te las has lavado, si no tenías necesidad de ello?

—Porque usted *me ha ordenado que lo haga.*

—Te equivocas. Yo no he hablado absolutamente nada.

—No importa. Usted me lo ha mandado.

Le ordenamos que descanse.

Pasada media hora le despertamos.

No hay memoria al despertar de nada de lo ocurrido en el sueño.

Tan evidente como el anterior es el caso que acaba de ocupar nuestra atención.

El sujeto, apenas recibe en su mano la pastilla de jabón, comienza a realizar aquello que nosotros hemos pensado.

No ha verificado examen de ninguna clase para cerciorarse de la verdadera naturaleza del objeto que le dimos. Es más: en la sesión siguiente a la que acabamos de reseñar repetimos la experiencia estableciendo una pequeña modificación. En vez de darle una pastilla de jabón le entregamos un pedazo de madera (nuestra actitud mental era la correspondiente a sugerirle el deseo de lavarse) y todo tuvo lugar como la vez primera.

Vemos también aquí que lo interesante en la sugestión es el núcleo mental que dentro lleve encerrado.

Instantáneamente conseguimos el sonambulismo recurriendo a la fijación de su mirada en la nuestra.

A los diez minutos le entregamos un ejemplar de la Biblia.

Lo toma el sujeto, y después de entreabrirlo y de realizar la mímica correspondiente a una persona que leyera con atención, levanta su cabeza hacia el cielo, y todo en su actitud revela al místico.

Los labios se mueven como en un rezo. Toda la expresión de su semblante corresponde al de una persona entregada a la oración.

Después de ordenarle que se siente, sostenemos el siguiente diálogo:

—¿Qué es lo que estás haciendo?

—Estaba rezando.

—Y ¿ese libro que tienes en la mano?

—Es un libro de oraciones.

—Y ¿cómo sabes la clase de libro que es?

—Usted mismo me lo ha dicho.

—No recuerdo haber articulado una sola palabra.

—Bueno... Ya sabe usted que aunque no me diga nada, es lo mismo... Yo *siento* lo que usted me ordena... y... lo hago.

—Bien: duerme tranquilo.

Le abandonamos en descanso durante veinte minutos y, después de pasado este tiempo, reanudamos la experiencia.

Ahora colocamos en sus manos un número de *The Punch* que hay encima de nuestra mesa de despacho.

Hojea brevemente la revista y comienza a lanzar sonoras carcajadas.

Interrumpimos su risa para interrogarle:

—¿A qué obedece esa risa?

—¡Es que tienen mucha gracia! ¿No las ha visto usted?

—¿A qué te refieres?

—A las caricaturas del periódico que me ha dado usted hace un momento.

Nuevamente le ordenamos que duerma con sueño tranquilo, y varios minutos más tarde le despertamos mediante un leve soplo dirigido a sus párpados.

Tanto en el curso de esta sesión como en la anteriormente citada el sujeto permaneció con los ojos cerrados.

Creemos que, después de leídas las observaciones que hemos reseñado, no quedará al discípulo la más nimia duda acerca de que la base, el fundamento de nuestras sugestiones todas, radica en la influencia mental desplegada por el experimentador. De aquí la necesidad de acostumbrarnos a sujetar nuestra mente sobre aquello en que pensemos para que —materializadas nuestras ideas— puedan golpear eficazmente las mentes receptoras, despertando en ellas la respuesta fiel a nuestros mandatos.

SUGESTIONES A DISTANCIA, EN EL TIEMPO Y EN EL ESPACIO

Hasta aquí hemos estudiado los efectos de la sugestión dentro del período durante el cual se hallan los sujetos sometidos al sueño hipnótico.

Además, hemos podido ver que el recuerdo que al despertar quedaba de toda la actividad que habían desplegado mientras dormían era nulo, como también lo era igualmente el recuerdo de las sugestiones a que habían obedecido tan fielmente.

Vamos ahora a estudiar el poder y los efectos de la sugestión desplazados en el tiempo y en el espacio.

Con objeto de no caer en enojosas repeticiones, los casos que ofreceremos a la consideración de los discípulos presentarán la complejidad consiguiente a sugestiones de lo más variadas en lo que a su objeto se refiere.

Antes daremos una breve pauta de orientación técnica:

Para que las sugestiones que nosotros hagamos a nuestros sujetos tengan la eficacia debida, comenzaremos por conseguir grados de sueño profundos. Sobrado es decir que deberán presentar

claramente signos evidentes de sonambulismo. El olvido de esta elemental consideración, el pretender obrar sobre sujetos con un sonambulismo incompleto, es la causa de los fracasos que muchos autores citan en su práctica.

Una vez puesto el sujeto en sonambulismo, procederemos a enviarle nuestras sugestiones verbales, coolcándonos en el estado mental adecuado: Pondremos nuestra atención y nuestro pensamiente en el contenido del mandato. Cuanta mayor sea nuestra fe en la eficacia de nuestra acción, mayores serán las probabilidades de éxito.

Después de emitir una sugestión determinada, de haberla expuesto con todo detalle y con las mayores precisión y exactitud, dejaremos que el sujeto repose en sueño breves minutos. Luego volveremos a repetir la misma sugestión otra u otras dos veces y de nuevo indicaremos al sonámbulo que descanse en sueño algún tiempo.

Con esta técnica obtendremos resultados brillantes en la inmensa mayoría de los sujetos sometidos a experiencia.

Supongamos al sujeto dormido en profundo sueño sonambúlico Queremos sugestionarle para que media hora después de despertar se crea obligado a escribir una carta a su mujer rogándola que le perdone por una infidelidad cometida. Nos expresaremos en la siguiente forma o en otra parecida:

—A la media hora justa de haberte despertado, te acordarás de que no fuiste siempre fiel a tu esposa. Este recuerdo comenzará por llenarte de tristeza, primero, y de remordimiento, después. En vista de ello, y para conseguir el perdón de tu falta, escribirás una carta a tu mujer, sincerándote y mostrando tu arrepentimiento. Piensa intensamente en ello y ¡¡¡duerme!!!

Después de diez minutos de descanso, repetiremos la orden con el mismo detalle que la vez primera, volviendo a recomendarle que duerma de nuevo .

Luego que le hayamos despertado, nada deberemos dar a entender. Nos limitaremos a aguardar acontecimientos.

Cuando deseemos suprimir los efectos de una sugestión formulada anteriormente es indispensable volver a dormir al sujeto y efectuar una contrasugestión enérgica.

Jamás debéis realizar sugestiones cuya ejecución resulte penosa o desagradable. Es el mismo el mérito consiguiendo el cumplimiento de un mandato sencillo y plácido que sugestionando una orden de carácter dramático.

Es también indispensable llevar cuidadosamente anotadas las sesiones de cada observación, para poder en un momento dado variar o suprimir los efectos de las sugestiones. Nunca se debe confiar simplemente en la memoria, por muy fiel que la consideremos.

Vamos ahora a exponer y comentar algunos casos pertenecientes a nuestra personal experiencia, varios de cuyos sujetos nos son ya conocidos.

CAMBIO DE LAS OPINIONES DEL SUJETO, OBTENIDO POR SUGESTIÓN

Observación 69 (ya citada), *sesión 34*.—Mabel Gregore, de diecisiete años.

Antes de sumirla en sueño sostenemos la conversación siguiente, al objeto de tantear sus opiniones:

—¿Qué manifestación de arte es la que más le agrada, Mabel?

—¡Oh, la música! ¡Sin duda alguna!

—Y dentro de la música, ¿qué autores prefiere usted?

—Los alemanes: Beethoven, Mozart, Wagner... los encuentro superiores a todos. Superiores, sobre todo, a los italianos...

—Yo creo, sin embargo, que los italianos...

—¡¡No, no!! No habrá quien me convenza de la superioridad de la música italiana. Me parece una cosa muy superficial.

—Bien; no pretendo convencerla de nada.

Dicho esto la ordeno que fije en la mía su mirada. El sueño sonambúlico se produce casi instantáneamente. Una mano colocada sobre su frente profundiza el sueño hasta el grado deseado.

—¿Duerme usted tranquila, Mabel?

—Sí, señor.

—¿No siente usted ninguna molestia?

—Absolutamente ninguna: me encuentro perfectamente.

—Es preciso, Mabel, que renuncie usted a esas aficiones por el arte musical alemán. De hoy en adelante deseará escuchar —con preferencia a ninguna otra— la música italiana. Piense usted intensamente en ello y *¡duerma!*

La dejamos en reposo durante diez minutos. Transcurrido este tiempo, insistimos:

—Es indispensable que sea la música italiana su preferida. Cualquiera otra le parecerá inferior en lo sucesivo. Momentos después de despertar oirá usted las lejanas notas de un piano que tocará una romanza que hará vibrar su espíritu con una emoción dulcísima. *Yo la ordeno que así sea y que duerma usted pensando en ello.*

Luego de media hora, durante la cual ninguna nueva sugestión es emitida por nosotros, procedemos a despertarla mediante orden formal.

Después de su despertar iniciamos una conversación indiferente, dejando a la iniciativa de la sujeto la elección de los temas de la misma. Nuestra conducta tiene por objeto obtener los resultados que sean, dejando al sujeto en la mayor independencia posible de pensamiento.

Estábamos hablando de un frustrado intento de atravesar a nado el Canal de la Mancha, realizado por un deportista sueco, cuando de repente observamos que la sujeto se distrae del asunto, dirigiendo su atención hacia algo lejano y revelando en su actitud hallarse escuchando con todo interés.

—¡Oh, por favor! ¡Un momento de silencio! —exclama, interrumpiéndonos.

—Yo no oigo nada.

—¡Sí, sí! ¡Escuche, escuche!

Su semblante refleja una emoción sincera.

—Pero, ¿qué es lo que está usted escuchando tan atentamente?

—Una bellísima romanza de un autor italiano cuyo nombre no recuerdo en este momento.

—Yo tenía la creencia de que usted prefería los autores alemanes.

—Esta canción me acaba de revelar que, si alguna vez supuse que existiera una música superior a la italiana, estaba en un error. No hay nada que llegue al alma como una de estas sencillas y dulces canciones napolitanas.

Tanto en este día como en los dos siguientes, hasta aquel en que volvimos a dormirla suprimiendo la sugestión citada, siempre que la conversación hizo alto en asuntos relacionados con la música, quedó evidentemente demostrada la obediencia al mandato.

Nos descubre el estudio de la observación precedente, la intensidad de efectos de una idea correctamente sugerida.

Llega a provocar —según acabamos de ver— el nacimiento de opiniones en absoluta contradicción con las que normalmente sustentemos. Y no se detiene aquí su influencia, sino que alcanza a determinar verdaderas alucinaciones en los sujetos. No otra cosa es la sensación percibida por la sujeto de una música —inexis-

tente— que la emociona al punto de traer algunas lágrimas a sus ojos.

Observación 69, sesión 35. — El mismo sujeto de la anterior.

Antes de hipnotizarla exploramos la modificación que sufrieron sus primeras opiniones y las causas a que ella atribuye el cambio.

Persiste con toda firmeza el efecto de nuestras sugestiones. Sigue creyendo en la superioridad de la música italiana.

—¿A qué obedece —la preguntamos— el repentino cambio que han experimentado los gustos de usted? Hace aún pocos días afirmaba que nada había tan bello como el arte musical alemán. Hoy lo considera usted muy inferior al italiano.

—No se lo puedo explicar a usted. Sólo sé decirle que es ahora cuando realmente creo estar en posesión de la verdad.

A continuación entra en sueño sonambúlico, mediante fijación de su mirada en la nuestra, instantáneamente.

En cuanto el sueño ha alcanzado la suficiente profundidad, repetimos la pregunta que hicimos momentos antes estando despierta:

—¿Por qué prefiere usted la música italiana?

—Porque me lo ordenó usted el otro día.

—Antes me ha dicho usted que desconocía el motivo de su actual preferencia.

—Sí. Estaba despierta, y entonces no me doy cuenta de que las cosas que hago son sugeridas por usted.

—Pues bien. Deseche las sugestiones con que la influí y quédese con sus opiniones propias.

Antes de despertarla dejamos que madure la contrasugestión en quince minutos de sueño.

Un interrogatorio efectuado breves días después nos demuestra la desaparición de los efectos de las primeras ideas sugeridas.

CAMBIO DE PERSONALIDAD, LOGRADO POR SUGESTIÓN

Observación 39, sesión 61. — S. L., de treinta y cuatro años de edad y de oficio albañil.

Es sonámbulo desde la sesión cuarta.

Como antecedente de este sujeto tenemos que consignar que padeció durante tres años, en su adolescencia, una corea.

Posteriormente sufrió de ataques de histerismo con relativa frecuencia, y lo que le trajo a nuestra consulta fueron unos terrores nocturnos durante cuyos períodos creía que un fantasma le sujetaba vigorosamente, impidiéndole hasta la respiración.

Desde que está sometido al tratamiento hipnótico-sugestivo han desaparecido tanto los ataques como las crisis de terror.

En el día de hoy experimentamos del modo siguiente:

Procedemos a dormirle por el método de fijación de la mirada y cuando —a los dos minutos— lo hemos conseguido, intensificamos el sueño utilizando los pases magnéticos.

Comprobando el sonambulismo le interrogamos:

—¿Qué tal se encuentra usted?

—Me encuentro muy bien; pero no duermo lo profundamente que otras veces.

En vista de la respuesta, ayudamos al sueño por un método mixto: Al mismo tiempo que apoyamos nuestra mano en su frente le sugestionamos en la siguiente forma:

—Es indispensable que duerma usted con más intensidad que nunca. A través de mi mano recibirá la influencia de mi voluntad, y el sueño que hoy alcance será más profundo que el de ningún día de los anteriores. *¡¡Duérmase!!*

Un vaez comprobada la profundidad del dormir, emitimos la siguiente sugestión verbal:

—Cuando despierte usted se va a sentir transformado en otra persona completamente diferente; dejará usted de ser un albañil. De aquí en adelante su profesión es la militar. Mandará usted ejércitos enteros. Los miles de almas que contemplen las evoluciones de las tropas puestas bajo sus órdenes quedarán admiradas de la precisión y seguridad con que maniobran al escuchar sus voces de mando. *Piense usted intensamente en ello y ¡¡duérmase!!*

Le dejamos en reposo durante media hora.

Después de despertarle queda unos pocos minutos sentado en el sillón, mirando a su alrededor con cara de extrañeza.

Cuando ya comenzábamos a dudar de la eficacia de nuestra sugestión, comienza a realizarse.

De repente se yergue majestuosamente, adoptando un continente guerrero. Luego coloca sus manos delante de los ojos haciendo como que está mirando a través de unos gemelos de campaña y en esa actitud atalaya los cuatro puntos cardinales. Levanta

el brazo derecho, como queriendo dirigirse a una muchedumbre, y exclama:

—¡¡¡Al...to...!!! ¡¡¡Marrr...!!!

Su rostro rebosa, en medio de la fiereza que aparenta, una íntima satisfacción. No puede ofrecerse una más exacta representación del papel que la sugestión le ha asignado.

Contoneándose marcialmente, imponiendo su voluntad a los soldados con terribles voces; todo en él revela al general inflado de vanidad.

Cortamos la escena con una orden formal de sueño. Ni el más leve recuerdo al despertar.

CAMBIO APARENTE DE SEXO, LOGRADO POR SUGESTIÓN

Observación 39, sesión 22. — El mismo sujeto estudiado en la observación anteriormente citada.

Después de haber logrado el sueño en dos minutos recurriendo a la fijación en la nuestra de su mirada, lo profundizamos por pases magnéticos hasta el grado deseado.

Procedemos a nuestras sugestiones:

—¿Usted a qué sexo pertenece?

—¡Qué cosas tiene usted...! No hay más que verme.

—Sí. Ya sé que aparenta usted ser un hombre, pero en realidad el sexo de usted es el femenino. La prueba la tendrá usted cuando despierte dentro de breves minutos. Se sentirá usted en todo una mujer. Hasta la voz y el modo de andar corresponderán a los de las mujeres.

A los diez minutos de sueño le despertamos.

Comienza a mirar cuanto tiene delante de esa manera disimulada característica del bello sexo.

Le pedimos que nos traiga un objeto situado en un extremo de la habitación y la marcha del sujeto es la de las hembras de nuestra especie.

—Mire usted aquí a Pascual (uno de los enfermeros); hace bastantes días que no se han visto ustedes; conmemoren su encuentro con un abrazo.

El sujeto comienza a verificar toda la mímica de una mujer pudorosa a quien se le hace una proposición inconveniente Llega hasta a ruborizarse.

—Pero, ¿por qué huye usted de Pascual? —le decimos.

—Es que no está bien que me abrace.

—Y, ¿por qué no?

—Porque yo soy una mujer honesta.

Conseguida la sugestión que habíamos hecho suspendemos la experiencia.

No hay memoria al despertar.

CAMBIO DE SENTIMIENTOS, LOGRADO POR SUGESTIÓN

Observación 15, sesión 31. — G. G., enfermo histeroepiléctico, alojado en la sala donde prestamos nuestros servicios.

La enfermera nos ha advertido que el enfermo maltrata constantemente a un pobre gato que suele andar pacíficamente recorriendo todo el pabellón. Ella se lo ha censurado en varias ocasiones, como asimismo sus compañeros. Pero parece que este afán de hacer daño es superior a su voluntad.

Conseguimos instantáneamente un profundo sonambulismo por medio de la fijación de nuestra mirada en la del sujeto.

—¿Por qué maltratas al gato, Gregor?

—Es que es un animal muy malo.

—Pero, vamos a ver; a ti ¿qué daño te ha hecho?

—Hasta ahora, ninguno, pero gracias a que ha llegado a cogerme miedo, porque de no ser así ya me hubiera sacado las uñas.

—Te equivocas en absoluto. El gato es un animal de lo más pacífico e incapaz de hacer mal a nadie y si se le trata con cariño corresponde con tanta fidelidad como puede hacerlo un perro.

Además, nos presta un excelente servicio evitando la plaga de ratones que sin él mal podríamos combatir. Por todas estas razones te exijo que en lo sucesivo renuncies a molestarle en lo más mínimo, ¿me obedecerás?

—Sí, señor.

Desde la fecha indicada no me han dado noticia de que el sujeto haya reincidido en sus fechorías. En cambio me aseguran que le han sorprendido en varias ocasiones acariciando al gato cariñosamente.

CAMBIO DE INCLINACIONES, LOGRADO POR SUGESTIÓN

Observación 15, sesión 33. — El mismo sujeto de la precedente).

Sonambulismo instantáneo por fijación de la mirada.

—¿Cuál de tus compañeros te es más simpático?

—Peter, el del 7 (número de la cama). Es buen amigo y tendrá siempre de mí todo lo que me pida.

—A los demás no les guardas por lo que veo el mismo afecto.

—No, señor, ¿para qué voy a mentir?

—Pero eres amigo de todos ellos, ¿no es eso?

—Hay uno que me resulta francamente muy antipático: Dick.

—Y ¿a qué obedece esa antipatía?

—Es muy orgulloso, y además se cree que nadie hace las cosas mejor que él. Siempre nos está diciendo que somos unas calamidades.

—Veo que no sabes conocer ni apreciar a las gentes. Dick es seguramente la persona más digna de cariño de todos vosotros. Lo que tú tomas por orgullo no es sino seriedad. Por eso te ordeno que pongas cuanto esté de tu parte para que hagáis una buena amistad. En cambio Peter —aunque es un buen muchacho— no creo que merezca esos sacrificios que dices llegarías a hacer por su persona.

Enfermos y enfermeras se dedicaron a observar los cambios que en sus afectos iba experimentando Gregor y estos correspondieron fielmente a la sugestión arriba señalada.

SUGESTIONES VERBALES CUMPLIDAS DESPUÉS DE UN LARGO PLAZO

Observación 69 (ya citada), *sesión 46.* — M. G., de diesisiete años. En el día de hoy procedemos en la forma siguiente:

—Va usted a empezar a contar —la decimos— la serie de los diez primeros números, pero cuando llegue usted al siete se quedará irremisiblemente dormida.

La orden se cumple con maravillosa obediencia, sorprendiéndonos el detalle de la gran profundidad de sueño despertado por tan sencilla maniobra.

La invitamos a cumplir esta sugestión:

—Mabel: escúcheme con atención. Hoy estamos a 3 de marzo; el día 19 del próximo abril se sentirá usted intensamente preocupada sin que el motivo aparezca hasta las nueve de la noche. A esa hora se dará usted cuenta de que la preocupación era debida al deseo de venir aquí para recoger una novela. *Piense usted en ello con toda calma, y ahora ¡duérmase!*

Después de una hora, durante la que insistimos una vez más detallando la sugestión detallada, la despertamos.

En la fecha pedida acudió a nuestro domicilio a las nueve y media de la noche. Llegaba sofocada y éstas fueron sus primeras palabras:

—He pasado hoy todo el día con una inquietud que no sabía a qué achacar. Hasta que hace media hora he caído en la cuenta de que me había usted prometido una novela cuya lectura sería muy de mi agrado.

—Siento que se haya usted molestado en venir a estas horas.

—Quizá sea inoportuna mi visita, pero le ruego me perdone. Tengo la seguridad de que no hubiera podido dormir esta noche si no me decido a venir. Había algo irresistible que me empujaba.

En este momento la pido permiso para sumirla en sueño, lo que se realiza instantáneamente, después de ordenárselo formalmente.

—¿Duerme usted bastante?

—Sí, señor.

—¿Cuál es el verdadero motivo de su visita, Mabel?

—El habérmelo usted ordenado hace tiempo.

—¿Recuerda usted la fecha de mi mandato?

—Sí, señor. El día 3 del pasado mes de marzo.

Damos por terminada la experiencia.

Podríamos añadir a las que llevamos citadas, sinnúmero de experiencias del mismo género.

Mas como lo que nos proponemos es enseñar el camino que han de seguir los discípulos, ningún provecho habían de sacar de una enojosa y monótona exposición de casos casi análogos.

—Lo que hemos estudiado son más que suficientes para que todos cuantos han dedicado su atención a estas páginas, se hayan dado cuenta de un hecho: del poder de la sugestión sobre los organismos humanos.

Capaz de ejercer su imperio sobre nuestra materia —de manera bien ostensiblemente demostrada en algunas de las observa-

ciones apuntadas— extiende igualmente su poder sobre las facultades más elevadas del espíritu.

La voluntad de los sujetos se doblega siempre ante los mandatos señalados en las sugestiones. La memoria adquiere una fidelidad sorprendente. La imaginación toma rumbos maravillosos. Los sentimientos y los afectos se funden a su calor y cambian a su contacto como el barro en las manos del alfarero.

¡Grandioso poder de la mente que caminando sobre el débil puente de unas pocas palabras indicadoras de la ruta de nuestra voluntad, salta vallas y derriba obstáculos aparentemente infranqueables!

CUARTA PARTE

SUGESTION MENTAL

SUGESTION MENTAL PURA

Que la transmisión del pensamiento humano es un hecho cierto, serán pocas las personas que lo pongan en duda.

Los casos llamados de telepatía no pueden ser explicados —en su mayor número— si no se acepta la transmisión mental.

¿Cuál es entonces el motivo por el cual resulte tan difícil obtener demostraciones experimentales de la acción de mente a mente?

La generalidad de los investigadores que a la hipnosis han dedicado sus esfuerzos, cuando tratan de obtener comunicaciones mentales puras con sus sujetos fracasan ruidosamente. Hasta ese momento el éxito les había sonreído constantemente. Ninguna dificultad les ha impedido repetir lo que sus antecesores habían llevado a efecto. Pero al intentar una obediencia a sus órdenes mentales no hallan respuesta ni en los mejores de sus sujetos.

La razón de ello radica en las deficientes condiciones en que sitúan los métodos que para la sugestión ayudada de la palabra hemos dejado indicados en el precedente capítulo. Y luego al ver fracasados sus esfuerzos, en lugar de proceder a una cuidadosa revisión de los procedimientos puestos en práctica, renuncian a continuar la labor, afirmando caprichosamente la no-existencia de la transmisión mental.

Cuando hace años comenzamos nosotros a estudiar la posibilidad de conseguir de un modo concluyente la sugestión mental sobre nuestros sonámbulos, quedamos sorprendidos ante un hecho aparentemente paradójico.

Si para obtener aquélla elegíamos los sonámbulos más brillantes por su agilidad mental, los resultados eran francamente desalentadores. Por el contrario, muchas veces que sin esperanzas de éxito, trabajamos sobre sujetos cuyo grado de sonambulismo era muy inferior —semiletárgico—, fuimos agradablemente sorprendidos al ver una evidente obediencia a los mandatos mentales que acabábamos de sugerir.

Por entonces nuestro colaborador Charles Bernard realizó un viaje a la India y tuvo la fortuna de permanecer año y medio en contacto con varios maestros arghys arunyos.

Las enseñanzas que recogió sirvieron para que modificásemos por completo nuestros anteriores conceptos sobre la técnica a seguir en la práctica de las sugestiones mentales. Al mismo tiempo nos dieron la clave de las paradojas que habíamos observado en los sonámbulos.

Es justo consignar que un meritísimo investigador europeo —el doctor Ochorowicz— se había dado ya cuenta de la diferente aptitud de unos y otros sujetos para serlo de sugestiones mentales y hasta llegó a establecer una clasificación de los sonámbulos en consonancia con el hecho citado. Pero nunca alcanzó la perfección y la seguridad de muchos maestros orientales, cuya experiencia va precedida de un metódico estudio preparatorio por parte del sugestionador.

Para que el discípulo pueda llegar a dominar la técnica de la sugestión mental le daremos una pauta, le mostraremos un camino a cuyo término hallará los frutos de la labor que suponga recorrerlo sin impaciencias.

PERFECCIONAMIENTO DEL HÁBITO DE OBSERVACIÓN Y DEL PODER DE LA ATENCIÓN

Cuando nosotros queremos hacer que uno de nuestros servidores ejecute fiel y exactamente aquello que le hayamos ordenado, comenzaremos por exponerle con la mayor precisión, con la mayor exactitud y sobre todo, con la mayor claridad la comisión que le encomendemos.

Si no empleamos términos precisos, si rodeamos de nebulosidades la explicación del encargo a realizar, será lo más probable que no lo ejecute o que lo realice equivocadamente.

Del mismo modo —y con mucho mayor motivo— serán necesarias e indispensables una claridad, una exactitud y una precisión insuperables cuando de enviar mandatos mentales se trate.

Para llegar a esta perfección en las emisiones de nuestra mente es necesario que pensemos sobre las cosas con una fijeza que sólo posee aquel que previamente ha educado especializadamente sus poderes de observación y de atención.

Mal podremos hacer que otros piensen y ejecuten nuestras órdenes si somos los primeros en conocer imperfectamente su contenido.

Unos ejercicios adecuados nos llevarán a conseguir que nuestra mente realice el trabajo de desmenuzar y analizar nuestras órdenes-pensamientos.

He aquí un método aconsejado por los maestros yoghis y arghys:

El discípulo comenzará por colocarse en una actitud de completo reposo. Para ello procurará permanecer en una habitación alejada del tráfago ruidoso de la calle y descansará en un sillón, evitando abandonarse al sueño, ya que debe estar en condiciones de que sus sentidos permanezcan absolutamente permeables a las impresiones del exterior.

Tomará en sus manos un objeto cualquiera —un pisapapeles, por ejemplo—, y lo considerará en todos sus aspectos y múltiples detalles durante un tiempo determinado, media hora, por ejemplo.

Si esta observación ha tenido lugar por la noche, en la mañana siguiente volverá el discípulo a aislarse, y colocando delante de sí unas cuartillas escribirá en ellas cuanto su memoria le diga sobre el objeto considerado la víspera. Terminada su descripción volverá a traer ante su vista el pisapapeles de nuestro ejemplo y hará un examen comparativo entre lo que describió y lo que dejó de describir.

En la noche de este segundo día procederá nuevamente a observar durante media hora el objeto problema y en la mañana del siguiente repetirá la descripción escrita, en igual forma que la vez primera. Verificando después el examen comparativo entre los datos que hayamos reseñado y los que nos dé la visión directa del objeto, comprobaremos la muy superior riqueza de lo cosechado la segunda vez.

La experiencia debe seguirse repitiendo hasta que ningún dato nuevo —sobre los que nosotros reseñemos— nos ofrezca la observación directa de aquello que haya constituído el motivo del trabajo.

A medida que avancemos en el entrenamiento iremos disminuyendo el tiempo destinado a observar las cosas que utilicemos como problemas.

Sin darnos cuenta vendrá un momento en que unos breves segundos destinados a la observación serán suficientes para poder después detallar objetos de complicada apariencia sin que se deslice ningún error en nuestras descripciones.

No hay que detenerse llegado este momento. Hay que continuar las experiencias, pero aumentando el número de objetos sometidos a examen.

Llegaremos por este camino a resultados verdaderamente maravillosos. Podremos entrar unos instantes en una habitación, para nosotros desconocida, y después —ante el asombro de los que nos escuchen— detallar minuciosamente todo cuanto contenía, con más precisión que el mismo dueño de ella.

No se crea que para alcanzar esto se requieren especiales condiciones por parte del experimentador. Entre los hindúes son tan corrientes estas prácticas, que nosotros hemos tenido ocasión de ver a niños de diez y doce años rivalizar en la descripción de los objetos de un bazar en el que tan sólo habían permanecido contados minutos.

Algunos de nuestros discípulos han conseguido resultados admirables. Uno de ellos, sin más que dirigir una mirada, recordaba media docena de números de seis y ocho cifras cada uno, que habíamos escrito en una pizarra.

El hábito de observar trae aparejado consigo un extraordinario desarrollo de la atención, facultad indispensable para el buen éxito de nuestras sugestiones mentales.

CONDICIONES QUE DEBEN REUNIR LOS SUJETOS

Antes de utilizar los datos que nuestro colaborador el doctor Bernad recogió en su visita a la India, teníamos por costumbre elegir cuidadosamente los sujetos sobre los que experimentábamos con sugestiones mentales, y habíamos llegado, a semejanza de Ochorowicz, a comprobar que en los que más eficazmente se cumplían los mandatos eran en aquellos sonámbulos que el aludido profesor calificaba de monoideicos.

Pero después variamos completamente el método. Comenzamos por someternos a un entrenamiento progresivo para desarrollar

nuestro poder de atención y, conseguido esto, nos ajustamos a las reglas señaladas por Arghy Krisharahata, entre las cuales figura en primer término la que hace referencia a la conveniencia de que la primera sugestión mental que sobre el sujeto enviemos, sea la de que entre en sueño.

Cuantos sujetos obedezcan a este primer mandato de nuestra mente cumplirán después con toda exactitud las siguientes sugestiones que sobre ellos efectuemos, salvo contadas excepciones, susceptibles de ser modificadas.

Por ser muy demostrativas expondremos las observaciones que realizamos en colaboración con el doctor Charles Bernad.

SUGESTIONES MENTALES EN PRESENCIA. — CASOS PERSONALES

Observación 147. — Florence Cravford, de veintisiete años de edad, estado soltera, sin otros antecedentes morbosos que el haber padecido recientemente una ligera neuralgia del trigémino, que curó por completo en breve tiempo mediante el tratamiento hipnótico-sugestivo.

Presenta en el momento de haber comenzado su estudio una absoluta integridad orgánica funcional. La exploración de sus reflejos da por resultado la demostración de su completa normalidad.

No encontramos zonas de anestesia ni ningún otro síntoma histerógeno.

Es una joven de mentalidad bien desarrollada y de una cultura superior a la ofrecida por la generalidad de las mujeres.

Habla perfectamente —además del inglés—, el francés y el castellano; su profesión, profesora de idiomas.

Día 21 de septiembre de 1921. — A las cuatro de la tarde nos hallamos reunidos en mi despacho el doctor Bernad, los señores Smilie y Marsam y el que escribe estas líneas. El objeto de la reunión es el de comenzar a efectuar con un control riguroso, la práctica de las transmisiones mentales.

Hemos citado para media hora después a la sonámbula Florence, también en mi domicilio. Florence no conoce el objeto de mi llamada, siendo de suponer que lo atribuya a la misma causa (proporcionarle alguna lección particular) que ha motivado anteriores avisos que la he dirigido en distintas ocasiones.

La habitación en que nos encontramos nosotros y la sala de recibir comunican por una pequeña ventana que de ordinario queda disimulada por un cuadro colgado en la pared del despacho. Hoy

lo hemos descolgado sustituyéndolo por un lienzo y hemos procurado dejar la habitación de recibir iluminada fuertemente en tanto que la que ocupamos nosotros no recibe más luz que la transmitida a través de la ventana de comunicación. El objeto de todo esto es el de poder observar a la sujeto sin que ella perciba nuestra vigilancia.

Minutos después es introducida Florence en el recibimiento. Toma asiento en un sillóny coge una revista de las que hay encima de una mesita.

Por mi parte, concentro mi atención en el siguiente deseo:

—Es indispensable que se duerma usted, Florence. En breve comenzará a experimentar los primeros efectos del sueño.

Repetimos este mandato mental duranae tres minutos, sin interrupción. Florence continúa en la misma posición sin dar señales de haberse enterado de nuestra orden, pues se la ve hojear las páginas del periódico que cogió en sus manos. Después de un breve descanso insistimos en el mandato mental, poniendo a contribución la mayor suma de atención que nos es dado desplegar.

Poco después de haber iniciado este segundo intento observan mis compañeros una especial agitación en la sujeto. Se pasa varias veces la mano por la frente, muévese en el asiento como inquieta y finaliza volviendo a la lectura con un interés al parecer extraordinario.

Yo he permanecido todo el tiempo en que lanzo la sugestión sin enfrentarme a la ventana. Pues bien, escasamente habrían transcurrido otros tres minutos cuando experimento una sensación especial de descanso. Es como la satisfacción del que ha dado fin a una labor abrumadora. En este momento tengo la evidencia de que he conseguido lo que quería.

Me reúno con mis amigos que están observando las modificaciones sufridas por Florence. Ésta ha dejado caer la revista que sus manos sostenían y permanece en el sillón en actitud de abandono, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, la cabeza ligeramente inclinada hacia uno de los lados, los globos oculares cubiertos por los párpados.

Intensifico el efecto de la primera sugestión mental, reforzándolo con una nueva orden pensada en los siguientes términos:

—Duerma usted profundamente. Concentre usted todos sus pensamientos en la idea del sueño.

Durante cinco minutos mantengo fijo mi pensamiento en la sugestión que acabo de dictar.

Florence no ha variado de postura durante este tiempo.

En vista de que todas las apariencias hacen pensar en que se ha conseguido la obediencia a la sugestión mental de sueño, el doctor Bernad pasa al cuarto vecino y comprueba sobre Florence la eficacia de la orden mental sugerida.

Reanudamos la experiencia.

Ahora concentro mi pensamiento en la siguiente sugestión, cuyo contenido pongo en conocimiento de mis compañeros.

—Va usted a recoger el periódico que dejaron caer sus manos y a colocarlo encima de la mesa en el lugar que primeramente ocupaba.

Invierto dos minutos en repetir mentalmente el mandato.

Al cabo de ellos empieza a observarse en Florence una especial inquietud. Después de algún titubeo se inclina lentamente hacia el suelo y recoge la revista que estuvo leyendo antes de dormirse. Cuando ha hecho esto queda en pie, sin moverse, pero sin cumplir la segunda parte de la orden sugerida.

En vista de ello pienso instantáneamente de este modo:

—¡Es indispensable que, sin tardanza ninguna, deje sobre la mesa el periódico!

Esta vez la influencia se deja sentir con una gran rapidez. Sin vacilación de ningún género, se adelanta la sujeto hacia la mesa y deposita en ella el periódico.

La demostración no ha podido ser más evidente.

Todavía una última sugestión mental. Y de contenido muy complejo, emitida, no de una vez, sino por partes:

—Diríjase hacia la puerta... siga usted dos pasos hacia la izquierda... deténgase ante esta otra puerta... levante el picaporte... entre usted... siéntese en ese sillón.

Todo ha sido obedecido y ejecutado con absoluta precisión.

El tiempo invertido en la realización del conjunto de actos sugeridos ha sido de nueve minutos en total.

Procedemos a interrogar a la sujeto, sin despertarla:

—¿Y bien, Florence, ¿por qué vino usted a casa?

—Usted me escribió indicándome que no dejara de venir esta tarde.

—¿A qué obedece que se haya dormido usted sin habérselo mandado yo?

—¡Oh! ¡No lo niegue! Ha sido usted mismo el que me ha ordenado que me durmiera. Y después me ha hecho recoger el periódico y venir hasta este cuarto.

—Yo no lo he dirigido la palabra hasta este momento, Florence.

—Ya lo sé que no, pero yo siento cuanto usted desea y es lo mismo.

—Pues bien. Regrese usted ahora al recibimiento, siéntese usted en su sillón y después de descansar cinco minutos despertará usted.

La orden sugerida verbalmente se cumple rigurosamente.

En conversación sostenida con la sujeto momentos después de su despertar comprobamos la falta de recuerdo de todo lo acontecido.

Florence sospecha, según ya suponíamos, que la hemos llamado para encargarla de alguna enseñanza de idiomas.

SUGESTIONES MENTALES VERIFICADAS A DISTANCIA

Día 28 de septiembre (el mismo sujeto de la experiencia anterior).

Después de haber procurado informarnos indirectamente de las costumbres de Florence y habiendo sabido las horas en que permanece en su domicilio, nos reunimos en el mío los señores Smilie, Bernad y yo.

Florence, a la hora en que nos hemos congregado (las ocho de la noche), debe estar en su casa y no tiene la más ligera idea ni noticia de nuestros propósitos.

Puestos de acuerdo y para proceder con todo rigor escribimos y firmamos una nota con la indicación del trabajo que vamos a realizar. Dice así:

"A las ocho y media de la noche sugestión para que caiga en sueño; duración: diez minutos. A las nueve menos cuarto, sugestión para que el sueño se haga muy profundo; duración: cinco minutos. A las nueve menos cinco la siguiente orden: *Cuando sienta usted que entro en el portal toque usted el timbre de su cuarto y avise nuestra llegada a la persona que acuda a su llamamiento.* Duración: quince minutos".

A las nueve y cuarto emprendemos la marcha con dirección al domicilio de Florence, con la emoción que conocen cuantos han verificado con éxito experiencias del género de la citada.

Al llegar al portal nos detenemos en él dos minutos. Ascendemos la escalera y pulsamos el botón del llamador.

Sale a abrirnos una anciana pariente de la sujeto en cuya compañía vive. Muestra en su semblante señales de hallarse bajo los efectos de alguna impresión intensamente penosa.

Sus primeras palabras son para decirnos que agradece en el alma nuestra visita, que llega con una oportunidad providencial.

—No sé qué ha sucedido a Florence. Hace próximamente una hora que estábamos conversando, cuando vi en ella una agitación particular. La interrogué creyendo que no se sentía bien y me respondió que se hallaba perfectamente, pero continuó preocupada y como pensando en algo lejano. Unos instantes después cerró los ojos y ante mis preguntas guardó el silencio más obstinado. Empleé para hacerla volver en sí los medios que encontré más a mano —sin conseguirlo— y ya iba a llamar a un médico que vive aquí cerca, cuando, sin abrir los ojos, me dijo: —Abra usted la puerta, que se acerca el doctor; y apenas acabó de decir estas palabras cuando ustedes tocaban el timbre.

Luego que hubimos tranquilizado a la pobre mujer, llevamos a Florence a su habitación y, sin haberla despertado, comenzamos a interrogarla:

—¿Qué le ha sucedido a usted, Florence?

—Que me he dormido. Usted mismo me lo había ordenado.

—¿No le había ordenado también otra cosa?

—Sí; que tocara el botón del timbre de mi cuarto, pero no he venido a cumplir este mandato, porque no lo hay en esta habitación.

Después de las oportunas sugestiones de bienestar la despertamos sin que haya quedado memoria de lo ocurrido.

Las experiencias que acabamos de referir y otras que posteriormente llevamos a efecto sobre Florence son tan demostrativas que huelga todo comentario ante la claridad y la fuerza de los hechos.

SUGESTIONES MENTALES VERIFICADAS SOBRE SONÁMBULOS DURANTE LA VIGILIA

Observación 203. — Samuel Swit, de treinta y un años de edad, complexión robusta, salud excelente: se dedica a la profesión de joyero. Su afición por las ciencias esotéricas le llevó a relacionarse con nosotros. En numerosas ocasiones hemos provocado en él el so-

nambulismo. Obedece con una precisión maravillosa a toda clase de sugestiones.

Tenemos conocimiento de que permanece trabajando en su domicilio todas las noches, desde las diez hasta las dos de la madrugada, horas en que ejecuta las faenas más delicadas exigidas por su profesión. No le hemos informado de las experiencias que proyectamos verificar con su inconsciente concurso.

Día 16 de noviembre de 1921. — Nos hemos citado en el domicilio del doctor Bernard los señores Marsam, Smilie y yo. No hemos acordado de antemano la pauta que seguiremos en la experimentación. El doctor Bernad propone la experiencia siguiente: Sugestionar a Samuel mentalmente, en estado de vigilia, para que verifique el siguiente mandato:

"Salir de su casa y dirigirse al domicilio en que nos encontramos reunidos".

Son las diez y media cuando empiezo a enviar el mensaje mental acordado. Durante quince minutos sostengo la atención con la mayor fijeza sobre la orden citada.

Después de un descanso de diez minutos, insisto en la sugestión un tiempo igual a la vez primera. Nuevo descanso de diez minutos y nueva emisión de quince.

Esperamos el cumplimiento del acto sugerido hasta las tres de la madrugada. Pero inútilmente. Samuel no ha dado señales de vida.

Día 17 de noviembre. — Igual resultado que la noche anterior.

Día 18 de noviembre. — En vista de los dos fracasos precedentes modificamos las condiciones de la experiencia en el sentido de proceder con mayor rigor y extremando el detalle.

A las once de la noche, en mi domicilio y las mismas personas. Me situó en un sillón cómodamente sentado. Procuro dejar en perfecto estado de flacidez toda la musculatura. Voy después evitando todos los pensamientos que llegan a mi imaginación. Recapacito detenidamente sobre el poder de la Mente, superior al de las más poderosas energías.

A continuación envío la sugestión siguiente durante media hora, fijando mi atención sobre ella:

—Es indispensable que vengas, Samuel.

Después aguardamos acontecimientos.

A los cuarenta minutos entra el criado a anunciarme que un señor me aguarda para hablarme urgentemente en la primera antesala.

Salgo, con la natural ansiedad, y me encuentro con Samuel. Parece muy inquieto. Antes de dirigirme la palabra mira a uno y

otro lado, como temeroso de que alguien pueda escuchar nuestra conversación. Le pregunto:

—¿A estas horas, Samuel? ¿Qué es ello?

Antes de responderme se cerciora de que nadie más que nosotros está en la habitación.

—Necesito —comienza a decir— pedir a usted un favor que nunca le agradeceré lo bastante.

—Usted dirá.

—Se trata de lo siguiente: Hace ocho días recibí la visita de la baronesa L..., quien, con toda reserva, me confió el encargo de transformar varias joyas de valor extraordinario en un collar que quiere lucir el día de su entrada como camarera de la reina. Guardé —según tengo por costumbre— en una caja metálica empotrada en la pared de mi habitación, cuanto la baronesa me había confiado y ninguna preocupación experimenté por el momento. Pero *anteayer por la noche*, estando en mi labor, comienzo a pensar en la posibilidad de que puedan robarme lo que aquélla me confió. Esta idea me torturó más de dos horas, haciéndome pasar unos momentos que a nadie se los deseo. Anoche experimenté la misma temerosa inquietud. Y como hoy se ha repetido, he decidido inclinarme a hacer lo que desde la primera noche de estas tres he deseado. Confiar a usted las joyas hasta el momento en que me ponga a trabajar sobre ellas.

Y según termina de decir esto me hace entrega de una cajita en la que guarda el tesoro que le entregó la baronesa.

Luego de tranquilizarle, le pido permiso para dormirle al objeto —le digo— de contrasugestionarle y proporcionar a su ánimo la tranquilidad perturbada.

Una vez que entra en sueño, pasa conmigo a la habitación en que aguardan mis compañeros, y después de poner a éstos al corriente de cuanto acaba de referir el joyero, inicio el siguiente interrogatorio:

—¿Por qué ha venido aquí esta noche, Samuel? Quiero saber la verdadera causa de su visita.

—Ha sido usted quien me ha ordenado que así lo haga.

—Siendo así, ¿cómo no obedeció usted ayer y anteayer a mis mandatos?

—Lo hubiera hecho si me hubiese llamado desde su casa: pero como creía que el deseo de verle obedecía a la necesidad de confiarle las joyas, me resistí a entregárselas fuera de su domicilio.

Creemos inútil e innecesaria la exposición de otros comprobantes de la sugestión mental. En los que dejamos reseñados tiene el discípulo una norma experimental suficientemente clara.

Terminado el estudio de la sugestión, volvemos a ocuparnos de otras interesantísimas modalidades del sonambulismo, en las que los sujetos se van a presentar ante nuestros ojos poseyendo aptitudes que ninguna persona en estado normal es capaz de presentar.

SONAMBULISMO LÚCIDO

En las manifestaciones que hasta este momento nos han ofrecido en su estudio los sujetos en sonambulismo, quedaban en cierto modo en un segundo término, siendo el principal papel —en apariencia al menos— el reservado al hipnotizador.

La voluntad de este último aparecía como la suprema guiadora en las experiencias todas. Los actos realizados por los sonámbulos no eran otra cosa sino la ejecución fiel de aquello que ordenaba la mente del sugestionador. Y claro está que es siempre más brillante y se considera de más mérito la labor del cerebro que dirige, que la del brazo que ejecuta.

Pero vamos ahora a estudiar otras manifestaciones del sonambulismo, en las cuales el papel del sujeto avanza hasta el primer plano, en tanto que el magnetizador queda relegado a una función auxiliar, ya que es incapaz de ejecutar por sí mismo lo realizado por los sujetos.

KRUPTOSCOPIA

Damos nosotros el nombre de *kruptoscopia* (del griego *kruptos*, oculto, *copeos*, mirar) a la propiedad presentada por algunos sonámbulos de poder ver los objetos colocados fuera del alcance de su retina.

Esta especialísima propiedad aparece en algunos sonámbulos *espontáneamente*. En otros puede provocarse su presentación recurriendo a ciertos medios auxiliares, tales como las influencias magnéticas y sugestivas.

Algunos autores la apellidan, con bastante impropiedad, con el término *doble vista*. Otros la denominan equivocadamente *clarividencia*, pues esta palabra debe reservarse para expresar con ella una cualidad de ciertos mediums, consistente en su facultad de realizar premoniciones.

Se conocen algunos casos de personas que, colocadas en estado de vigilia, eran capaces de efectuar la visión a través de los cuerpos opacos. Estas personas abundan muy poco y generalmente se las toma por farsantes e impostores. Nadie da crédito a sus experiencias, y como generalmente tan curiosa propiedad no dura lo que su vida, sino que aparece y vuelve a desaparecer, sin obediencia en sus iluminaciones y en sus eclipses a ley alguna, acaban por renunciar a realizar toda práctica de su misteriosa facultad.

En los sonámbulos la cosa varía por completo. Aquí podemos repetir, cuantas veces lo deseemos, observaciones de este género. A continuación hacemos la exposición de varias verificadas por nosotros.

Observación número 4, sesión 27.—W. White, de dieciocho años de edad y de profesión tornero.

Desde la séptima sesión presentó un sonambulismo muy marcado.

En el día de hoy dedicamos el tiempo a la práctica de sugestiones mentales, ayudada por la contemplación del objeto cuyo nombre nos proponemos transmitir.

Veamos de qué manera tan inesperada y tan evidente se nos ofreció un caso típico de kruptoscopia.

Tomamos un libro en nuestras manos y preguntamos al sujeto:

—¿En qué tengo detenido mi pensamiento en este momeno?

—En un libro.

—¿Ahora? —añadimos, mientras nuestros dedos cogen una de las hojas.

—En un papel.

—¿De qué color?

—De color rojo.

—Te equivocas. Fíjate bien —le decimos, sabiendo que la guía de balnearios que en nuestra mano tenemos está impresa en papel blanco.

—No me equivoco. *Veo* perfectamente que el papel que tiene usted entre los dedos es de color rojo, *aunque usted se esfuerza en indicarme que es blanco.*

Ante esta insistencia, bajamos los ojos y, efectivamente: nuestros dedos retenían la única hoja destinada a anuncio de específicos, cuya existencia nos había pasado desapercibida. Su color era *intensamente rojo*.

La experiencia antecedente nos llevó a continuar el estudio de la propiedad que de un modo casual habíamos descubierto. He aquí los resultados:

Observación número 4, sesión 28. — El mismo sujeto de la anterior.

Antes de hipnotizarle escribimos en diez cartulinas la serie de los primeros números. Las encerramos en diez sobres de igual apariencia externa, de modo que nosotros —en cuanto los hemos barajado— desconocemos el número encerrado en cada uno de los sobres.

Una vez que hemos hecho esto, procedemos a hipnotizar al sujeto.

Cuando ha entrado en fase de sueño sonambúlico, le presentamos uno de los sobres, escogido al azar, y le decimos:

—¿Ves lo que hay encerrado dentro del sobre?

—Sí, señor. Una cartulina.

—¿Hay algo escrito en ella?

Después de un momento de duda responde:

—Debe haber algo escrito, pero no consigo verlo.

Practicamos sobre la frente y ojos del durmiente una serie de pases magnéticos.

—Fíjate bien. Ahora seguramente lo podrás ver.

Después de unos momentos, responde sin vacilación.

—Hay un número, en gruesos caracteres: el cinco.

Anotamos esta cifra en el sobre-problema.

Repetimos *con otros* cuatro sobres las mismas maniobras. Las respuestas sucesivas han señalado los siguientes números: 3, 7, 6, 9. En cada cubierta anotamos la respectiva cifra.

Hecha la ulterior comprobación, ha dado por *resultado* encontrar dentro de cada sobre la cartulina marcada con el número correspondiente: 5, 3, 7, 6, 9. Es decir, que no se ha deslizado un solo error.

No creemos posible verificar una comprobación más evidente de la kruptoscopia. La posibilidad de una *transmisión mental*, posibilidad en que se piensa siempre que el magnetizador conoce aquello que ofrece a la adivinación del sujeto, queda aquí absolutamente eliminada.

AUTOSCOPIA

Se entiende por autoscopia una especial propiedad de algunos sonámbulos, consistente en la posibilidad de verse a sí mismos, total y parcialmente. Este singular conocimiento alcanza lo mismo a las partes o al todo externo del propio organismo que a las vísceras contenidas en su interior. De aquí que algunos autores la dividan en externa e interna.

Las funciones de los distintos órganos regidos por el sistema nervioso simpático son percibidas normalmente por medio de un sentido especial: el sentido cenestésico. Esta cenestesia es lo que Seglas califica de sentido de la existencia y la define como "el sentido que tenemos de nuestro cuerpo, y que en las personas situadas en un perfecto estado fisiológico viene acompañado de un cierto bienestar".

Según Grasset, esta conciencia del yo físico comprende todas las sensaciones endógenas procedentes del cuerpo y de sus órganos; pero en las personas en estado normal no pasan de las neuronas de reflejo y del automatismo. Y el doctor Osty añade: "Lo que normalmente llega a la conciencia de estas impresiones que parten de los tejidos de diversos órganos, ee muy poco: son sensaciones confusas. inanalizables, que resumen el estado de salud en un sentimiento sintético de alegría física, de satisfacción eufórica y la perturbación del equilibrio fisiológico, en el malestar, la angustia, el dolor difuso o localizado, etc. Comúnmente, la representación mental del cuerpo, y especialmente de su intimidad, es muy débil.

Pero, cuando desde este punto de vista nos ponemos en condiciones de observar la función de pensar a extramuros de su ejercicio consciente, advertimos que las impresiones que parten de las vísceras suministran al cerebro subconsciente nociones continuas que no excitan sino muy poco o nada la conciencia.

Está comprobado, por ejemplo, que en el sueño las impresiones cenestésicas pueden provocar o dirigir los ensueños, lo que ha dado origen a la idea de buscar en la moraleja de los ensueños la revelación de estados somáticos obscuros, y particularmente de descubrir la existencia del trabajo patológico latente, del preludio de las enfermedades.

Principalmente en la hipnosis y en las afecciones mentales, que determinan una exaltación del trabajo psíquico subconsciente, es en donde se han comprobado los fenómenos más curiosos de conocimiento supranormal del organismo. La sensibilidad, más desenvuelta en estas condiciones, da al sentido cenestésico una acuidad excepcional; por otra parte, el trabajo de los mecanismos cerebrales, libres de la voluntad y de la atención, tiende a una representación mental más completa, ya que ésta llega hasta la alucinación. *Se ha observado que en estos estados parafisiológicos* ciertas personas eran capaces, momentáneamente, de conocer la forma exterior de su cuerpo como si lo viesen por dentro (autoscopia interna)".

Y añadimos nosotros: No solamente puede despertar nuestra conciencia cenestésica ante la presión de lo patológico, sino que ciertos estados de ánimo pueden provocar el mismo fenómeno. A esta causa habría que referir la alucinación sufrida por Goethe, citada por real y comentada por Grasset: "...Yo me vi —dice— no con los ojos del cuerpo, sino con los ojos del espíritu, en el mismo camino. Me vi venir a mi encuentro montado a caballo, con un traje que no llevé nunca, un traje gris salmón, con algo dorado. No había tenido tiempo de moverme cuando la aparición había desaparecido...".

Igual origen habría que conceder a la visión autoscópica de Guy de Maupassant que Soller cita:

"...Acababa de comer y me había sentado delante de mi mesa de estudio. Me pareció sentir que alguien entraba por la puerta, cosa que me sorprendió, por cuanto mi criado tenía orden terminante de no *dejar pasar a nadie. Entonces quedé maravillado* al ver entrar a mi propia persona, la cual se sentó enfrente de mí y empezó a dictarme cuanto escribí en aquellos momentos. Pronto se levantó mi doble y, cuando quise alcanzarle, se había esfumado como una sombra...".

Pero, con todo, los fenómenos autoscópicos —en la vigilia— ocurren aislada e inesperadamente, razón por la cual no son susceptibles de comprobación ni estudio.

Es recurriendo a la experimentación sobre los sonámbulos como podemos llegar a demostrar la existencia de la autoscopia.

He aquí algunas de las experiencias verificadas por nosotros sobre esta materia:

Observación 216. — S. W. Enferma, de cuarenta y cinco años de edad, afecta de úlcera de estómago, proceso cuya existencia desconoce, ya que sospecha que su padecimiento se reduce a una afección neurálgica de la espalda.

La hemos hipnotizado varias veces para calmar por sugestión algunas de las crisis dolorosas que experimenta.

En el día de hoy, después de haberla dormido y luego de haber empleado las sugestiones curativas propias del caso, procedemos a enviarla el siguiente mandato:

—Es necesario que fije usted su atención en la verdadera causa de su enfermedad. Para ello la irá usted dirigiendo sucesivamente sobre los distintos órganos que posee su cuerpo hasta dar con el que verdaderamente padece.

La enferma permanece silenciosa unos momentos, después de los cuales exclama:

—¡Sí, sí, tiene usted razón! Pero yo no sé lo que es este saco... pasan por él los alimentos... y luego... aquí hay algo anormal... Sí; este conducto de salida está irritado y estrechado y el alimento halla un obstáculo a su marcha... aquí está indudablemente el mal.

A los pocos días el examen radiográfico de la enferma permitía apreciar con toda claridad la existencia de una estrechez a nivel del píloro.

Poco tiempo después, con ocasión de una nueva hipnotización de la misma enferma, verificamos la siguiente comprobación autoscópica:

Puesta en sonambulismo, dirigimos su atención, diciéndola:

—Observe usted sus riñones para ver si funcionan normalmente. Procure que ante su vista aparezca en todos sus detalles el mecanismo por el cual realizan su trabajo.

Pasados unos minutos nos contesta.

—Es muy complicado todo esto. Llega aquí mucha sangre que al pasar abandona parte de sus componentes, que se filtran por unas pequeñas esferas y van a desaguar en miles y miles de tubitos. Después, todos ellos se reúnen en uno solo, y esto lo mismo en el lado izquierdo que en el lado derecho... No veo muy claro.

Difícil será que un profano pueda dar, en pocas palabras, una idea más aproximada de la histología del riñón que la expresada por la enferma.

La llamada autoscopia externa es en realidad algo en absoluto diferente a esta propiedad de traer a la conciencia las sensaciones —normalmente impercibidas— de los nervios correspondientes al sistema simpático.

Los casos comprendidos bajo aquella denominación corresponden en realidad a emigraciones del cuerpo astral, el cual constituye el *doble* visto por el sujeto. A este género pertenecen las visiones de Goethe y de Guy de Maupassant, que hemos citado en páginas anteriores.

PRODUCCIÓN DE FANTASMAS SENSIBLES

En capítulos anteriores hemos explicado los medios de conseguir la exteriorización y el transporte a distancia de la sensibilidad de los sujetos, pero hemos reservado para este lugar el citar las experiencias magistrales del coronel de Rochas. En su obra *Des fantomes des vivans* expone el conjunto de observaciones por

él realizadas, observaciones que nosotros hemos podido comprobar de manera evidente.

Las conclusiones a que llega Rochas, como consecuencia de sus *notabilísimos trabajos, son las siguientes:*

La magnetización de los sujetos sensibles conduce en multitud de casos a la desaparición de la sensibilidad de la superficie del cuerpo de los mismos. Una exploración grosera llevaría a pensar en una simple anestesia. Pero si se observa como es debido. pronto *se comprueba la emigración de la sensibilidad. Hasta aquí habían* hecho igual comprobación muchos experimentadores, pero a de Rochas corresponde el mérito de haber señalado con todo detalle el proceso seguido en la exteriorización.

La sensibilidad se dispondría en capas concéntricas. La más interna, muy delgada, recubre exactamente al cuerpo del magnetizado, pero se halla separada de él en todos sus puntos por una distancia de cuatro centímetros.

Sobre la primera vendrían a aplicarse una serie de capas separadas entre sí por una distancia de siete centímetros, viniendo entre todas a ofrecer un grosor de dos metros aproximadamente.

Los sensitivos son capaces de apreciar este fenómeno, señalando con toda exactitud los límites de aquéllas, así como su luminosidad y coloración, que afecta un tono rojizo en su mitad izquierda, y azulado en la derecha.

Prolongando la magnetización de los sujetos que ofrecen esta curiosa particularidad se consigue una condensación de las capas sensibles en dos puntos —llamados por Rochas polos de sensibilidad— situados uno a la derecha y otro a la izquierda del sujeto.

Si todavía insistimos en nuestras maniobras magnetógenas llega un momento en que ambos polos se reúnen para constituir un fantasma capaz de atravesar los cuerpos sólidos, alejándose o aproximándose, según lo que el magnetizador ordene. Tales fantasmas impresionan las placas fotográficas.

TELEKINESIAS

Sabido de todos es que algunos mediums poseen la particularidad de que su presencia provoca la aparición de movimientos en objetos alejados de ellos. Tales cambios de lugar de cosas que el medium no contacta, han sido designados, con fortuna, por Richet con el nombre de telekinesias.

Nosotros hemos conseguido en sujetos profundamente magnetizados, manifestaciones telekinésicas, pero tan elementales que no nos creemos autorizados a considerarlas como demostrativas.

En cambio, hemos tenido ocasión de ver realizar a un maestro arghy una curiosísima experiencia de este género.

En un sujeto a quien había sumido en sueño magnético, provocó la aparición de la kruptoscopia. Para obtener una clara demostración de la misma nos invitó a realizar una prueba por cuenta *nuestra.*

Nosotros correspondimos a la invitación pidiendo que de un libro que dejamos encima de una mesa próxima nos leyera el sujeto el contenido de determinada página.

Elegimos esta demostración, porque cuantas veces la habíamos *intentado en sujetos nuestros habíamos fracasado.*

Cuando esperábamos la respuesta, nos distrajo un ligero ruido que procedía del lugar que la mesa ocupaba. Entonces vimos claramente que el libro que habíamos dejado en ella movía sus hojas como si una mano invisible las hiciera pasar una a una. Al *poco tiempo quedó en reposo y entonces comenzó el sujeto* magnetizado a leer lo que habíamos solicitado.

Sin podernos contener, fuimos a la mesa y nuestro asombro no tuvo límites al ver abierto el libro por la página cuya lectura pedimos.

APÉNDICE

AUTOHIPNOSIS Y AUTOSUGESTION. CUMBERLANDISMO

AUTOHIPNOSIS Y AUTOSUGESTION

Con la misma facilidad que puede el ser humano actuar sobre la mente de las demás personas, le es también posible influir sobre su propio organismo.

Entre los occidentales apenas si se dedica atención a estas prácticas, y hasta es idea corriente la de que cuanto mayores sean los poderes trascendentes de una persona, serán también más considerables las dificultades que se presenten a su hipnotización.

Nada más lejos de la verdad. Generalmente existe por parte del magnetizador una mayor facilidad para dejarse a su vez influenciar por el magnetismo.

Entre los hindúes se concede más importancia a la labor que se ejerza sobre el propio organismo, porque de ella deriva posteriormente un aumento en la influencia personal.

El procedimiento que nosotros aconsejamos para lograr la influencia, el control y el dominio sobre nosotros mismos consiste en practicar de la manera siguiente:

Buscará el discípulo un lugar de reposo en que tenga la seguridad de no ser interrumpido. Se sentará cómodamente y comenzará por relajar toda su musculatura, según hemos indicado con detalle en otro lugar de esta obra. Al mismo tiempo, y siguiendo las reglas que entonces indicamos, verificará los ejercicios respiratorios adecuados.

Su mente debe quedar también en un perfecto reposo. Será necesario que se rechacen cuantas ideas vayan sucesivamente presentándose, sustituyéndolas por un solo pensamiento: el del sueño.

Para hacer más rápida la consecución del estado autohipnótico, conviene que coloquemos nuestros ojos dirigiéndolos hacia arriba y adentro, como queriendo alcanzar la glabela. Para algunas personas resulta esta posición en extremo penosa. A los que tal

cosa acontezca les aconsejamos que dirijan su mirada hacia la punta de la nariz, con lo que aquella desagradable sensación quedará evitada.

Las autosugestiones primeras que nos hagamos deberán ofrecer un carácter elemental.

Comenzaremos por señalarnos la hora exacta de nuestro despertar. Más tarde nos daremos órdenes mentales más complicadas.

La práctica de tan sencillos procederes conduce a adquirir un control sobre la propia mente de incalculables beneficios para quien los ejerza. Llega un momento en que manejamos el pensamiento como algo perfectamente material que pudiera moldearse a nuestro antojo.

Los arghys arunyos proceden de tiempo en tiempo a sumirse por muchos días en estos estados de sueño, porque saben que al salir de ellos todas sus facultades transcendentales aparecen reforzadas en su potencia.

Nuestro colega el señor Bernad ha tenido ocasión de conocer los métodos por aquéllos empleados.

Acostumbran a encerrarse en una estrecha cámara a la que no lleguen ni la luz ni los sonidos del exterior. Taponan sus oídos con un algodón especial y colocan su lengua como un opérculo que impide toda entrada de aire por la boca.

Inmediatamente dedican toda su atención a la respiración, la cual va adquiriendo poco a poco una gran lentitud y superficialidad. Llega un momento en que su inmovilidad es tal que podría confundírseles con un cadáver.

De ordinario pasan en este estado un período de siete días al cabo de los cuales renacen a la vida provistos de nuevas energías psíquicas.

Algunos falsos fakires han explotado la credulidad de las gentes simulando estados parecidos, que rodean de un gran aparato misterioso para llamar la atención de los incautos.

Aunque hemos indicado los medios de obtener la autohinopsis no aconsejamos al discípulo que sin otra preparación más concienzuda se dedique exclusivamente a ello. Es preferible que de antemano haga un detenido estudio de la verdadera íntima naturaleza del ser humano para que se dé cuenta de las fuerzas que pone en juego.

Sin un profundo conocimiento del YO; sin que sepa hasta dónde llega el poder de la Mente, está expuesto a numerosos peligros si profundiza en el manejo de fuerzas y energías de una potencia insospechada. Sería tan temerario su uso como el empleo de energías eléctricas de alta tensión por el que desconozca su manejo.

A fines del pasado siglo llamó en Francia la atención de las gentes un prestidigitador nombrado Stuard Cumberland, realizando el siguiente experimento: Después de haberle vendado los ojos se comprometió a guiar un coche por las calles de París. Exigía como única condición de que el cochero que le acompañase le pusiera una de las manos en el hombro. La experiencia tuvo absoluto éxito.

De igual modo puede cualquier persona, después de breve entrenamiento, descubrir un objeto escondido en un rincón ignorado, sin más que tomar entre las suyas las manos de otra persona que conozca el escondite.

Tan maravillosos resultados obedecen exclusivamente a una educación del tacto que llega a percibir movimientos musculares involuntarios en la mano de le persona que hace de guía en las experiencias.

Por eso queremos advertir al discípulo contra el error muy extendido de que en tales casos se trata de lecturas de pensamiento.

Grasset, comentando algunas observaciones de este género, dice muy acertadamente:

"La existencia del cumberlandismo sin contacto no la creo científicamente demostrada. En el cumberlandismo con contacto un individuo que tiene los ojos vendados se dirige hacia un escondite que ignora, guiado por los movimientos involuntarios e inconscientes de otro individuo que lo tiene agarrado por la mano y que conoce dicho escondite. No quiere dirigirlo con su O (control); pero, de hecho, lo dirige con su polígono, según pensaba Chevreul al decir que "el pensamiento de un movimiento que se deba producir, puede mover nuestros músculos, sin que tengamos la voluntad ni el conocimiento de este movimiento".

Creemos por nuestra parte dar un excelente consejo a los discípulos, recomendándoles que no se dejen ofuscar por los brillantes, pero falsos, éxitos que proporcionan las prácticas del cumberlandismo. Por más que se haya pretendido otra cosa, no hay en ellas nada que suponga una verdadera transmisión de pensamiento. Todo queda reducido a una hábil interpretación de los movimientos musculares subconscientes, verificados por la mano de la persona que se ofrezca a actuar de guía.

FIN

INDICE

Págs.

ESTUDIO DEL SUEÑO HIPNÓTICO

PARTE SEGUNDA

ESTADOS PREGRÍPNICOS, CATALEPSIA, LETARGIA SIMPLE, CATATÓNICA Y LÚCIDA

MODIFICACIONES DE LA MOTILIDAD DE LOS SUJETOS

PARTE TERCERA

EXPERIMENTACIÓN

SONAMBULISMO Y SUGESTIÓN

Págs.

PARTE CUARTA

SUGESTIÓN MENTAL

APÉNDICE

AUTOHIPNOSIS Y AUTOSUGESTIÓN, CUMBERLANDISMO

